COLECCIÓN UNIVERSAL X544 N.“ 61 y 62

•K96DI
ALEJANDRO KUPRIN

El Dios implacable

NOVELAS

De L E

Precio, 0,60 ptas.

MADRID -BARCELONA
MCMXIX

Library

of the

University of Wisconsin

FROM THE LIBRARY OF

ANTONIO GARCIA SOLALINDE 1893-1937
PROFESSOR OF SPANISH 1924-1937

COLECCIÓN UNIVERSAL

Alejandro Kuprin.

EL DIOS IMPLACABLE

MCMXIX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

ALEJANDRO KUPRIN

El Dios implacable

la traducción del ruso ha

sido hecha por N. Tasin.

L:Р

E

A

1
MADRID -BARCELONA MCMXIX

" Tipográfica Renovación

”

(C. A.

)

, Larra

, 8.

-MADRID

.

1.26.541238 SOLALINDE

KE
DIALEJANDRO KUPRIN

Sot

Es un autor muy leído

enRusia.

Cuando empe
zó,

hace unos veinte años,

a

publicar novelas,

el

" gran viejo

de

la

tierra rusa ”

,

el

conde León
Tolstoi,

le

dió,

en

términos muy encomiásticos,

la
bienvenida a

la

república

de

las letras.

“ Escribe:
muy bien ese oficial ”

,

solía decir Tolstoi,

de

Ku
prin.
Kuprin

es

un oficial

de

carrera.

Nacido

en
1870,

de

una familia pobre —

como casi todos los escritores rusos

de

la

última generación—,

hizo
sus estudios

en

una escuela militar,

y

en

1890
recibió

el

grado

de

oficial.

Pero esta carrera no

le

gustaba.

Sentía más bien inclinación a

la

li

teratura.

Todos sus ocios los empleaba

en

esori

o

bir

novelas.

Durante varios años,

sus manuscri
tos fueron rechazados por los editores y

los di
rectores

de

publicaciones periódicas.

Kuprin

no
se

desesperaba y

seguía trabajando.Al fin,

con

siguió que

se

publicara

su

novela

El

dios impla

cable,

que damos

en

este volumen

al

público

es
pañol.

Fué

un

éxito.

El

debutante obtuvo una buena acogida.
Animado por este primer triunfo,

Kuprin

se
entregó por entero a

la

literatura.

En seguida

6

-en 1897 —abandonó el servicio militar y se lan zó a la conquista de un puesto de honor en las cúspides del Olimpo literario. Lo ha conseguido. Su novela El duelo, así como la serie de ellas que ha publicado, le han hecho famoso. Conociendo a fondo la vida militar, ha descrito, de mano maes tra,

las

costumbres del cuartel.

En estos últimos
tiempos,

se

inspira

en

la

vida

de

los grandes
centros industriales,

especialmente

en

sus bajos
fondos.
Actualmente,

a

los cuarenta y

ocho años,Ku
prin tiene un renombre literario muy respetable,
y

ocupa

en

la

literatura rusa

un

puesto

de

honor
al

lado

de

Gorki,

Andreiev y

Korolenko.

EL DIOS IMPLACABLE

1

La sirena de la fábrica vibró largo rato en el aire, anunciando el comienzo de la jornada de trabajo. Sus sonidos roncos, incesantes, parecían salir de debajo de la tierra y esparcirse por la superficie. El alba melancólica de un día lluvio so de agosto daba a los silbidos de la sirena un carácter nojoso y amenazador.
El ingeniero Bobrov se había levantado ya y estaba sentado a la mesa, dispuesto a tomar el desayuno. Desde hacía algunos días, Andrey Ilich -este era su nombre sufría de insomnio. Des pués de acostarse por la noche, con la cabeza pe sada, se dormía inmediatamente, con un sueño nervioso, inquieto; pero mucho tiempo antes de salir el sol se despertaba molido, extenuado y de muy mal humor.
La causa de ello, sin duda, era el exceso de

trabajo físico y moral, así como su antigua cos tumbre de recurrir a la morfina, contra la que se ha emprerdido últimamente una lucha enér gica.
Ahora, sentado cerca de la ventana, tomaba a

8

pequeños sorbos el te, que le parecía insípido, con sabor a hierba. Las gotas de lluvia corrían en zig-zag sobre los vidrios. El patio estaba lle no de charcos de agua. Se veía por la ventana un pequeño lago cuadrado, al que servían de

marco árboles de rico follaje, de un verde grisá ceo. Empezaba a soplar el viento, ondulando le
vemente las aguas del lago. La hierba amarillen
ta, aplastada por la lluvia, se tendía impotente

por tierra. Las casas de la aldea vecina, los ár boles del bosque, que se vislumbraba en el hori zonte como una cinta festoneada, las tierras de
labor, formadas de cuadrados negros y amari
llos

...

,

todo estaba envuelto como en una neblina

gris.
Eran las siete cuando Bobrov,

después

de

po

nerse una capa

de

tela impermeable,

con

un

ca

puchón,

salió

de

su

casa.

Como muchos hombres
nerviosos,

sentíase mal por

lamañana:

su

cuer

po

estaba débil,

le

dolían los ojos,

como

si

ai

.

guien los cerrase desde fuera;

tenía

en

la

boca

un

sabor desagradable.

Pero sufría,

sobre todo,
por

la

discordia interior que

le

amargaba desde
algún tiempo.

Los colegas

de

Bobrov,

los inge
nieros,

que consideraban

la

vida desde

un

punto
de

vista sinple y

estrictamente práctico,

se

hu
bieran mofado

de

él

,

sin duda,

de

saber las cau
sas

de

sus sufrimientos morales,

o

al menos,

no
le

comprenderían.

Adiario

se

iba haciendo

en

él

cada vez más profundo

el

disgusto,

casi

el

ho

rror,

que

la

fábrica y

su

empleo

le

ocasionaban.

>

9

sus obli

De seguir las inclinaciones y gustos de su al
ma, se hubiera dedicado a los estudios científicos,
al profesorado o a la agronomía. Su profesión
de ingeniero no le producía ninguna satisfacción
y, a no ser por su madre, hubiera abandonado
el Instituto Electrotécnico al tercer año de sus
estudios.
Su carácter tierno, casi femenino, sufría inde
ciblemente ante la realidad cruel, con
gaciones cotidianas e imperiosas. Las pequeñas cosas, indiferentes para los demás, a él le causa ban penas profundas y prolongadas.
Su exterior era modesto, y no tenía nada no table. No era alto, y a pesar de su delgadez, se: adivinaba en él una fuerza nerviosa, fogosa. Las cejas espesas daban a sus ojos grises una expre sión severa, casi ascética. Los labios eran ner viosos, finos, pero no malvados; la barba y el bi gote, poco poblados, como de un joven. Pero lo
más atractivo de su rostro era su sonrisa. Cuan

do reía, sus ojos cobraban ternura y júbilo y
toda su faz adquiría una expresión muy dulce. Después de andar media "versta “, subió a una colina. Bajo sus pies se descubría el amplio pa norama de la fábrica, que se extendía en un es
pacio de 50 " verstas ” cuadradas. Era una ver
dadera ciudad de ladrillo rojo, con un bosque
de chimeneas ennegrecidas por el humo; una ciu
dad inundada de olores de aceite, de hierro que mado y de carbón, llena siempre de un ruido in
fernal. Cuatro altos hornos dominaban esta ciu

10

dad, con sus chimeneas gigantescas. Junto a ellos, se levantaban ocho enormes torres de hierro, de dicadas a la circulación del aire caliente. Alre dedor de los altos hornos había dispersos otros edificios: los talleres de montaje, de fundición, de lavado, de construcción de locomotoras, de fa bricación de raíles, etc.
La fábrica descendía en tres inmensas terra zas naturales. En todas las direcciones corrían pequeñas locomotoras. Después de aparecer en la plataforma inferior, subían a lo alto con un sil bido penetrante, ocultábanse por algunos segun dos en los túneles, salían de ellos envueltas en un vapor blanco; finalmente, con un ruido formida ble, corrían, como por un camino aéreo, sobre los puentes de piedra suspendidos, desde donde des cargaban en las chimeneas de los altos hornos El mineral y el cok.
Más lejos, detrás de aquella terraza natural, la mirada se perdía en el caos: allá se estaban construyendo dos altos hornos más, el quinto y el sexto. Parecía que un temblor de tierra horro roso había arrojado a la superficie los innumera bles montones de piedra, de ladrillos de todas las dimensiones y de todos los colores, pirámides de arena, de madera y de hierro. Todo esto se amon tonaba en pleno desorden, aquí y allá. Los cien tos de vehículos y los millares de hombres pare cían hormigas de un gigantesco hormiguero hun dido. El fimo polvo blanco no hacía daño a los
ojos, lo envolvía todo como en una neblina.

11

n

un

Más lejos todavía, en la línea del horizonte, cerca de un largo tren de mercancías, se halla ban los obreros ocupados en la descarga. Baja ban por las planchas inclinadas, colocadas cada vagán, ladrillos y barras de hierro que, al
caer, llenaban la atmósfera de un ruido pene
trante.

Los vagones vacíos se dirigían hacia el tren; los otros, cargados hasta arriba, se alejaban. Millones de sonidos se mezclaban allí, en ruido incesante: los golpes de los martillos, de
las hachas, los silbidos de las locomotoras y de
las chimeneas; a veces las explosiones subterrá
neas que estremecían los alrededores.
Era un cuadro sobrecogedor, impresionante. El trabajo humano se agitaba allí como un inmenso mecanismo muy complicado y muy preciso. Milla res de hombres, ingenieros, albañiles, carpinte ros, mecánicos, cerrajeros, cavadores, ebanistas
y herreros, acudían allí desde diferentes rinco
nes de la tierra, para dar, obedeciendo a la ley férrea de la lucha por la existencia, todas sus fuerzas, capacidad, salud, su inteligencia y su energía, el genio del progreso industrial.
Aquel día, Bobrov sentíase peor. Esto suce díale muy raras veces: tres o cuatro al año, so
bre todo en las mañanas de otoño, cuando llovía,
o en las noches de invierno, cuando helaba. En tonces se ponía nervioso e irascible en extremo.
Todo a su alrededor le parecía insulso, monóto
no; los rostros humanos, enfermizos y oscuros;

12

y las palabras, que llegaban de lejos, sólo le producían enojo.
Sobre todo, irritábanle ahora, al atravesar el taller de los raíles, los rostros pálidos, ennegre cidos por el carbón y resecados por el fuego, de los obreros. Viéndoles trabajar en la atmósfera cálida del hierro candente, mientras el viento frío de otoño penetraba por las puertas abiertas, casi experimentaba un sufrimiento físico. En es tos momentos, se avergonzaba de su exterior bien cuidado, de su ropa fina y de sus tres mil rublos de sueldo al año.

II

Se detuvo en un horno y siguió con la mirada el trabajo que se hacía en él. A cada momento abríase ampliamente la enorme boca flamante, para tragarse los grandes trozos de acero, de tres cientos kilogramos cada uno, que salían en caldo de la enorme estufa. Un cuarto de hora más tarde, aquellos pedazos de acero, después de pasar, con un ruido formidable, por docenas de máquinas de rodaje, caían en el otro extremo, convertidos en largos rieles brillantes y pulimentados. Alguien puso la mano sobre el hombro de Bo

brov. Este se volvió, malhumorado, y vió a su colega, el ingeniero Sveyevsky.
Este hombre, de busto un poco inclinado hacia adelante, como si estuviera siempre en actitud de saludar a alguien, con su eterna sonrisa —una

13

risita de contento-, y su hábito de frotarse las
manos, no le gustaba a Bobrov. Había en él algo
humillante, y al mismo tiempo una expresión de ultraje y de maldad. Siempre estaba al corrien te, antes que ninguno de sus colegas, de todas las intrigas y chismes, y los comunicaba a los demás con mucho regocijo, sobre todo a aquellos para quienes fuera desagradable. Al hablar, se agitaba mucho y tocaba a su interlocutor las manos, los hombros, los botones de la ameri
cana.

.

- Hace mucho tiempo que no se le ve a us ted!-exclamó, con su risita antipática, apretan do largo rato la mano de Bobrovą. ¡ Se pasa us
ted mucho tiempo en casa leyendo! ¡ Siempre le
yendo!
— ; Buenos días!

- respondió secamente Bobrov,
retirando su mano— No estoy bien del todo es tos días.

- La familia Zinenko le echa a usted mu
cho de menos - dijo, subrayando sus palabras,
¿ Por qué no va usted ya por su casa? Anteayer estuvo allí el director y preguntó por usted. Se hablaba de los altos hornos, y el director tuvo para usted elogios.

- ¡Muy complacido! dijo irónicamente Bo
brov, saludando.

- No; en serio

...

El

director dijo que

la

admi
nistración aprecia a

usted mucho,

como ingenie
ro

de

grandes conocimientos,

y

que puede usted
llegar muy lejos,

si

quiere.

Según

él

,
no

había

14

por qué encargar el proyecto de la fábrica a in genieros franceses, cuando se tiene al servicio de la Empresa hombres como usted. Pero

...

“ Ahora

va

a

decir algo desagradable ”

,

pensó
Bobrov.

- Pero

el

director dice que hace usted mal en aislarse tanto de

la

sociedad.

Le da usted

la

im
presión

de

un hombre demasiado encerrado,

con

quien

no

sabe uno a

qué atenerse

...

¡ Ah,

sí

,

a

propósito!

...

Sveyevsky

se

golpeó

de

pronto

la
frente.

Estoy charla que charla y

olvido preci

samente

lo

esencial:

el

director ruega a

todos los
ingenieros que mañana,

al medio día,

vayan a

la
estación.

- ¿Llega algún compañero?
-;Eso mismo!

¿

Aque

no

adivina usted quién?
El

rostro

de

Sveyevsky adquirió una expre sión pícara y

triunfante.

Se

frotaba las manos.
Visiblemente sentía un gran placer

de

comuni
car la noticia sensacional.
- No

sé,

a

femía.

No soy adivino.

-Trate usted

de

adivinar,

a

pesar

de

todo.

Bobrov guardó silencio y,

con gran atención, siguió los movimientos

de

lamáquina que estaba

cerca

de

él

.
Sveyevsky

lo

notó,

y

su

agitación
aumentó.
— ¡No

lo

adivinaría usted nunca!

Pues bien;
para que

no

se

rompa usted

la

cabeza:

¡
Se

espe
ra

al mismo Kvachnin!

Pronunció este nombre con tanto respeto ser yil,

que Bobrov quedó profundamente disgustado.

15

- ¡Pues no veo la razón para entusiasmarse
tanto!—dijo friamente.
- ¿Cómo! Pero ¿ ignora usted lo que vale Kva chnin? Puede hacer todo lo que quiera; el Con sejo le escucha como a un oráculo. Así, ahora está encargado de la dirección, o más bien, se encargará por sí mismo de acelerar los traba jos. ¡ Verá usted lo qué va a pasar aquí cuando venga! Todo va a ser fuego y llamas. El año pa sado, cuando visitó las nuevas construcciones, pu
so en la calle al director y a cuatro ingenieros

...

¿Estará prer:

to

acabado

el

alto horno

de

usted?

-Sí;

la

construcción está casi terminada.
- Entonces,

eso marcha bien.

El

mismo Kva
chnin presidirá

la

inauguración

...

¿No

le

ha

vis
to

usted nunca?

- No;

pero,

como

es

natural,

he oído hablar
de

él

.

- Pues

yo

he

tenido

el

placer

de

serle presen
tado.

Es un tipo

de

los que no

se

encuentran ya.
Todo Petersburgo

le

conoce.

En primer lugar,

es

tan gordo que no puede juntar las manos sobre el

vientre.

¿No

lo

cree usted?

¡ Palabra

de

honor!
Usa

un

coche especial,

muy ancho.

Es

enorme

mente grande,

rojo,

y

tiene una voz como las trompetas

de

Jericó.

Pero iqué inteligente

es,
Dios mío!

Es miembro del Consejo

de

adminis
tración

de

casi todas las Sociedades por acciones. Nada más que por siete sesiones

al

año,

percibe
200.000 rublos.

Pero

si

hay que salvar ante los accionistas una situación comprometedora,

no

hay

16

otro como él. El informe anual más dudoso ad quiere tal fuerza en sus labios, que los accionis

tas quedan persuadidos de que todo va a maravi lla,

y

se

apresuran a

darle las gracias.

¡ Ah,

qué
listo

es

!

Y

lomás pintoresco

es

que

no

conoce

el

negocio

de

que habla:

es

por

el

aplomo,

por

la
audacia,

por

lo

que gana

la

causa.

Mañana,

al

oír

su

discurso

de

inauguración,

le

parecerá a
usted que toda

su

vida

se

ha ocupado

de

altos
hornos,

y,

sin embargo,

entiende tanto

de

ellos
como yo de sánscrito. Bobrov,

fatigado por aquella charla,

volvió

la
cabeza y

se

puso a

tararear una canción.

-Otro rasgo pintoresco continuó Sveyevs ky-,

¿Sabe usted cómo recibe a

la

gente

en
Petersburgo?

Sentado

en

el

baño,

en

cueros;

no

se

vemás que

su

cabeza roja

en

la

superficie del
agua,

y

así sostiene

la

conversación.

Sus interlo
cutores,

con frecuencia grandes personajes,

per

manecen

de

pie ante

él

,

inclinándose respetuosa

mente

...

Es un gran tragón,

un gastrónomo

de
los finos.

En todos los buenos restaurantes en
contrará usted chuletas a

la

Kvachnin.

Es tam
bién muy mujeriego

...

Hace tres años

le

sucedió
una aventura extremadamente cómica

...

Viendo que Bobrov

se

disponía a

marcharse,

Sveyevsky

le

sujetó por un botón y

dijo con voz
suplicante:
- Permítame usted que

se

la

cuente

...

¡ Es tan
chusca!

Seré muy breve;

dos palabras.

Verá us
ted

lo

que pasó.

Un joven llegó

un

buen día

de

17

otoño a Petersburgo. Era un pobre emplea
do del Estado

...

He olvidado

su

nombre.

Tenía
un pleito por

no

sé

qué herencia.

Todas las ma
ñanas,

al

volver del Tribunal,

pasaba por

el

Par
que

de

Verano,

y

se

estaba allí un cuarto

de

ho
ra,

sentado

en

un banco.

Así pasaron los días.

Pronto notó que un señor muy gordo paseaba por el

Parque

al mismo tiempo que

él

.
Trabaron co
nocimiento.

El

señor gordo,

que no era otro que Kvachnin,

preguntó

al

joven los detalles

de

su
pleito,manifestó por

él

un

vivo interés y

le

com

padeció

de

todo corazón;

pero

no

le

dijo

su

ver
dadero nombre.

Ahora bien,

un día

le

hizo

la
proposición siguiente:

“
¿Quiere usted casarse con una muchacha,

a

condición

de

separarse

de

ella

inmediatamente después

de

la

boda y

no

intentar
volverla a

ver?

”

Hay que decir que

el

joven

es
taba muerto

de

hambre.

“

Sí

que quiero,

dijo,

si

me pagan bien y

me dan

el

dinero adelantado.

”

Como

ve

usted,

no

era tonto.

El

trato quedó he
cho.

A

la

semana siguiente,

Kvachnin vistió

al

joven con un traje negro y,

al

romper

el

alba,
le

condujo

en

coche a

un sitio fuera de

la

ciu
dad,

a

una pequeña iglesia rural.

Allí

no

había
nadie más que

la

novia.

Su rostro estaba cubier
to

con un velo,

pero

se

veía bien que era joven y bella.

El

cura dió principio a

la

ceremonia.

El
joven notó que

la

novia estaba muy triste,

y

le

preguntó

en

voz baja:

“

¿ Parece que

no

viene
usted aquí

de

buena gana?

”

Ella

le

preguntó a
su

vez:

"

¿ Parece que usted tampoco?

”

Al

fin

,
'

se
EL Dios 2

18

>

explicaron. El joven supo que la muchacha se veía obligada a aquel matrimonio por su madre,
que, antes de venderla a Kvachnin, quería sal
var las apariencias. Después de reflexionar un
poco, el joven dijo a la novia: “¿Quiere usted que les hagamos una trastada? Los dos somos jó
venes; tenemos delante de nosotros toda la vida;
podemos ser felices. " La muchacha no carecía
de valor y decisión. “ Bien — dijo—; acepto. ” Aca bada la ceremonia, salieron de la iglesia. Kva chnin estaba radiante. El joven había percibido ya la suma convenida, una cantidad bastante grande, porque en estos casos, Kvachnin es muy espléndido. Kvachnin se acercó a los recién ca sados y les felicitó en tono irónico. Ellos le die ron las gracias, le saludaron y, de pronto, se

c'comodaron en el coche. " ¡ Eh! ¿ Qué es eso?_gri
tó Kvachnin—. ¿ Dónde van? ” “ ¿ Cómo que dón de vamos? A la estación: qvamos a hacer nues tro viaje de novios! ¡Arrea, cochero!” Kvachnin quedó consternado, con la boca abierta

...

¡ Era tan
chusco aquello!

En otra ocasión,

tuvo también

un
contratiempo

...

¿

Se

va

usted

ya,

Andrey Ilich?
Bobrov,

con aire decidido,

se

puso

el

sombrero
y

se

abotonó

el

capote.
-- Perdone usted -

dijo secamente— No tengo tiempo que perder.

En cuanto a

su

anécdota,

ya
la

había oído o

leído

en

alguna parte.

¡ Hasta

la
vista!
Y

volviendo

la

espalda a

Sveyevsky,

salió del

taller con paso rápido.

19

III

Cuando volvió de la fábrica, Bobrov almorzó
rápidamente y salió al patio. El cochero Mitro
fan, a quien había ordenado que le preparara su
caballo “ Farvater ”, estaba allí, haciendo gran
des esfuerzos por ensillar al animal. El caballo no le dejaba; volvía la cabeza hacia el cochero, y, jugando, mordía la manga de Mitrofan. El co chero comprendía que aquello era juego; pero se
encolerizaba y gritaba con bronca voz de bajo:
" ¡Quieto, animal!

; o te inmovilizo para siem
pre! ”
“Farvater " era de talla mediana, ancho pecho,
cuerpo largo, escurridas ancas; pero muy mus
culoso, y de patas sólidas, cubiertas de pelo es peso. Originario del Don, tenía la cabeza muy pun tiaguada, el cuello y las orejas muy largos, y las patas un poco corvas. No había en la fábrica un
caballo que pudiera rivalizar con " Farvater " en
rapidez, y Bobrov estaba muy orgulloso de él.

El cochero Mitrofan le tenía también un gran afecto, lo que no le impedía, al ejemplo de todos,
los cocheros rusos, tratarle con cierta severidad;
evitaba cuidadosamente manifestarle su cariño, y,
por el contrario, le injuriaba con frecuencia lla
mándole canalla, holgazán y mal penco. Pero le
cuidaba infinitamente mejor que a los otros ca
ballos, cuyos nombres eran “Golondrina ” y “ Cher
nomoretz ”, y que, aun perteneciendo a la fábrica,

20

estaban a disposición de Bobrov y se encontra
ban en su cuadra.

- ¿Le has dado de beber?—preguntó Bobrov
al cochero.

Este no se dió prisa en responder. Al igual de todos los buenos cocheros rusos, era muy lento
en sus movimientos y en su conversación.
- Naturalmente, Andrey Ilich!-se dignó con

testar al fin. Por supuesto, que le he dado de
beber

...

¿ Quieres estarte quieto,

cochino animal?

-gritó con cólera

al

caballo,

que intentaba otra vez coger con los dientes

la

manga del cochero. Luego añadió:

-
; Qué impaciente está hoy!

No hay manera
de

sujetarle.

Quiere dar una carrera con usted. No era cosa fácil montarle.

Siempre que

lo

in

tentaba Bobrov,

ocurría

lomismo.

El

caballo,

al
ver acercarse a

su

amo,

bajó

la

cabeza y

se

puso

a

golpear

el

suelo con sus patas traseras,

espar
ciendo

el

barro por todas partes.

Bobrov,

que ha
bía cogido

la

brida,

trataba

en

vano

de

saltar

so
bre su lomo.

.—;Déjame,

Mitrofan!-gritó

al

cochero,

que

quería ayudarle.

Y

al mismo tiempo,

tirando con
todas sus fuerzas

de

la

brida,

hizo levantar

la
cabeza

al

animal,

y

saltó sobre

la

silla.

Al

sentir las espuelas,

“ Farvater "

se

tranqui
lizó,

y,moviendo

la

cabeza,

salió

al

galope.
La carrera rápida,

el

viento frío,

que silbaba
en sus oídos,

el

olor fresco,

el

aire

de

los campos
húmedos,

reanimaron a

Bobrov.

No estaba

ya

tan

21

abatido como por la mañana. Además, siempre que iba a casa de los Zinenko, experimentaba una tensión de nervios agradable y una ligera turbación.
La familia Zinenko se componía del padre, la madre y cinco hijas. El padre desempeñaba en la fábrica el cargo de gerente de los depósitos. Aquel gigante perezoso, que tenía las maneras de un apacible hombre de bien, era, en realidad, un gran intrigante, que sabía arreglárselas perfec tamente. Pertenecía a esa clase de hombres que, bajo la máscara de franqueza y sinceridad, adu lan sin rebozo a sus jefes, denuncian a sus cole gas y tratar de canallas a sus subordinados. El señor Zinenko estaba siempre pronto a disputar por cualquier bobada; levantaba la voz y no le permitía a nadie que le interrumpiera. Era muy glotón y gustaba de las canciones ukranianas, que solía tararear con una voz muy quebrada y desagradable. Sin darse cuenta, estaba dominado por su mujer, que era pequeña, enfermiza, de ojillos grises y aire de gran señora.
Las chicas se llamaban Maka, Beta, Chura, Nina y Kasia.
Cada una desempeñaba un cargo especial en la fábrica. Maka, una muchacha de perfil de pez, tenía fama de poseer un carácter angelical. Ha bía pasado de los treinta. Cuando, en visita, se eclipsaba modestamente tras sus hermanas más jóvenes, los padres solían decir a sus conter tulios:

22

- Esta Maka es la simplicidad en persona!
Beta pasaba por muy inteligente. Gastaba len
tes, y se decía que tenía la intención de ingresar en la Universidad. Su cabeza aparecía siempre un poco ladeada; su andar era firme y presun tuoso. Aburría a los hombres con sus discusiones

interminables sobre la superioridad de las muje
res. Con una ingenuidad exagerada, solía de
cirles:

- Pues bien, ya que es usted tan psicólogo, di game cuál es mi carácter.
Cuando la conversación versaba sobre litera tura o se discutía la cuestión de quién era supe rior, Puschkin o Lermontov, Beta se colocaba en primera línea, como un elefante de combate.
La tercera, Chura, tenía la especialidad de jugar a la baraja con todos los ingenieros céli bes. En cuanto sabía que uno de sus compañeros de juego estaba para casarse, lloraba casi de rabia y elegía otro. El juego, naturalmente, iba acompañado de bonitas y encantadoras fullerías; Chura, coquetamente, llamaba antipático al que jugaba con ella, y le daba golpecitos en las ma nos con las cartas.
Nina era la favorita de la familia, una niña mimada. No se parecía en nada a las hermanas, con sus corpachones y sus caras vulgares. Sólo la señora Zinenko podría explicar, quizá, el ver dadero origen de la belleza y de la finura de Nina, de su figurita esbelta, de sus manos aris tocráticas, de sus orejitas rosadas y de su esplén

23

dida y rizada cabellera. Los padres tenían pues
tas en Nina todas sus esperanzas y se lo permi tían todo; devoraba bombones glotonamente, ce ceaba al hablar y se vestía mejor que sus her
manas.

La más pequeña, Kasia, tenía catorce años, pero era una chiquilla fenomenal, por su eleva da estatura: su cabeza era más grande que la de su madre y su cuerpo más macizo aún que los de sus hermanas. Desde hacía mucho tiempo atraía las miradas ávidas de todos los jóvenes de la fábrica, privados de sociedad femenina, y sentíase orgullosa y contenta por ello, con esa falta de pudor característica en las muchachas precoces.

Aquella división de empleos y de especialidades
entre las cinco hermanas era muy conocida en la
fábrica; un bromista llegó a declarar que el que quisiera estar de buenas con Zinenko, no tenía más que casarse con las cinco a la vez. Los in genieros y los estudiantes, que iban a la fábri ca para ejercitarse en la profesión, consideraban la casa de Zinenko como un hotel, y allí se pasa ban el día comiendo mucho, bebiendo más aún,
pero evitando cuidadosamente caer en las redes
matrimoniales.
La familia Zinenko no quería a Bobrov. La señora Zinenko, con sus gustos de pequeña bur guesa, preocupada exclusivamente de las conve niencias mundanas, no soportaba a Andrey Ilich,
cuyas observaciones críticas, muy malvadas a ve

24

ces, chocaban con todo aquel mundillo; en cam
bio, cuando cansado y nervioso, guardaba silen
cio durante veladas enteras, decían de él que era

demasiado orgulloso y harto metido en sí. Sospe
chábase - y esto era lo más terrible - que escri
bía novelas, y que iba allí a observar, para des cribir luego cuanto veía y oía.
Bobrov notaba aquella "hostilidad sorda "; veía
muy bien que no se le atendía como a los demás
en la mesa y que la señora Zinenko le lanzaba a
veces miradas de desprecio. Sin embargo, fre
cuentaba aquella casa. ¿ Amaba a Nina? El mis
mo no hubiera sabido responder a esta pregunta.
Cuando dejaba de verla tres o cuatro días, expe
rimentaba una dulce y melancólica tristeza. Evo
caba, en sus recuerdos, su figurita esbelta y gra
ciosa, la mirada de sus ojos negros, sombreados
por largas cejas, el perfume de su cuerpo, que
le recordaba el olor de las primeras yemas pri
maverales de un álamo.
Pero cuando se le ocurría pasar en casa de Zinenko tres veladas seguidas, sentía un disgus
to profundo por aquella sociedad, por sus bana
les conversaciones, siempre las mismas, y por
sus costumbres de un refinamiento vulgar. Entre
las cinco señoritas y los caballeros que flirtea
ban con ellas, habíanse establecido, de una vez
para siempre, relaciones de una frivolidad detes
table. Unos y otras fingían estar divididos en
dos campos beligerantes; un caballero cogía por
broma cualquier objeto perteneciente a una de

25

las hermanas, y juraba que no se lo devolvería; entonces las hermanas hacían una gentil mueca de disgusto, cuchicheaban entre sí, reñían al bro mista y llenaban la casa con su risa artificial y desagradable. Esto se repetía a diario, en la mis ma forma, con los mismos gestos y las mismas pa labras. Y cuando Bobrov, después de pasar una ve lada con la familia Zinenko, regresaba a su casa,
sentía dolor de cabeza y tenía los nervios exci
tados.

Vacilaba entre el deseo de ver a Nina, de opri mir entre sus manos la manita siempre cálida de la muchacha, y el disgusto que le causaba todo cuanto veía en aquella casa. A veces, adoptaba la resolución definitiva de pedir a Nina en matri monio. Comprendía muy bien que con su coque
tería provinciana, su frivolidad, su ligereza y su
mala educación, Nina iba a convertir su vida en
un infierno. Pero no era eso lo que le detenía;
faltábale valor para hacerle una declaración amo

rosa.

Al acercarse a Chepetovka, donde vivían los

Zinenko, sabía de antemano todo lo que iba a ver
y a oír; hasta se representaba la expresión de los
rostros. Primero, cuando distinguieran su caba llo a lo lejos, las señoritas, que siempre acecha ban la llegada de algún hombre, empezarían a querer adivinar quién podría ser el que se acer

caba. Cuando le reconocieran al

fin

,
la

que hu
biera acertado empezaría a

dar palmadas

de
triunfo,

a

saltar,

a

chascar

la

lengua y

a

gritar:

26

"; Anda, anda, ya lo acerté!” Luego, correría a su madre y le anunciaría, con voz alegre: "

;Ma

má, el que viene es Bobrov. Yo lo acerté la pri
mera!” Después, la señora Zinenko, ' enjugando
lentamente las tazas, diría a Nina — y no a otra
de las cinco muchachas-, con el tono de quien da una noticia alegre e inesperada: “; Ya lo sa bes, mi pequeña Nina; tenemos la visita del se ñor Bobrov!” Y, como final, todos manifestarían una gran sorpresa cuando entrara Bobrov, como
si por la ventana no le hubieran visto llegar.
“ Farvater " se acercaba relinchando ruidosa mente. Bobrov veía ya a lo lejos la casa de los Zinenko. Sus paredes blancas y su tejado rojo se
descubrían apenas entre el follaje espeso de las
Jilas y las acacias. Un poco más abajo, al pie de la montaña, había un estanque rodeado de ár
boles.

A la puerta de la casa vió una figura, en la cual, por la blusa, de un amarillo claro, que con trastaba admirablemente con el moreno del ros tro, reconoció en seguida a Nina. Se alzó sobre la silla, y se dispuso a bajar del caballo.
-;Viene usted montado otra vez sobre su al
haja! ¡No puedo ver a ese animal!

-gritó ella
desde lejos, con la voz alegre y caprichosa de un niño mimado.
Desde hacía mucho tiempo, había tomado la costumbre de hacer rabiar a Bobrov con motivo del caballo. Y, sin embargo, sabía muy bien cuán
to cariño sentía el ingeniero por el noble animal.

27

- ¿Te?

Era grata costumbre en aquella casa hacer ra biar a todo el mundo con un pretexto cualquiera. Después de dar unos golpecitos en el cuello a
su caballo y encomendarle a los cuidados de un
criado, estrechó Bobrov la mano de Nina, y en tró con ella en el salón. La señora Zinenko, que estaba a la mesa, junto al samovar, aparentó sor
prenderse mucho de la visita.
-;Andrey Ilich! ¡Al fin nos honra usted con su presencia!-exclamó.
Y tendiéndole la mano para que la besara, le preguntó con su fuerte voz nasal:
¿ Leche? ¿ Manzanas? ¿ Qué desea
usted?
-Gracias, Ana Afanasievna - dijo él.
- Merci oui, ou merci non?
Algunas palabritas francesas exornaban habi
tualmente la conversación de la familia Zinenko.
Bobrov no quería nada.
- Pues bien, entonces venga a la terraza: los
jóvenes están allí jugando a no sé qué- propu
so complaciente la señora Zinenko.
Cuando Bobrov hizo su aparición en la terra
za, las cuatro señoritas, a una, y en el mismo to no que su madre, gritaron con fingida extra ñeza:

-Andrey Ilich! ¡Qué sorpresa! ¡Cuánto tiem po sin verle! ¿ Qué quiere usted? ¿ Te? ¿ Leche? ¿Manzanas? ¿ No quiere usted nada? No lo ha ga por cumplido. Pues bien; si no quiere usted nada, siéntese y tome parte en nuestro juego.

28

El juego siguió su curso. Con las jóvenes ha bía tres estudiantes que erguían el torso, arquea ban las piernas y adoptaban actitudes académi cas, con una mano en el bolsillo de la levita; tam bién estaba el ingeniero Muller, conocido por su
belleza, su admirable voz de barítono y su estu
pidez ilimitada; finalmente, un señor silencioso, vestido de gris, de quien nadie hacía caso.
El juego no estaba muy animado. Los hombres tomaban parte en él, con aire de condescenden
cia, como las personas mayores en los juegos de
los niños; las señoritas cuchicheaban y reían con estrépito.
Las sombras descendían del cielo. Tras los te jados de la aldea vecina alzábase la luna roja. -; Hijas mías, se hace ya tarde! ¡ Venid!

-gri
to desde el comedor la señora Zinenko—. Rogad al señor Muller que nos cante algo.
Un minuto después, casi todos estaban en el
comedor.

— ¡Nos divertíamos mucho!-decían minuciosa
mente las hijas a la madre-. ¡Nos hemos reído más!...
Nina y

Bobrov

se

habían quedado

en

la

terra
za.

Ella

se

sentó

en

la

balaustrada,

abrazando
con

el

brazo izquierdo

el

jarrón

en

que

se

apo
yaba,

en

una postura inconscientemente graciosa.
Bobrov

se

sentó a

sus pies,

en un banquito,

ymi
rándola a

la

cara,

contemplaba sus bellos rasgos.
--;Ea,

cuente usted algo interesante!-ordenó Nina con impaciencia.

29

&

-A fe mía, no sé qué contarle. Es muy difícil
hablar a la voz de mando. He pensado algunas veces que quizá haya una colección especial de cuentos para las muchachas.
- ¡Vamos, que está usted imposible! Dígame,
¿ le sucede a usted alguna vez estar de. buen
humor?

- Dígame usted a su vez, ¿ por qué le tiene
tanto miedo al silencio? Cuando la conversación se acaba, se siente usted disgustada. Se puede
estar en comunión de ideas, no obstante guardar
silencio.
- Entonces, callémonos.

- Si usted quiere

...

¡ La luna roja cuelga del
cielo sobre nosotros!

Todo calla a

nuestro alre
dedor

...

¿Qué más necesita usted?

...

- Sí,

sí

,
lo

mismo que

en

Puschkin:

“ Aquella
luna estúpida

en

aquel cielo estúpido

...

”

A

pro
pósito.

¿Sabe usted que ·Zinochka Markova

se
casa con Protopopov?

¡ Es gracioso ese Protopo
pov!

Zinoahka

le

respondió tres veces seguidas con una negativa rotunda,

pero

él

no

se

desanimó

y

pidió

su

mano por cuarta vez.

Lo tendrá que
sentir:

dice Zinochka que quizá llegue a

estimar
le,

pero que

no

le

amará jamás!
Bobrov,

oyendo a

Nina,

experimentaba una profunda amargura.

Detestaba aquel léxico

in
sulso,

tan corriente

en

la

familia:

"

ella

le

ama,

pero

no

le

estima ”

;

“ ella

le

estima,

pero

no

le
ama ”

.
Con estas expresiones triviales

se

explica
ban

en

aquella casa las relaciones tan complica

30

das entre el hombre y la mujer, reduciéndolas a
algo muy sencillo y superficial. Y para caracte
rizar las cualidades físicas, morales y espiritua
les de un hombre, no había más que dos pala bras: “ rubio ” y “moreno ”.
Como para justificar su disgusto, Bobrov pre guntó:
- ¿Y qué es ese Protopopov?
¿ Protopopov?
Nina reflexionó un instante.
- ¿Cómo le diría yo?

...

Es alto,

chato

...

- ¿Y eso

es

todo?
-- Pero,

¿qué más quiere usted?

¡ Ah,

sí

!

Es
empleado

de

Hacienda.

- ¿Y no

le

encuentra usted nada más?

Pero

vamos a

ver,

Nina Grigorievna,

es

imposible que
no

se

encuentre,

para caracterizar a

un hombre,
nada más que eso

de

que

es

chato y

que está em
pleado

en

Hacienda.

Piense usted:

¡ hay tantos
hombres interesantes,

inteligentes,

de

talento!

Hasta los hijos

de

los simples campesinos

ob

servan

la

vida con una curiosidad insaciable,

en
tanto que usted,

una jovencita instruída e

inte
ligente,

manifiesta una indiferencia absoluta por
la

vida,

y

se

contenta con una docena

de

frases
hechas,

triviales.

Sé

de

antemano que cuando

en
la

conversación

se

hable de

la

luna,

citará usted
los versos

de

Puschkin:

“ Aquella luna estúpida en

aquel cielo estúpido ”

,

y

cuando

le

refieran a
usted algo que

no

pasa todos

los

días,

citará otros

versos:

“ La leyenda

es

muy bonita,

mas no

es

(6

31

fácil de creer. ";Y así en todo, absolutamente en todo! Créame usted, se lo ruego: los hombres
de corazón y de ingenio

...

- ¡Le suplico que me deje

en

paz con

sumo
ral!...- interrumpió Nina. Bobrov

se

calló,malhumorado.
Durante algunos minutos,

estuvieron

el

uno

junto

al

otro,

sin proferir una palabra,

sin mo
verse.

De pronto,

oyeron

la

voz poderosa

de

Mu
ller que cantaba

en

el

salón:

En medio del gentío clamoroso de un baile,

una noche

te

encontré por acaso,
y

temiré,mas no

te

pude ver
a

través del misterio que envolvía tu faz,

Muller cantaba muy bien,

y
Bobrov

le

escu

chaba con placer.

Ahora lamentaba haber ofen dido a

Nina.

Pensaba que no había razón para

exigir

de

aquella niña originalidad y

audacia

de
pensamiento.

¿

A

qué

fin

?

Es

como

un

pájaro;

dice

lo

primero que

se

le

viene a

la

cabeza.

Y

¿

quién sabe?

Quizá aquello valía más que todas
las conversaciones espirituales sobre

la

emanci
pación

de

lamujer,

sobre Nietzsche,

o

sobre

la
literatura moderna

...

-;No

se

enfade usted,

Nina Grigorievna! dijo

en

voz muy baja—.

Me

he

extralimitado y
he dicho tonterías

...

Nina

no

respondió.

Volvió

la

cabeza y

se

puso
a mirar a

la

luna.
El encontró en

la

oscuridad

sumano,

que caía

32

a lo largo del cuerpo, y apretándola tiernamen te entre las suyas, murmuró:

- Nina Grigorievna, yo le ruego

...
Entonces ella

se

volvió bruscamente hacia

él

,

y

estrechándole también amistosamente

la

mano,

exclamó,

con una voz

en

que había perdón y

dul
ce

reproche

al mismo tiempo: Ah,

qué malo

es

usted!

Siempre me está insultando,

aprovechándose

de

que

no

puedo

en
fadarme con usted

...

Y

rechazando

su

mano trémula

de

emoción,
echó a

correr hacia las habitaciones interiores.

Te veo sin cesar en mis sueños.
No sé

si

esto es amor;
pero creo que

te

amo

...

cantaba

en

aquel momento Muller,

con voz emo

cionada y

expresiva.

“

Pero creo que

te

amo "

,

repitió Bobrov,

lan
zando un profundo suspiro y

llevándose

lamano
al

corazón,

que

le

latía muy fuerte.

"

¿ Por qué,

pues —

pensó—,me consumo

en

sue
ños insensatos

de

felicidad desconocida,

fantás
tica,

cuando está aquí,

tan cerca

de

mí,

una fe
licidad sencilla y

profunda?

Si

una mujer

es

tier

na,

afectuosa,

graciosa,

llena

de

consideraciones,

¿qué más

se

puede exigir?

No;

los pobres hom
bres enfermos,

nerviosos,

no

sabemos gozar las

alegrías

de

la

vida;

las emponzoñamos con

el

ve
neno

de

nuestro análisis;

desfiguramos,

con nues

tras inquisiciones psicológicas los mejores senti
mientos y

los pensamientos mejores.

Una noche

33

serena, ia presencia de una joven amada, una en cantadora conversación sencilla, las leves discor dias, seguidas de caricias

...

¡ Dios mío!

¿No

es
todo esto

lo

que hace

la

vida feliz?

... ”
Entró

en

el

salón,

alegre,

atento,

casi triun
fante.

Sus ojos

se

encontraron con los

de

Nina,

y

leyó

en

ellos una tierna respuesta a

sus pensa
mientos.

“

Será mi mujer

!,
se

dijo con una ale gría tranquila.
En

el

salón

se

hablaba de Kvachnin.

La seño
ra

Zinenko,

llenando

la

habitación con

su

fuerte

voz,

decía que pensaba llevar a

“

sus hijitas ”

a

la

estación para recibir a

aquel personaje.

- Es muy probable que quiera venir a

visitar

nos.

Por

lomenos,

hace ya un mes que me anun ciaron

su

llegada en una carta de

la

sobrina del
marido

de

mi

prima Lisa Belokonskaya

...

- ¿Es aquella misma Belokonskaya,

cuyo her
mano está casado con

la

princesa Mujovetsky? preguntó

el

señor Zinenko,

que

no

dejaba nunca
de hacer

lamisma pregunta. -;Claro que

sí

,

lamisma!

Es parienta lejana
de

Stremoujov,

a

quien

tú

conoces.

Así,

pues,

Li
sa

Belokonskaya me escribió que había trabado
conocimiento con Kvachnin en una fiesta de so
ciedad y

que

le

había recomendado que nos visi
tara cuando viniera aquí.
- Pero ¿crees que podremos recibirle como

es
debido,

Ninsia?-preguntó con inquietud Zinen
ko a

sumujer.
- ¡Me hace gracia eso que dices,

amigo mío!

-

EL DIOS 3

34

Hacemos lo que podemos. Ya comprendo muy
bien que no habrá recepción capaz de sorprender
a un hombre que cobra 300.000 rublos al año.

- ¡Trescientos mil! ¡Dios mío!-exclamó Zi
nenko- Pierde uno la cabeza nada más que de pensar en ello.

-; Trescientos mill-suspiró Nina, como un eco.
-; Trescientos mil!-clamaron a coro las de
más señoritas.

- Sí, y todo ese dinero se lo gasta, hasta el úl
timo copec - dijo la señora Zinenko.
Luego, como para responder a los pensamien tos íntimos de sus hijas, añadió:
- Está casado, pero se dice que no es feliz con
su mujer. Ella no es nada interesante, y no sirve
en absoluto para dar a la casa el brillo necesario.
Pueden ustedes decir lo que quieran, pero, a mi juicio, la mujer debe estar a la altura de la po sición de su marido.

-; Trescientos mil!-repitió otra vez, como en
sueños, Nina “. ¡Cuántas cosas se pueden hacer
con ese dinero!...
La madre pasó

su

mano por los cabellos de
Nina,

acaricándola,

y

dijo con tono reflexivo: --;Ese esun

marido que

te

convendría,

hija
mía!
Aquellos trescientos mil rublos

de

renta anual
habían como electrizado a

toda

la

reunión.

Se em
pezaron a

contar anécdotas

de

la

vida

de

los mi

llonarios,

de

sus comidas fabulosas,

que costaban
sumas fantásticas,

de

bailes y

de

caballos magní

35

ficos. Se escuchaban estas anécdotas ávidamente, con los ojos brillantes.
El corazón de Bobrov se oprimió de pena. No podía respirar en aquella atmósfera. Cogió su
sombrero y salió silenciosamente a la calle. Na
die se dio cuenta de su partida.
Cuando, a lomos de su caballo, se dirigía a su
casa, recordaba la expresión de los grandes ojos
negros de Nina, murmurando: “.Trescientos mil rublos!" Y, súbitamente, recordó la anécdota que le había contado aquella mañana Sveyevsky.
--; Esta es también de las que se venden!--pen só, apretando con cólera los dientes y fustigando
furioso a su caballo.

>

V

Al acercarse a su casa, Bobrov vió que había luz en las ventanas.

“ Debe de ser el doctor - se dijo. Probable
mente estará tendido en mi diván, esperándome. ”
El doctor Goldberg era la única persona a quien Bobrov podía ver cuando se encontraba de mal
humor. La presencia de este hombre tenía la vir
tud de calmarle.

Quería sinceramente a aquel israelita sereno y despreocupado. Le amaba por su amplia inteli
gencia, su vivacidad de ingenio, su amor apasio
nado por las discusiones teóricas. El doctor ma nifestaba siempre un vivo interés por cualquier problema, y lo discutía con entusiasmo juvenil.

36

-

Aunque Bobrov y el doctor no estaban jamás de acuerdo, y a veces eran sus discusiones muy aca

loradas, no podían prescindir el uno del otro y se veían a diario.
Bobrov había adivinado; encontró al doctor

tendido en un diván, leyendo un folleto, que acer
caba mucho a sus ojos miopes. Echando una mi
rada sobre el folleto, Bobrov reconoció su “Ma nual de Metalurgia ”, y una sonrisa floreció en sus labios. Sabía la costumbre del doctor de leer
con el mismo interés, empezando siempre por la
mitad, todos los libros y folletos que caían en

sus manos.

- ¡Buenas noches! dijo el doctor- Ya he
mandado preparar el te, sin esperar su lle gada.
Dejó el folleto y miró a Bobrov por encima de las gafas.
- Bueno, ¿ cómo está usted, querido Andrey
Ilich? ¡Parece que no está usted de buen humor! ¿ Otra vez la melancolía?

-Ah, doctor, qué insoportable es la vida!
- ¿Y por qué?
- En general

...

todo

esmalo

...

Bien,

doctor,

¿

y

su

hospital?

¿Qué tal va?

-Así,

así.

Esta mañana tenido un caso qui rúrgico muy interesante.

A

femía,

era gracioso

y

emocionante

al mismo tiempo.

Figúrese usted:

llevan

al

Hospital a

un enfermo

...

un joven alba
ñil

de

la

aldea

deMasal.

Como usted sabe,

todos
los mozos

de

Masal son muy fuertes

...

verdade

37

ros gigantes. “ ¿ Qué es lo que tienes? ”, le pregun to. “Señor doctor, me he herido en la mano cor tando pan. La sangre corre sin parar.” Natural mente, le examiné la mano; nada grave, un ara ñazo. Ordené a mi ayudante que se la vendara. Pero el otro, vendada ya la mano, no se iba y se

guía esperando. “Bueno -le dije, ya está todo;
puedes irte.” “Es verdad —me respondió—. Le doy las gracias por haber mandado que me venden la
mano, pero quisiera también que me examinara
la cabeza; me duele un poco. ” “ ¿ Qué es lo que
tienes? ¿ Te han dado, quizá, algún golpe en la
cabeza?” “ ¡ Eso es —me respondió muy conten to-, Anteayer, con ocasión de la fiesta, yo y mis
camaradas bebimos un poco de vodka

...

quizá ba
rril y

medio

...

y,
naturalmente,

comenzamos a

disputar,

y,

después,

a

pegarnos.

Uno

demis ca
maradas me dió un golpe

en

la

cabeza con

un

pe
dazo

de

hierro.

Al

principio,

nome dolía mucho;
pero ahora empieza

ya

a

dolerme

...

”

Examiné

la
herida y

quedé horrorizado:

el

cráneo estaba roto hasta

su

base;

en

la

herida

se

podían meter los
dedos fácilmente;

las esquirlas del hueso penetra ban en

el

cerebro

... Ahora

se

encuentra en

el Hos
pital,

sin conocimiento.

¡ Es desconcertante esta. gente del pueblo!

Niños y

héroes

al mismo tiem

po.

Palabra

de

honor:

creo que

no

hay más que
el

campesino ruso que pueda soportar un golpe

como ese;

cualquier otro,

en

su

lugar,

hubiera
muerto inmediatamente.

Y

además,

fíjese usted
bien:

el

herido no guarda ningún rencor

al

que

3

>

38
1

le ha roto la cabeza. “En las riñas vuelan los golpes ” -dice — y no hay que enfadarse con na die. "
Bobrov, con su látigo en la mano, se paseaba
nervioso por la habitación y escuchaba al doctor
distraídamente. El disgusto sentido en casa de los Zinenko no le había pasado aún.
El doctor calló un instante; luego, viendo que Bobrov no estaba dispuesto a sostener la conver sación, dijo afectuoso:
- Escuché usted, Andrey Ilich, i quiere que
durmamos un poco? Con una copita de ron, es
cosa hecha. Esto le vendrá bien, en el estado en que usted se encuentra

...

En todo caso,

no

le

ha
rá daño

...

Bobrov aceptó.

Se

acostaron los dos

en

el mis

mo cuarto:

el

dueño,

en

la

cama;

el

doctor,

en

el

diván.

Pero

ni

uno

ni

otro podían dormir.Gold berg,

oyendo suspirar y

revolverse a

su

amigo,
fué

el

primero

en

entablar

la

conversación.
- Pero,

¿qué

es

lo

que

le

pasa,

querido?

¿Por
que

se

atormenta usted?

Diga francamente

lo
*que

le

ocurre.

Será un alivio

...

Además,

yo

no

soy
para usted

un

conocido

de

ayer,

y

si

le

pregunto,
ino

es

por curiosidad

...

Estas sencillas palabras conmovieron a

Bobrov.

Aunque estaba

en

relaciones muy amistosas con el

doctor,

ni

uno

ni

otro jamás

se

habían dicho
una sola palabra

de

su

amistad:

ninguno

de

los
dos gustaba

de

hablar

de

sus sentimentos.

El doc
tor fué

el

primero

en

descubrir

su

cor corazón;

la

39

piedad que experimentaba por Bobrov y la oscu
ridad, le dieron valor para hacer aquella confe
sión.
— ¡Todo me disgusta, Osip Osipovich!

- respon
dió dulcemente Bobrov- En primer lugar, es
penoso que yo sea empleado de la fábrica y esté bien pagado, a pesar de que detesto todo cuan
to ocurre en ella. Como hombre honrado, me pre
gunto:

" ¿ Qué haces? ¿ Por quién trabajas? ” ¡Ay! La
respuesta a estas preguntas no es para tranquili
zarme. Trabajo para que un centenar de rentistas
franceses y una docena de canallas rusos se enri
quezcan. A sus bolsillos van a parar los millones ganados en la fábrica. ¡Y pensar que para esto he estado estudiando años y años!...
- Perdone,

pero

no

es

razonable eso que dice
usted —

replicó

el

doctor,

volviéndose hacia Bo

brov— Usted quiere que los grandes burgueses se

permitan tener ideales humanitarios.

Desde
que

el

mundo existe,

la

humanidad camina con el

vientre por delante.

Así

ha

sido siempre y

así
será

en

el

porvenir.

Debe usted alzarse por enci

ma

de

esos burgueses,

sin concederles importan
cia.

Conténtese usted con pensar que contribuye
al

desarrollo

de

la

humanidad,

y
que empuja

el
carro del progreso,

como dicen los periódicos.

Las
acciones

de

las compañías marítimas dan gran les dividendos;

pero eso

no

impide que Fulton,

el

in

ventor

de

los buques

de

vapor,

fuera

un

grande
hombre y

un bienhechor

de

la

humanidad.

40

ca

- Ah, doctor!—dijo Bobrov haciendo una mue Que yo sepa, usted no ha estado en casa
de los Zinenko; y, sin embargo, habla usted exac
tamente lo mismo que ellos. Podría combatir to
dos sus argumentos con las teorías que usted mis
mo ha expuesto tantas veces.

- ¿Mis teorías? ¿ Cuáles? ¡A fe mía, que no
las recuerdo!...

He olvidado

...

-- ¿Las

ha

olvidado usted?

Vamos a

ver:

aquí
mismo,

en

ese diván,

usted

ha

fulminado contra
los inventores y

los ingenieros que,

con sus des
cubrimientos y

sus trabajos aceleran

la

marcha
de

la

vida

en

un grado anormal.

Les hacía usted
responsables

de

la

nerviosidad

de

nuestra época;
decía usted que por culpa

de

ellos hay

en

la

ac
tualidad,

en

el

siglo XX,

tantos neurasténicos,

lo
cos,

extenuados y

suicidas.

El

telégrafo,

el

telé
fono,

los trenes corriendo a

ciento treinta kilóme tros por hora,decía usted,

han reducido las distan cias a

sumás mínima expresión,

las han suprimi
do

casi.

Esas invenciones,

decía usted,

han encare
cido

el

tiempo hasta

elpunto

de

que muy pronto

se
convertirá

la

noche

en

día y

se

vivirá una vida
doble.

Un asunto que antes requería meses ente

ros,

ahora,

gracias

al

telégrafo y

al

teléfono,

se
remata fácilmente en unos minutos.

Pero

ni

aun

esa velocidad diabólica satisface nuestra impa
ciencia.

Pronto podremos vernos a

la

distancia

de
centenares omillares

de

kilómetros,

por medio

de
un

hilo especial.

¡

Ypensar que hace poco tiempo, unos cincuenta años quizá,

nuestros abuelos,

cuan

41

do querían emprender un viaje de la aldea a la
ciudad, confesaban y comulgaban y llevaban pro
visiones suficientes para una expedición polar! Y

nosotros, sus nietos, andamos a una velocidad ver

tiginosa, siempre adelante, ensordecidos por el
ruido incesante de las máquinas gigantescas,
aturdidos por la carrera loca, con los nervios ro
tos, los gustos pervertidos, agobiados por mil nue
vas enfermedades

...

¿

Se

acuerda usted,

doctor?
Esos son los argumentos

de

usted;

no

creo que
pueda usted negarlos

...

El doctor hacía largo rato que quería meter

baza.

Se

aprovechó

de

la

pausa,

y
dijo:

- Sí,

querido,

he

dicho todo eso y

no

he

cam
biado

de

opinión.

Pero,

amigo mío,

a

pesar

de

todo,

hay que adaptarse.

De otro modo,

sería
imposible vivir.

Cada oficio tiene sus inconvenien
tes inevitables.

Por ejemplo,

nosotros,

los médi

cos

...

Si

creyera usted que

en

nuestra profesión todo está claro y

bien ordenado,

como

se

escribe

en

los libros,

se

engañaría usted muchísimo.

Fue
ra

de

la

cirugía,

no estamos seguros

de

nada,

ab
solutamente de nada.

Cada día inventamos nue
vas drogas,

nuevos sistemas,

olvidándonos

de

que
entre mil organismos humanos,

no

hay dos que
sean semejantes

en

la

composición

de

la

sangre,

en

la

actividad del corazón,

en

las cualidades físi
cas hereditarias,

etc.,

etc. Nos hemos alejado del único camino justo,

que

es

el

de

los hombres pri
mitivos y

los animales,

que sabían curarse las en

fermedades mejor que los doctores con diploma.

42

Atiborramos a los enfermos de fenacetinas, co caínas y demás remedios, pero nos olvidamos de
que a veces puede curarse a un enfermo con un
vaso de agua pura, a condición, por supuesto, de
hacerle creer que aquel agua tiene una gran vir tud contra su enfermedad. Créame usted, en el
90 por 100 de los casos, es precisamente esa fe
la que cura. Y nosotros, los médicos, nos servi
mos mucho de ella, imponiéndosela a los enfer
mos. Un buen médico, amigo mío, me decía una
vez que los cazadores cuidan a sus perros enfer
. mos con más inteligencia que nosotros cuidamos
a los pacientes. ¿ Verdad, amigo mío, que esto no
es como para sentirse muy orgulloso? A pesar de
todo, no permanecemos con los brazos cruzados.
Hacemos lo que podemos. La vida es así:

impone
compromisos. Aliviamos, después de todo, los do lores de nuestros enfermos, aunque no sea más
que por nuestro aplomo, nuestro aire grave y sa
bio, que les inspira fe. Esto ya es algo

...

-Son ustedes demasiado modestos.

A

veces,

hacen ustedes grandes cosas.

Por ejemplo,

ese al
bañil

de

que usted me ha hablado.

Le ha extraído
usted unas esquirlas del cráneo

...
—

;Bah!

...

¡ Un cráneo arreglado!

...

No

es

gran

cosa.

En cambio,

ustedes,

los ingenieros,

dan tra
bajo a

un número incalculable

de

hombres.

Ya

en
la

escuela nos enseñaban que

el

zar Boris Godu
nov,

“ para atraerse

el

amor del pueblo ”

,

empren

dió grandes construcciones públicas que daban trabajo a

un

ejército

de

obreros.

Ustedes siguen

43

su ejemplo. Sí, verdaderamente, ustedes los inge
nieros son de una gran utilidad.
A estas palabras, Bobrov saltó furioso y se sen tó en la cama.
- ¿Habla usted de nuestra utilidad? -exclamó.
¡ Sí que está bueno! Para ponerse al tanto del
· bien que hacemos a los trabajadores, voy a citar le algunos datos estadísticos muy concluyentes. Escúcheme bien.

Y comenzó su exposición con voz doctoral y me tódica, como si estuviera en la cátedra:

- Está probado que el trabajo en las minas, en
las explotaciones metalúrgicas y en la fábricas, acorta las vidas obreras 'en una cuarta parte. Na turalmente, no hablo de las catástrofes, los acci dentes, etc., que son bastante frecuentes y cues
tan millares de existencias humanas. Como médi
co, usted debe saber mejor que yo, qué estragos hacen, entre los desgraciados esclavos del trabajo, la sífilis, el alcohol, la vida en condiciones abo minables, en barracas antihigiénicas, en el sub

suelo

...

Espere usted

unmomento antes

de

contes
tar.

Dígame,

¿ha visto usted entre los obreros, muchos que hayan pasado

de

los cuarenta o

los
cuarenta y

cinco años?

Yo no los he visto.

En
otros términos,

esto quiere decir que

un

obrero
sacrifica

al

capitalista tres meses

de

su

vida

al
año,

una semana

al mes,

o, más claramente,

“

seis

horas ”

al

día.

Pero oiga

lo

que

le

voy a

decir aún.

Aquí

en

la

fábrica,

con los seis altos hornos,

da
remos pronto trabajo a

treinta mil obreros.

El

zar

44

Boris Godunov no hubiera podido soñar con ci fras semejantes. Y esos treinta mil hombres sa crificarán cada día ciento ochenta mil horas de su vida; es decir, siete mil quinientos días

...

Si

calcu
la

usted

el

número

de

años que hace esto

...

- Eso hará unos veinte años —dijo

el

doctor.

-

;

Sí

,

veinte años sacrificados

en

un solo día!

"

--exclamó Bobrov— En dos días,

nuestra maldi
ta

fábrica devora cuarenta años;

es

decir,

un

obrero entero!

¡ Ah,

Dios mío!

Los pueblos sal
vajes,

los.asirios,

o

como

se

les quiera llamar,
sacrificaban hombres vivos a

sus ídolos Moloch,
Dagón y

demás.

Pero aquellos dioses crueles

ru
girían

de

indignación y

de

cólera

si

oyeran las
cifras que

le

acabo

de

citar a

usted:

no

se

les sa
crificaba tanto como

se

sacrifica hoy a

los dioses

del progreso contemporáneo

...

Aquella estadística poco vulgar

no

se

le

había
ocurrido hasta entonces a

Bobrov.

Como todos los
hombres impresionables,

caía a

veces

en

ideas

in

esperadas durante

la

conversación.

Aquellas ci
fras impresionaron profundamente a

los dos ami
gos.

- Sí,

eso

es

espantoso!-dijo

el

doctor-.

Su

es
tadística quizá

no

sea muy exacta,

pero sin em
bargo

...

cuando

se

piensa

en

eso

...

- ¡Ah,

mi

querido amigo!

--continuó Bobrov,
con dolor aún más intenso,

Podría establecerse una estadística exacta de

la

cantidad de vidas
humanas que

el

progreso sacrifica a

cada paso que

da.

El

famoso carro del progreso deja tras

sí

víc

-

45

timas innumerables, aplastadas por su marcha triunfante. Cada invento, cada nueva máquina, se pagan con sufrimientos y sangre. ¡Ya ve usted
lo que es nuestra famosa civilización! Pudiera re
presentarse con números, cuyas unidades serían
máquinas y los ceros existencias humanas.
- Pero, vamos a ver, amigo mío — replicó el
doctor, aturdido por la argumentación de Bobrov.
- No tendrá usted, sin embargo, la pretensión de
predicar a la humanidad la vuelta a las formas
primitivas del trabajo. Y, luego, ¿ por qué no mi rar más que el lado negro? Existe, además, en la fábrica una escuela, una iglesia, un buen hospital,
una asociación de crédito para los obreros

...

Bobrov saltó

de

la

cama,

y,
descalzo,

se

puso a
pasear nerviosamente por

la

habitación.

-;Hospital,

escuela!

¡ Todo eso son bagatelas,
juguetes para filántropos sentimentales como us

ted!

Eso

es

una concesión a

la

opinión pública.
En realidad,

no

se

preocupan más que

de

una sola
cosa:

sacar del obrero

el máximo esfuerzo.

¿ Sa
be

usted que

es

“

finish ”

?

- Eso creo que

es

un término técnico

de

las
carreras

de

caballos.

-

Perfectamente.

Se llama así a

los últimos cien

o

doscientos metros que

el

caballo tiene que reco

rrer para llegar a

lameta.

Si

llega,

ya

puede re
ventar.

“ Finish ”

es

el esfuerzo máximo,

ypara obli
gar

al

caballo a

hacer ese esfuerzo,

se

le

fustiga
sin piedad.

Luego,

si

cae con

la

espina dorsal
rota,

las patas quebradas,

peor para

él

:
nadie

46

se ocupa ya de un caballo que no vale para nada.
Pues bien, entre nosotros es igual. Todo está dis puesto de suerte que salga de los obreros el má ximo esfuerzo; después, ya puede reventar. ¡Y us ted quiere consolarlos con sus escuelas y sus hos pitales! ¿ Ha visto usted el trabajo de los altos hornos? Requiere obreros con nervios de hierro, músculos de acero y la habilidad de un artista de circo. Cada uno de ellos se expone varias veces al día a peligros mortales y los evita únicamente
con su sangre fría; y ¿ qué es lo que gana por
ese trabajo peligroso?
- Sin embargo, mientras la fábrica exista, ese
hombre no padece hambre.
- No diga usted niñerías, doctor!

- respondió
Bobrov, sentándose junto a la ventana—. El obre ro depende ahora más que nunca de la demanda. general de trabajo, de las combinaciones de bol
sa, de toda una serie de intrigas. Toda empresa
grande, antes de ponerse en movimento, tiene al rededor una turba de explotadores. Tome usted
por ejemplo, la nuestra: está fundada por una
pequeña compañía de capitalistas, cuyos proyec tos eran modestos. Pero una banda de ingenieros, directores e intermediarios devoró en seguida el capital. Construyéronse edificios que no servían
para nada, y hubo necesidad de derribarlos en se
guida con dinamita. En una palabra, los fundado
res se vieron pronto obligados a venderlo todo con
un noventa por ciento de pérdida. Sólo entonces se conoció el juego de toda aquella banda criminal:

47

trabajaba por cuenta de otra Compañía de capi talistas que quería, a toda costa, arruinar a sus concurrentes y comprar la fábrica por poco más de nada. Ahora la Empresa, desmesuradamente
en grandecida, marcha muy bien. Pero yo sé que
ochocientos obreros, cuando quebraron los prime ros fundadores, no percibieron el jornal de dos me ses. ¡Esa es la garantía del trabajo! Basta que las acciones de una Sociedad bajen en Bolsa, para que
el salario del obrero baje también. Y usted debe
saber por qué procedimientos se hacen subir o ba

jar las acciones. Basta llegar a Petersburgo y de
cir confidencialmente a un agente de Bolsa cual
quiera que se desean vender acciones por valor de trescientos mil rublos, pero a condición de que nadie conozca el proyecto de antemano; luego, se le di ce lo mismo a un segundo, a un tercero y a un cuarto agente, siempre en tono confidencial

...

,

e

in
mediatamente las acciones bajan unas cuantas do cena de rublos.

Cuanto más secretamente

se

pro
ceda,

con más regularidad y

rapidez bajan las ac ciones.

El

trabajo está,

pues,

bien garantizado,

¿no

es

verdad?
Bobrov abrió

la

ventana.

El

aire fresco penetró:

en

lahabitación.
—;Mire usted,

doctor!-exclamó señalando con
el

dedo

la

fábrica.
Goldberg

se

irguió,

apoyándose sobre

el

codo,
ymiró

en

la

dirección indicada.

En

el

inmenso es-
pacio que se

veía hasta

el

horizonte,

brillaban
en

la

noche montones

de

piedra calcárea,

disper

48

sos por todas partes. Llamas azuladas y verdes
danzaban en la superficie. El cielo, por encima de la fábrica, estaba rojo como durante un incendio.
En el fondo, dibujábanse muy distintamente las
partes superiores de las chimeneas, mientras las
inferiores desaparecían en una niebla grisácea que se levantaba de la tierra. Aquellas bocas gigan tescas escupían continuamente espesas columnas de humo, que, en lo alto, formaban una sola nube gruesa, caótica, ora blanca como el algodón, ora gris como el plomo, que se alejaba lentamente
hacia el Este. Monstruosas linternas, que parecían
descender del cielo, arrojaban luces blanquecinas sobre los contornos. Aquellas luces temblorosas proyectaban fantásticos matices en la nube de humo que se cernía sobre el conjunto. De vez en cuando una tempestad de fuego y de humo irrum pía de los altos hornos, con un ruido semejante al del trueno. En esos momentos, toda la fábrica, con sus innumerables talleres, casas y depósitos, aparecía iluminada por la claridad lúgubre y es pantosa de los altos hornos; las torres de hierro semejaban torreones de un viejo castillo legen dario. En filas regulares, ascendían al cielo las llamaradas de los hornos donde ardía el coque. A
veces algunos de estos hornos resplandecían de
tal modo, que semejaban los ojos sangrientos de

un gigante. La luz eléctrica unía su claridad páli
da con la llama púrpura del hierro ardiente. Por todas partes se oía un ruido infernal.
El rostro de Bobrov estaba iluminado por el

49

lúgubre resplandor de la fábrica; sus ojos brilla ban, sus cabellos caían en desorden sobre la frente.

— ¡Helo aquí!

-gritó iracundo. ¡Ese Moloch
nunca harto de sangre humana! ¡ Oh, sí, sí; eso es
el progreso, la cultura floreciente, las máquinas grandiosas. Pero, piénselo usted

...

¡ Veinte años
de

vida

en

un día!

Le juro a

usted que a

veces

yo
mismo me considero como un asesino

...

“

; Dios mío,

se

vuelve loco!

”

,

se

dijo

el

doctor
horrorizado.

E

intentaba calmar a

Bobrov.

- ¡No hablemos más

de

eso,

querido amigo,

se
lo

ruego!No vale

la

pena atormentarse por todas
esas cosas. Mejor

es

que cierre usted

la

ventana;

hay humedad y

puede usted coger un resfriado.
Vuélvase usted a

lacama;

voy a

darle a

usted un
poco

de

bromuro.

"

¡

Es

un verdadero maniático!”

,

pensó,mientras
conducía a

Bobrov

al

lecho.
Bobrov

se

dejó llevar;

pero cuando estuvo

ya
en

la

cama,

seechó a

llorar,

con espasmos his

téricos. El

doctor permaneció

al

lado

de

su

amigo has
ta

una hora avanzada

de

la

noche,

acariciándole
los cabellos y

tratando

de

calmarle con palabras afectuosas.

>

VI

Al

día siguiente tuvo lugar

la

recepción so
lemne de Basilio Terentevich Kvachnin en

la

es
tación

de

Ivankovo,

la

más próxima a

la

fábri

EL DIOS 4

50

ca. A las once de la mañana estaba allí toda la
administración. Sentíase una general inquietud.
El director, Sergey Valerianovich Chelkovnikov,
bebía sin cesar agua de Seltz, sacaba a cada ins
tante el reloj y, sin mirarlo, lo volvía de nuevo al bolsillo, automáticamente. Su angustia se re
velaba en ese movimiento;. su rostro, bien cuida
do, de hombre de mundo, conservaba la tranqui
lidad habitual. No era un secreto para nadie que
Chelkovnikov sólo era un director oficial, nomi
nal. En realidad, el verdadero director era el in
geniero belga Andrea, de origen medio polaco,
medio sueco. Nadie sabía la situación verdadera
de este hombre en la fábrica, pero sí que era om
nipotente. Su despacho estaba al lado del de
Chelkovnikov y comunicaba con él. Chelkovni

kòv no se atrevía nunca a aprobar ningún infor
me, como no llevase una leve señal de lápiz hecha
por el señor Andrea y convenida de antemano en
tre los dos. En los casos imprevistos en que se
le pedía opinión al señor Chelkovnikov, éste fin-gía estar muy preocupado y decía a su interlo
cutor:

- Dispenseme, pero no puedo concederle un

solo minuto

...

¡ Tengo tanto que hacer!

Tenga

la
bondad

de

exponer

el

asunto

al

señor Andrea.
Después me informará

el

de

la

cuestión.
La Dirección debía mucho

al

señor Andrea,
quien

le

había prestado servicios considerables.
El había concebido en

su

conjunto

el

proyecto
grandioso y

canallesco

de

la

ruina del primer

51

equipo capitalista; él había realizado el plan y lo había conducido hasta su

fin

.

Sus proyectos

de
construcciones y

de

explotación eran admirable mente sencillos,

y

todo

el mundo los apreciaba

co
mo

la

última palabra

de

la

ciencia.

Poseía todas
las lenguas europeas,

y

su

instrucción abarcaba
otros dominios que los

de

su

especialidad.
De todos cuantos

se

hallaban en

la

estación es
perando

la

llegada

de

Kvachnin,

sólo

el

señor
Andrea,

con

su

figura

de

tísico y

su

cara

demo
no,

conservaba

su

impasibilidad habitual.

Llegado
el

último a

la

estación,

se

paseaba tranquilamen te

por

el

andén,

con las manos

en

los bolsillos

de
sus anchos pantalones y

con

su

eterno cigarro

en
la

boca.

Sus ojos claros reflejaban

la

amplia inte
ligencia

de

un sabio,

la

voluntad

de

hierro

de

un
aventurero.

Miraba en derredor con indiferencia. Nadie

se

sorprendió

de

ver llegar a

la

estación

a

la

familia Zinenko.

Desde hacía mucho tiempo
se

la

consideraba como estrechamente ligada a

todo

lo

concerniente a

la

fábrica.

Cuando llegaron
las muchachas,

llenóse

la

fría y

oscura sala

de

espera

de

una animación ficticia y

de

una risa ar
tificial.

En seguida las rodearon los ingenieros

jó
venes.

Las señoritas

se

pusieron a

la

defensiva,
sirviéndose

de

armas usadas y

bien conocidas

de
todos;

la

superioridad

de

lamujer,

la

perfidia del

hombre,

etc. En medio

de

la

agitación

de

sus hi
jas,

la

señora Zinenko,

pequeña,

vivaracha,

no

po
día permanecer quieta

un

segundo y

parecía una
gallina entre sus polluelos.

52

Bobrov, fatigado, casi enfermo a consecuencia de la emoción de la noche última, estaba sentado, solo, en un rincón de la sala, fumando sin cesar.
Cuando la familia Zinenko hizo su aparición rui
dosa, experimentó un doble sentimiento: por un lado, estaba profundamente avergonzado de la falta de tacto que denotaba en ellas el haber ve nido; por otro, sentíase feliz viendo a Nina, a
quien la marcha rápida había enrojecido el ros
tro y animado los ojos brillantes, vestida con ele gancia, y, como sucedía frecuentemente, mucho más bella de lo que Bobrov se la figuraba en su imaginación. En su corazón enfermo y atormen tado se despertó el ardiente deseo de un amor tierno y poético, la sed de caricias afectuosas de la mujer amada.
Acechaba la ocasión de acercarse a Nina; pero
ésta, entretenida en alegre charla con dos estu
diantes, que bromeában con ella, reía muy alto, enseñando su hermosos dientes blancos, más co
queta y más fogosa que de costumbre. Sus ojos
se encontraron dos o tres veces con los de Bobrov;

le pareció al ingeniero que las miradas de la jo
ven le preguntaban algo, con expresión amis
tosa.

Un prolongado campaneo en el andén anunció
que el tren esperado había salido de la estación inmediata. Los ingenieros empezaron a agitarse. Bobrov, con una sonrisa irónica en los labios, ob
servaba la actitud inquieta de aquellos hombres,
que se conducían como escolares que aguardan la

53

llegada de un maestro severo. Todos manifesta
ban una gran ansiedad; los rostros adquirieron
una expresión grave, las manos investigaron fur
tivamente si el tocado estaba en orden, los ojos
se volvieron hacia el andén. Pronto abandonaron todos la sala de espera, para salir al encuentro del tren.
Bobrov salió también al andén. Las señoritas, abandonadas por sus acompañantes, se agrupa
ron cerca de la puerta, bajo la protección de su
madre. Nina, encontrando la mirada de Bobrov, y como adivinando que quería hablarle a solas, dió algunos pasos hacia él.

—; Buenos días! ¿ Cómo está usted hoy tan pá
lido? ¿ Está usted enfermo?

-dijo apretándole la
mano con una fuerte y cariñosa presión y fijan
do en él una mirada acariciadora y seria—. ¿ Por qué se marchó usted anoche tan temprano, sin
decirme ni siquiera adiós? ¿ Está usted enfadado?

- Sí y no - respondió él sonriendo—. No, por
que no tengo ningún derecho a enfadarme.
- ¡Eso sí que es curioso! Todo el mundo tie
ne derecho a enfadarse, sobre todo si sabe que

hay quien se interesa por su opinión. ¿ Y por qué fué el enfado?

- Porque

...

Mire usted,

Nina Grigorievna -

dijo
Bobrov sintiéndose

de

improviso lleno

de

valor,
Ayer,

cuando estábamos los dos

en

la

terraza

...

¿

Se

acuerda usted?

...

He vivido,

gracias a

usted,
muchos momentos inolvidables.

Comprendí que

si

usted quisiera,

podría hacerme

el

hombre más

fe

54 liz

del mundo

...

Es necesario que

se

lo

diga a

us
ted todo

...

No

es

cosa

de

dejar a

un lado eterna
mente esta cuestión

..

Por otra parte,

estoy segu
ro

de

que usted ha adivinado hace mucho tiempo

...

No terminó:

el

valor que acababa

de

sentir

le
abandonó de nuevo.

— ¿Adivinado qué?-preguntó Nina,

con una

indiferencia fingida,

pero con voz ligeramente
temblorosa y

los ojos bajos.
Esperaba una declaración

de

amor,

que

es

siem
pré cosa que turba los corazones

de

las jóvenes,
participen o

no

de

aquel sentimiento.

Sus meji
llas enrojecieron. -Ahora,

no

...

otro día cualquiera...— balbuceo Bobrov “

.
Ni

el

sitio

ni

las circunstancias

se
prestan a

que

se

lo

diga ahora.

No,

no;

se

lo

su
plico;

ahora,

no

...

-Como usted quiera.

Pero,

al menos,

dígame:
¿ por qué

se

enfadó usted?
- Mire usted,

anoche entré

yo

ensu salón muy
feliz,

profundamente conmovido y

...

-Quedó usted desagradablemente sorprendido
por

la

conversación sobre las riquezas

de

Kva
chnin,

¿no

es

eso?—preguntó Nina,

con ese don

de

adivinación que poseen a

veces hasta las mu

jeres poco inteligentes—.

Sí

,

¿

he

adivinado?
Acercó

su

rostro

al

de

él

y

lo

envolvió

en

una

mirada profunda y

acariciadora.

- Responda usted francamente;

no debe usted
ocultar nada a

su

amiga.
Hacía tres o

cuatro meses,

dando un paseo en

55

bote, en presencia de numerosos concurrentes, Ni
na, turbada y estremecida por la belleza de la no
che de verano, había ofrecido a Bobroy su amis
tad eterna. El aceptó aquel ofrecimiento muy en serio, y durante una semana la llamó su amiga,
como ella le llamaba su amigo. Y cuando le de
cía con su voz lánguida y expresiva “ amigo mío ”, éstas dos sencillas palabras hacían latir su cora zón más deprisa que de costumbre. Ahora, recor dó aquel juego ingenuo, y respondió suspirando:
- Bien, " amiga mía ”, voy a decírselo todo, por
más que ello no es fácil. Mis sentimientos hacia usted son de una rara duplicidad. Hay momentos en que tiene usted el don de hacerme feliz con
una sola palabra, con un movimiento, con una mi
rada. No me sería posible decirla hasta qué pun to me hace usted feliz. Me faltan palabras. Creo que lo habrá visto usted misma, ¿ verdad?

- Sí, lo he notado muchas veces - dijo ella con
voz apenas perceptible y bajando los ojos.

-Y luego, de pronto, se convierte usted de nue
vo en una señorita provinciana, de conversación
banal, y de maneras

...

¿cómo diría

yo

?

...

dema

neras

un

poco vulgares.

Dispenseme usted por
esta franqueza.

No

se

lo

hubiera dicho a

usted

si

eso no me hubiera hecho tanto daño

...

-También me había dado cuenta de ello

...

— ¡Ya

ve

usted!

Yo estaba seguro

de

que usted
tiene un corazón tierno y

sensible.

Pero,

siendo

así,

¿por qué

no

es

usted siempre como ahora? Acercó

de

nuevo

su

rostro

al

de

Bobrov,

yhas

56

ta hizo un movimiento para coger su mano. Los dos paseaban por el extremo desierto del andén.
- Usted no me ha querido comprender nunca,
Andrey Ilich - dijo con reproche. Es usted de masiado nervioso e impaciente. Exagera usted to do lo que hay en mí de bueno; pero, en cambio,
no quiere usted nunca perdonarme el que sea co
mo soy. Viviendo donde vivo, no puedo ser de otro modo. Si fuera otra, estaría en ridículo; sería
una nota discordante en mi familia. Soy demasia
do débil, y si he de decir la verdad, demasiado insignificante para luchar por mi independencia. Voy adonde va todo el mundo, considero las co sas como los que me rodean. Pero no crea usted que no comprendo yo misma mi nulidad. La com prendo muy bien. Con los demás no me pesa

...

Pero con usted,

ya

es

otra cosa.

Sí

,

con usted

es
ya muy otra cosa,

porque

...

porque

...

Tuvo un momento de vacilación.

- En

fin

,

eso

no

tiene importancia.

Usted

es
otro hombre,

que

no

se

parece

en

nada a

los que
me rodean.

Jamás me he encontrado con un hom
bre como usted

...

A

ella misma

le

parecía que hablaba con toda sinceridad.

La frescura del aire otoñal,

el

ruido
y

el movimento del andén,

laemoción

de

su

pro
pia belleza,

el

placer

de

sentir sobre

su

rostro
las miradas amorosas de Bobrov

...

todo esto

la

electrizaba hasta ese punto

en

que las naturale

zas histéricas mienten por inspiración deliciosa,
y,

sin embargo,

inconscientemente.

Ella misma

se

57

admiraba representando el papel de joven moder na, que tiene necesidad de un apoyo moral, y le gustaba decir a Bobrov cosas agradables.
- Bien sé que usted me cree coqueta. ¡No, no
se moleste en negarlo, se lo ruego! Quizá tenga usted razones para creerlo. Así, pues, soy un poco frívola con el señor Muller, me río escuchando su charla. Pero, ¿ si usted supiera hasta qué punto
me disgusta ese querubín de escaparate? O esos
dos estudiantes

...

Un hombre guapo

es

desagra
ble sólo porque

él mismo admira

su

belleza.

Po
drá usted crerme o

no;

pero

yo

siempre experi
mento más simpatía por los hombres feos. Bobrov lanzó un suspiro.

¡ Ah!

No era

la

pri
mera vez que las mujeres

le

decían estas frases
a modo

de

consuelo:

que

no

siempre rechazan a
los hombres feos.

-Ahora,

¿puedo esperar —dijo con

un

tono iró
nico,

en

el

que había mucha amargura —

que

al
guna vez me honre usted también con esa sim

patía?
Nina cambió repentinamente.

- No,

no;

nome

ha

comprendido usted.

Inter
preta usted siempre las palabras

de

un modo ex
traño.

¿Quiere usted absolutamente que me pon
ga

a

echarle flores?

¡ Vamos,

señor!
Estaba un poco confusa por

su

desgraciada fra
se,

y

para cambiar

el

tema

de

la

conversación,
preguntó

en

un

tono imperioso y

un

poco frí
volo:
- Bueno,

¿qué

es

lo

que me quería usted decir

58

cuando las circunstancias fueran más favorables?
Dígamelo en seguida. ¡ Lo quiero!
- No sé

...

iya

no

me acuerdo!-dijo Bobrov,
calmado y

frío.
-;Pues bien,

le

voy a

refrescar

lamemoria,

mi
impenetrable amigo!

Me hablaba usted

de

lo

que
había ocurrido ayer

en

casa,

de

los instantes fe
lices que había pasado usted a

veces junto amí. Luego me dijo usted que,

probablemente,me ha bría dado cuenta

yo misma

...

;

pero ¿

de

qué

es

de
lo

que me debía haber dado cuenta?

No terminó
usted

su

pensamiento.

Dígamelo,

pues,

ahora.
¿Oye usted?

¡ Lo exijo!
Le miraba fijamente,

con ojos

en

que bri
llaba una sonrisa pícara,

llena

de

promesas y,

al
mismo tiempo,

de

ternura.

El

corazón

de

Bobrov
estaba tan rebosante

de

felicidad,

que sintió

de

nuevo

el

valor que momentos antes

le

había aban
donado.

"

; Ella sabe muy bien

lo

que

le

quiero decir
- pensaba—,

pero desea oír mi confesión!

”

Habíanse detenido

al

final del andén.

Nadie lle
gaba hasta allí.

Los dos estaban emocionados. Nina esperaba

la

confesión,

encontrando

un

pla
cer exquisito

en

aquel juego;

Bobrov buscaba pa
labras,

respiraba penosamente turbado

en

tremo.
Pero

en

aquel preciso momento

se

oyeron las
campanadas que anunciaban

la

llegada del tren.
El

público,

en

andén,

se

agito confusamente.
- ¿Me ha oído usted -

dijo Nina con voz aho

ex

59

gada-. Espero que me lo diga usted todo. Eso es
para mí más grave de lo que usted se cree.
Y, después de estrecharle la mano, se alejó.
A los pocos instantes, el expreso llegó, envuel to en una nube de humo. El ruido que hacía se fué aminorando poco a poco; luego, acortó la mar cha, y se detuvo cerca del andén. En la cola traía
un largo coche azul. Todos se dirigieron a él. Los
empleados abrieron respetuosamente las portezue las. El jefe de la estación, emocionado, rojo, daba órdenes con cara de espanto. Kvachnin era uno
de los principales accionistas de aquella vía fé
rrea, y cuando viajaba por ella, era objeto de múl tiples atenciones y de un respeto sin límites. Chelkovnikov, Andrea y dos ingenieros belgas, que desempeñaban cargos de importancia, entra ron en el coche. Los demás se quedaron fuera. Kvachnin estaba sentado en un sillón, separa das sus enormes piernas, a ambos lados de su abultado abdomen. Por debajo de su sombrero blando salían 'unos cabellos rojos como el fuego.
Su rostro afeitado, de mejillas colgantes y doble
barbilla, tenía una expresión de descontento; di ríase que había dormido mal. Sus labios apreta dos hacían un gesto de desdén y disgusto.
A la entrada de los ingenieros, se levantó pe sadamente.

- ¡Buenos días, señores!—dijo con voz ronca,
tendiéndoles su mano inflada, que ellos estrecha

ron respetuosamente. ¿ Qué hay de nuevo por la
fábrica?

60

Chelkovnikov empezó a informarle en tono ofi
cial. Todo iba bien en la fábrica. Sólo se espera ba la llegada del señor Kyachnin para inaugurar el nuevo alto horno y comenzar las construccio nes. Los obreros y los capataces estaban ya con tratados en buenas condiciones. Los pedidos afluían
en tal abundancia, que era necesario acelerar los
trabajos.
Kvachnin escuchaba con la cabeza vuelta ha
cia la ventanilla, mirando con aire distraído la
muchedumbre, aglomerada junto al coche. Su ros tro no expresaba más que cansancio y disgusto. De pronto, interrumpió al director con una pre gunta inesperada:
- Dígame

...

aquella joven

...

¿quién

es

?

Chelkovnikov miró por

la

ventanilla.
- ¿No

la

ve

usted?

...

Aquella

...

la

de

la

pluma
amarilla

en

el

sombrero...- insistió con impacien
cia Kvaschnin,

indicándosela con

el

dedo.

- ¡Ah!

¿Aquélla?-dijo animándose

el

director.

E

inclinándose

al

oído de Kyachnin

le

cuchicheó
misteriosamente en francés:

- Es

la

hija del señor Zinenko,

nuestro geren
te

del depósito.
Kvachnin movió pesadamente

la

cabeza.
El

director continuó

su

informe,

pero

el

otro

le

interrumpió

de

nuevo.

-Zinenko

...

Zinenko...-dijo sin dejar

demirar
por

la

ventanilla-.

Me parece haber oído ya ese nombre

...

- Es

el

gerente

de

nuestro depósito —

repitió

61

Chelkovnikov respetuosamente, tratando de dar
a su voz un matiz de impasibilidad.
-;Ah, ya recuerdo!-exclamó Kvachnin-. Me han hablado de él en Petersburgo. Sí, sí

...

Yaho
ra,

puede usted continuar.
Nina,

con ese don

de

adivinación propio

de

las

mujeres,

comprendió que era precisamente a

ella

a

quien miraba Kvachnin yque hablaba

de

ella.
Volvió un poco

la

cabeza,

pero

su

rostro,

rojo

de
placer,

seguía,

sin embargo,

siendo bien visible para Kvachnin.
Terminado,

al

fin,

informe,

salió a

la

peque

ña plataforma,

construída

en

la

extremidad del
coche,

amanera

de

pabellón.

Bobrov,

que era ob
servador,

pensó ironicamente qué buena fotogra
fía podría sacarse

de

aquel momento solemne.
Kvachnin no

se

daba prisa

en

descender y

sobre
salía con

sumaciza figura por encima

de

lamul
titud que

le

aguardaba.

Con sus enormes piernas
separadas y

la

expresión

de

disgusto

de

su

ros
tro,

parecía

un

ídolo japonés groseramente labra do.

Su inmovilidad fastidiaba visiblemente

al

pú
blico.

Las sonrisas,

preparadas

de

antemano,

des
aparecieron;

las miradas

se

llenaron

de

venera
ción,

casi

de

espanto.

A

ambos lados

de

la

porte
zuela formaban,

como soldados,

los empleados

de
la

línea férrea.
Bobrov miró a

Nina,

que estaba a

pocos pasos
delante

de

él

,

y
notó con amargura

en

su

rostro
lamisma sonrisa devota,

lamisma veneración

de
un salvaje que mira a

un

ídolo.

“

¿Es posible que

62

no sea más que admiración desinteresada por un
hombre que posee trescientos mil rublos de ren
ta?

- pensaba—. Si no persiguen ningún interés
personal, ¿ por qué todos se humillan de manera
tan desagradable ante ese hombre, que ni siquiera
se digna mirarles? En la psicología humana exis
ten leyes y resortes secretos, que no conocemos
aún, y que son los que únicamente podrían expli
car esta humillación voluntaria de los seres hu
manos ante el poderío de los ricos

...

”

Después

de

haber permanecido

en

pie algunos
instantes,

Kvachnin

se

decidió,

por

fin

,

a

descen
der.

Precedido

de

su

enorme vientre,

ayudado res
petuosamente por los empleados,

descendió del co che y

se

encontró en

el

andén.
Los ingenieros y

demás empleados

de

la

fábri
ca

le

abrieron paso,

formando dos filas,

y

le

salu
daron con respeto.

El

hizo un ligero movimiento
de

cabeza,

y
apretando sus gruesos labios,

ex
clamo:

- Señores,

están ustedes libres hasta mañana. Luego,

a

la

salida

de

la

estación,

hizo Chel
kovnikov una seña para que

se

acercase.

- Sergey Valerianovich -

dijo a

media voz-,
¿me

lo

presentará usted?

- ¿Al señor Zinenko?--preguntó respetuosa
mente

el

director.
-;Naturalmente,

caramba!

...

—dijo Kvachnin
enfadado— No,

aquí

no—

añadió,

deteniendo

al
director,

que había hecho ademán

de

ir

en

busca de

Zinenko--.Después,

cuando estemos

en

lafábrica

...

63

VII

El comienzo de los trabajos de construcción y
la inauguración del nuevo alto horno tuvieron lu
gar a los cuatro días de la llegada de Kvachnin. Se quiso dar un carácter solemne a aquellos dos
acontecimientos y se repartieron invitaciones im
presas a las fábricas metalúrgicas vecinas, Kru
togórsky, Voroninsky y Kursky.
Al día siguiente de la llegada de Kvachnin, vi nieron otros dos miembros del Consejo de admi
nistración, cuatro ingenieros belgas y muchos
grandes accionistas. Entre el personal circuló el
rumor de que la administración había votado dos
mil rublos para un banquete; pero, en realidad,
todos los gastos en vinos y provisiones fueron de.
cuenta de los contratistas de las construcciones.

La fiesta fué favorecida por un día espléndido,
uno de esos días claros de otoño, en que el cielo es profundamente azul y el aire fresco tiene fra gancias de vino generoso y añejo.
Los pozos cuadrados, que se habían hecho para: poner los cimientos de las construcciones nuevas,

estaban rodeados de masa compacta de
obreros. En medio de este muro viviente, al
tremo de uno de los fosos, una sencilla mesa blan
ca, cubierta con un tapete. sostenía un evangelio,
una cruz y una pila con agua bendita. El pope, re
vestido con los ornamentos sagrados, estaba un
poco más lejos, al frente de un grupo de quince
obreros que, para esta ocasión, desempeñaban el

una

X

64

oficio de sacristanes. Del otro lado del foso se ha llaban los ingenieros, los contratistas, los emplea

dos de oficinas

...

un grupo abigarrado

demás de

doscientas personas.

Un poco más lejos,

en

una
elevación del terreno,

secolocó un fotógrafo;

des
pués

de

cubrir con un paño negro

el

aparato y

su
propia cabeza,

se

preparaba desde hacía largo
tiempo para

su

operación fotográfica.
A

los diez minutos llegó Kvachnin

en

un

co
che tirado por tres magníficos caballos grises.
Venía sólo

en

el

coche,

que ocupaba por entero,
de tal modo que

no

quedaba sitio para ninguna
otra persona:

tan grueso era.

El

coche iba segui
do de otros cinco o

seis.
Los obreros,

por instinto,

adivinaron

en

Kva
chnin

el

personaje más importante

de

aquella so
lemnidad,

y

todos

se

quitaron inmediatamente
las gorras cuando

se

acercó.

Kvachnin descendió
del coche,

avanzó majestuoso por entre

lamu
chedumbre,

y
saludó

al

pope.

-

Alabado sea Dios

en

todas partes,

por los
siglos

de

los siglos —proclamó!

el

pope,

con voz
débil e

insegura,

enmedio del silencio general.

- i Amén!—respondió bastante armoniosamente
el

coro improvisado.
Los obreros,

que estaban allí

en

número

de
tres mil,por

lomenos,hicieron

laseñal

de

lacruz;
todos a

la

vez,

como habían saludado a

Kva
chnin,

bajaron ligeramente

la

cabeza,

y

en

el mis
mo instante

la

volvieron a

levantar.

Bobrov les
contemplaba.

En las primeras filas estaban los

65

albañiles, sólidos y graves, con mandiles blancos,
con cabellos claros como el lino y barbas rojas;
detrás de ellos. los obreros metalúrgicos y los he
rreros, con sus blusas negras, que usaban para
imitar a los obreros franceses e ingleses, con los rostros cubiertos de polvo metálico. Aquí y allá había grupos de obreros extranjeros. En las úl timas filas estaban los obreros de los hornos de cal, a los que se podía reconocer de lejos por los rostros como empolvados de harina y los ojos in
flamados y rojizos.
Cada vez que el coro de voces fuertes y solem
nes proclamaba: “Salva a tus hombres, Dios omnipotente, de todas las desdichas ”, los tres mil obreros, con la misma seriedad devota y en el mismo instante, como soldados disciplinados, se
santiguaban con celo y bajaban la cabeza. Bo
brov sentía algo grave y poderoso, y al mismo
tiempo infantil y emocionante, en aquella común
plegaria de una enorme muchedumbre gris. Al
día siguiente todos aquellos obreros reanudarían su trabajo fatigoso de doce horas diarias. Quizás algunos perecerían durante el trabajo, cayendo
desde un tejado, hundiéndose en una caldera o
enterrados bajo una avalancha de piedras y ladri llos. Y i quién sabe! ¡ Acaso en aquel momento pensaban todos precisamente en lo que el destino
les preparaba y rogaban al Dios omnipotente que
les salvara de la desdicha. No tenían otros pro
tectores, aquellos niños grandes, de corazones
bravos y simples, aquellos humildes soldados de
EL Dios 5

66

la industria, que salían todas las mañanas de sus
frías barracas para llevar a cabo inauditas haza
ñas de paciencia y de valor.
Tales eran las reflexiones de Bobrov, siempre dispuesto al análisis. Hacía largo tiempo que ha bía perdido la costumbre de las ceremonias reli giosas; pero cuando el coro respondía, con gritos armoniosos, a las palabras del pope, sentía una profunda emoción. Había algo de conmovedor en
la resignación con que rezaban aquellos humil
des trabajadores, venidos de todos los ámbitos de Rusia, desterrados, arrancados de sus familias y de sus hogares por las necesidades imperiosas de la vida cotidiana.
El oficio religioso terminó pronto.
Kvachnin, negligentemente, arrojó una
da de oro al foso; según la costumbre, debía arrojar un puñado de tierra; pero su gordura no
le permitía inclinarse, y Chelkovnikov le reem
plazó en esta ceremonia. Después, fueron todos a los altos hornos, que alzaban sobre sus bases
de piedra las torres negras, redondas y macizas.
El quinto alto horno, recién construído, estaba ya en plena actividad. En la parte baja, a unos
70 centímetros del suelo, se había abierto un agu
jero, de donde salía, en ancha banda hirviente, el metal fundido, que expandía a su alrededor pequeñas llamas azules. El metal fundido corría hacia unas grandes calderas, que estaban cerca del agujero, y se enfriaba en ellas, convirtiéndo una densa masa negruzca. Los obreros,

mone

se en

67

desde lo alto del horno, arrojaban sin cesar al vientre enorme mineral y carbón, que llegaban en vagonetas de hierro.
El pope echó agua bendita sobre el alto hor
no y, lleno de pavor ante aquel monstruo que es
cupía fuego, se retiró rápidamente hacia atrás. El primer capataz, un viejo sólido, de rostro en negrecido, se santiguo y escupió en sus manos.
Sus cuatro ayudantes hicieron lo mismo. Luego,
los cinco hombres levantaron del suelo una larga
barra de acero y, después de balancearla algunos
segundos, golpearon con ella la parte baja del horno. Los espectadores, presa de una nerviosa ansiedad, cerraron los ojos. Algunos retrocedie
ron. Los obreros golpearon por segunda vez, lue
go por tercera y cuarta vez

...

,

y

de

pronto brotó
una fuente

de

metal líquido

de

una claridad

in
soportable a

la

vista.
Entonces

el

capataz,manejando hábilmente

la
barra

de

acero,

ensanchó

el

boquete,

y

el

hierro
fundido empezó a

deslizarse lentamente por

un
estrecho sendero de arena.

Grandes haces de es
trellas luminosas

se

esparcían

en

todas las direc
ciones,

con un ruido característico;

subían un
poco y

se

apagaban

en

el

aire.

Aquel metal,

que
se

fluía con lentitud,

y

como con cierta flema, irradiaba un calor tan terrible,

que los que

no

es
taban habituados retrocedían,

tapándose

el

rostro
con las manos.
De los altos hornos fueron todos a

la

fábrica
para presenciar los trabajos.

Kvachnin había

68

tomado las disposiciones necesarias para que los
accionistas, que habían venido con él, pudieran
ver la fábrica en sus dimensiones colosales y su
actividad febril. Había calculado que aquellos se ñores, asombrados ante una serie de impresiones
fuertes e inesperadas, contarían luego milagros a
la asamblea que los había delegado. Conocía a
fondo la psicología humana, y estaba seguro de
que la asamblea, después de oír las relaciones
de sus delegados, aceptaría una nueva emisión
de acciones, emisión a que se había opuesto has
ta el presente, y que era muy ventajosa para él.
Sí; sus cálculos estaban bien hechos. En efec
to, los accionistas quedaron tan impresionados,
que les dolía la cabeza de tantos ruidos inferna
les. Pálidos de emoción, habían oído el paso del
aire comprimido por cuatro enormes tubos, de
ocho metros de largo cada uno; el ruido hacía temblar los muros de piedra. Por aquellos tubos de hierro colado, de cuatro metros de ancho, el
aire se trasladaba a poderosos recipientes, en
donde, por medio del gas, era calentado hasta la
temperatura de 600 grados; desde allí penetraba
en el interior del alto horno, donde fundía, con
su soplo ardiente, el mineral y el carbón.
El ingeniero que dirigía aquel taller daba las
explicaciones necesarias. Pero aunque se inclina

ba al oído de cada uno de los accionistas y gri taba con todas sus fuerzas, el ruido de las má quinas impedía oirle, y sólo podía verse el movi miento de sus labios.

69

Luego Chelkovnikov condujo a los visitantes a un edificio de hierro, tan largo, que cuando uno se hallaba en uno de sus extremos, el otro ape nas se veía. Era el departamento de los altos hor
nos, donde la fundición líquida se mezclaba con
mineral y se convertía en acero. A lo largo de una de las paredes de aquel taller corría una plataforma de piedra, sobre la cual había unos veinte hornos de los llamados “ pudlings ”, que pa recían, por su forma, vagones sin ruedas. El ace ro pasaba por medio de tubos a gruesos reci pientes de hierro, y allí se enfriaba en grandes pedazos de seiscientos a setecientos kilogramos
cada uno. El otro lado del departamento estaba
ocupado por una pequeña vía férrea, por la cual, silbando y respirando fatigosamente, corrían va gonetas en donde los obreros cargaban sin cesar el acero, que, después de una serie de operaciones ingeniosas, adquiría la forma de largas barras cuadradas y pulimentadas.
Chelkovnikov llevó a los visitantes al taller de rieles. Un enorme pedazo de metal ardiendo pa saba por diversas máquinas, y salía de cada una de ellas con una forma nueva, cada vez más del gada, más larga. Al

fin

,

quedaba un riel rojo,

de

unos veinte metros

de

largo.

Los movimientos
complicados

de

unas quince máquinas eran diri gidos por

un

solo hombre,

que,

situado sobre una

pequeña plataforma,

encima

de

lamáquina cen tral,

parecía

un

capitán

en

el

puente

de

su

navío.
Cuando volvía

lamanivela hacia adelante,

los

ci

70

lindros y demás partes de las máquinas se mo
vían hacia adelante; si volvía la manivela hacia
atrás, ese simple movimiento bastaba a invertir
la dirección del movimiento de las máquinas.
Cuando salía el riel rojo, cogíalo una enorme sie
rra redonda que, con un silbido penetrante, lan
zando alrededor un surtidor de chispas doradas,
lo cortaba en tres partes iguales.
Después pasaron todos al departamento de rue
das para vagones y locomotoras. Había doscien
tos o trescientos tornos de todas las dimensiones
y de todas las formas; las anchas correas de cue ro que movían aquellos tornos bajaban desde el
techo, donde estaban enrolladas a una gruesa
barra de acero y formaban abajo una densa tela de araña en continuo movimiento. Las ruedas de algunas máquinas giraban a razón de veinte vuel tas por segundo; otras, en cambio, andaban tan
lentamente que apenas se notaba su movimiento.
El piso estaba como tapizado de virutas de hie
rro, cobre y acero que formaban bonitas y largas
espirales. Los berbiquíes llenaban la atmósfera
de un insoportable rechinamiento ensordecedor.
Había también allí una máquina de fabricar tuer
cas, que parecía una boca provista de enormes
mandíbulas de acero, masticando con regularidad
el metal. Los obreros hundían en la garganta de la máquina el extremo de una larga barra metáli
ca, enrojecida al fuego; las mandíbulas daban
pequeños mordiscos en la barra y escupían las
tuercas terminadas. ·

71

Cuando Chelkovnikov, al salir de este depar tamento, propuso a los accionistas, a quienes ma nifestaba las mayores atenciones, que pasaran a visitar la “ Compound ”, central de novecientos ca ballos, estaban ya harto aturdidos y atontados por todo lo que habían visto y oído. Las nuevas impre siones no tenían para ellos ningún interés y no ha cían sino fatigarles más. Sus rostros estaban ro jos de calor; sus manos y sus vestidos, sucios de hollín. Aceptaron de mala gana la proposición del director, sólo por cumplir hasta el final la misión que les había encomendado la asamblea de accionistas.

Aquella máquina, que era el orgullo de la fá brica, se encontraba en un edificio aparte, muy limpio y coquetón, con piso de mosaico y anchos ventanales. A pesar de sus dimensiones gigan tescas. apenas hacía ruido. Dos pistones, de ocho metros cada uno, giraban rápidamente en los ci lindros. Un enorme volante, de seis metros de diámetro, con doce cables que se deslizaban a su

alrededor, giraba igualmente sin ruido, con ver tiginosa rapidez. Los movimientos de este volan te conmovían el aire seco y cálido del taller. La máquina daba fuerza motriz a todas las demás máquinas y tornos de la fábrica.
Después de verla, creyeron los accionistas que sus pruebas habían terminado, pero el infatiga

ble Chelkovnikov, en tono muy amable, les hizo

de repente una nueva proposición.
-Ahora, señores, voy a enseñarles, por decir

72

lo así, el corazón de la fábrica, que nutre de sangre a todo el organismo.
Y les arrastró más bien que les condujo al departamento de las calderas de vapor. Pero el

corazón de la fábrica —-una docena de calderas ci
líndricas de diez metros de largo y tres de alto
cada una —apenas si hizo impresión en los cansa
dos ánimos de los accionistas. Sus pensamientos giraban desde hacía largo rato alrededor de la comida que les estaba esperando; se guardaban muy bien de hacer preguntas, para no provocar nuevas explicaciones, y se limitaban a contestar
con movimientos de cabeza a todo cuanto decía
Chelkovnikov. Cuando éste hubo terminado, lan zaron un suspiro de consuelo, y muy sinceramen te, con un ran placer, le estrecharon la mano. Salieron todos. Sólo Bobrov permaneció
aquel departamento. De pie, en el extremo de un profundo foso sombrío, donde estaban los horni llos, seguía con los ojos el penoso trabajo de seis obreros desnudos hasta la cintura. Tenían que echar carbón, día y noche, por las bocas de los hornillos. A cada momento se abrían ruidosamen te las redondas coberteras que tapaban los hor nillos, y entonces podía verse la llama blanca, que rugía en el interior. Los cuerpos medio des nudos de los obreros, quemados por el fuego, ne gros por el polvo de carbón, se inclinaban para echar el pasto a aquellos monstruos. Sus manos, nerviosas y hábiles, alzaban una pala llena de
carbón у la lanzaban rápidamente por la aber

en

73

tura. Otros dos obreros, en lo alto, echaban sin cesar a sus camaradas de abajo, el carbón que se apilaba en grande montones, semejantes a ne gras colinas.
A Bobrov le parecía que aquel trabajo ininte rrumpido tenía un carácter casi sobrehumano y, al mirarlo, se le oprimía el corazón. Pensaba que
una fuerza misteriosa tenía sujetos a aquellos
esclavos del trabajo, por toda su vida, junto a las
fauces abiertas del monstruo, y que, so pena de
una muerte terrible, estaban obligados a dar, sin
cesar, el alimento a la bestia insaciable.
- Buenos días, Andrey Ilich! ¿ Está usted mi
rando como echan el pasto a su Moloch?

- dijo,
de pronto, detrás de Bobrov, la voz del doctor Goldberg.
Bobrov se estremeció hasta el punto de caer
casi en el foso: tal era la contradicción ruidosa
entre aquella voz alegre y bonachona y sus pro pios pensamientos. Aun después de reponerse de la sorpresa, no pudo en mucho rato dominar la penosa impresión.
- ¡Parece que le he asustado a usted, queri

do!

- preguntó el doctor, mirando fijamente a Bo
brov- Perdóneme usted si es así.

-Sí. ¡Fué tan inesperado!...

Se

ha

acercado us
ted sin hacer ruido

...

- No,

Andrey Ilich;

es

absolutamente preciso
que cuide usted esos nervios.

No valen nada.
Oígame usted bien:

pida

un

permiso,

y

váyase
una temporada

al

extranjero.

Eso

le

sentará bien,

74

mientras que aquí puede acabar mal. Estese us
ted en el extranjero unos seis meses, beba buen vino, paséese usted a caballo, busque aventuras
amorosas...

Se acercó al foso.

- Un verdadero infierno!-exclamó mirando al
fondo- ¿ Cuánto pesará, poco más o menos, uno
de esos " samovars ”? ¿ Doce mil kilogramos qui
zás?
- Más —respondió Bobrov- Casi el doble.
- Anda, anda! ¿ Y si uno de esos " samovars "
estallara? ¡Sería un espectáculo pintoresco!
— ¡Muy pintoresco, doctor! No quedaría nada
de estos edificios.
El doctor movió la cabeza y lanzó un silbido significativo.
- Pero ¿ cómo podría producirse una explosión?
- Las causas pueden ser muy distintas. Lo más
frecuente es que se produzca del siguiente modo:
cuando queda en la caldera muy poca agua, las paredes se van calentando, hasta ponerse casi al rojo. Si en ese momento se vierte en ella un poco
de agua, la caldera bajo la presión de ese vapor,
estalla.

- Entonces, ¿ se puede provocar intencionada
mente?

—; Siempre que se quiera! ¿ Desea usted qui zás hacer una experiencia? Cuando baje el hi drómetro, que es el que indica la cantidad de agua, no tiene usted más que hacer girar esa rue decita

...

Eso basta

...

75

Bobrov bromeaba; pero su voz era extraña mente seria, y su mirada triste y severa. El doc tor le miró a hurtadillas. " Es un buen chico pensó, pero es un psicópata

... ”

- Oiga,

Andrey Ilich —preguntó separándose
del fosom,

¿por qué no ha ido usted a

comer con

esos señores?

Hubiera usted podido admirar

el

jardín

de

invierno que han puesto

en

nuestro

la

boratorio,

convertido

en

comedor.

¿

Y

qué cubier
tos!

¡ Una cosa admirable!

...

-

Detesto las comidas

de

los ingenieros!-dijo
Bobrov,

haciendo una mueca- Transcurren

en
gritos,

alabanzas ymutuas adulaciones.

Y

luego
vienen los indispensables brindis;

emborrachanse
los comensales,

y

los oradores

se

salpican

de

vino

y

ensucian a

los que están a

su

lado.

¡ Asqueroso!

- Sí;

tiene usted mucha razón -

aprobó

el

doc
tor—.

No

he

asistido más que

al

principio

de

la
comida,

pero me

ha

bastado.

Kvachnin está mag nífico.

¡ Había que oír

el

discurso que

ha

pronun
ciado ese canalla!

“ Señores,

lamisión del ingenie
ro

es

elevada y

está llena

de

responsabilidades. Las vías férreas,

los altos hornos y

las minas
traen

al

país las semillas

de

la

instrucción,

las
flores

de

la

civilización y

los frutos

...

”

¡i
A

femía,
-ya

nome acuerdo cuáles son los frutos que los

in

genieros dan

al

país!

¡ Dios mío,

qué supercana
Hla!

"

; Unámonos,

pues,

señores,

y

mantengamos
alta

la

bandera de nuestro arte bienhechor

...

" Na
turalmente,

se

le

ha contestado con una tempes
tad

de

aplausos.

76

Anduvieron algunos pasos en silencio. El ros tro del doctor adquirió de pronto una expresión de cólera, y dijo con voz severa:

- Sí, el arte bienhechor

...

Y,

sin embargo,

las
barracas de los obreros están construídas con madera podrida.

El

número

de

enfermos aumenta
cada día.

Los niños mueren como moscas.

¡

Y

es
tas son las semillas de

la

civilización!

Estamos
expuestos a

una epidemia

de

tifoidea

...

-¿De veras?

¿Hay ya algún caso?

Eso sería
horrible,

sobre todo,

dadas las condiciones anti higiénicas

de

los locales

...

El

doctor

se

detuvo,

presa

de

una cólera loca.

--Ah,

qué terribles condiciones!

La muerte
hará una buena cosecha.

Ayer llevaron

al

hos
pital a

dos enfermos.Uno

de

ellos ha muerto y

el
otro morirá,

no

cabe duda.

Y

no

tenemos

ni me
dicamentos,

ni

sitio bastante,

ni

ayudantes

...

¡ Qué
canallas!
Y

el

doctor amenazó a

lafábrica con

el

puño.

VIII

Las malas lenguas empezaron a

charlar.Ya

an
tes

de

la

llegada

de

Kvachnin

se

contaban

de

él

una porción

de

anécdotas pintorescas.

Ahora,

to
do

el mundo comprendía las razones

de

su

repen

tina aproximación a

la

familia Zinenko.

Las
señoras murmuraban con sonrisas maliciosas;

los
hombres,

entre

sí

,

llamaban cínicamente a

las co
sas por

su

nombre.

Pero nadie sabía

de

cierto

lo

77

que había entre Kvachnin y los Zinenko, y todo
el mundo esperaba, con placer impaciente, un es cándalo pintoresco. Había una parte de verdad en las murmuraciones de la gente. Después de la primera visita que Kvachnin hizo a los Zinenko, empezó a pasar allí todas las veladas. Por la ma ñana, hacia las once, llegaba a casa de los Zinen ko el hermoso carruaje de Kvachnin, tirado por tres magníficos caballos grises; el cochero trans mitía a la familia una invitación de su amo, para que fueran a almorzar con él. Nadie más recibía invitaciones para aquellos almuerzos. Los manja
res estaban preparados por un cocinero francés,
que acompañaba a Kvachnin en todos sus viajes,
incluso cuando iba al extranjero.
Las atenciones de Kvachnin hacia sus nuevos conocidos diferían del tono corriente y trivial. Trataba a las cinco muchachas sin miramientos, con la familiaridad de un viejo pariente solteron y frívolo. A los tres días, las llamaba por el di minutivo de sus nombres, añadiendo el patroní mico: Schura Grigorievna, Ninachka Grigorievna, etcétera. A la más pequeña, Kasia, la cogía fre
cuentemente por la barbilla y la hacía rabiar, lla
mándola “bebé” y “mi polluelo ”, lo que la rubori
zaba, hasta hacerla derramar lágrimas. Pero la
niña no se atrevía a protestar.
La señora Zinenko, con alegre çoquetería, le re
prochaba amistosamente que con sus mimos per
vertía a las niñas. En efecto, bastaba que una de
las muchachas expresara un deseo cualquiera, pa

78

ra que Kvachnin se apresurara a realizarle. Una vez, Maka, sin darse cuenta, dijo que le gustaría
montar en bicicleta, y al día siguiente un enviado

especial de Kvachnin trajo de Jarkov una her
mosa bicicleta, que debió costarle por lo menos trescientos rublos. Otro día hizo por broma una apuesta con Beta, y le compró un pud (1) de bom bones. Otra vez regaló a Kasia un broche de pie dras preciosas. Habiendo sabido otro día que a
Nina la gustaba montar a caballo, le regaló una
magnífica jaca inglesa, amaestrada especialmen
te para señoras.
Las señoritas estaban encantadas. Se diría que un ángel bueno se había instalado en su casa, adi
vinando y realizando inmediatamente sus meno
res caprichos. La señora Zinenko sentía vagamen te que no convenía mucho a una familia respeta ble aprovecharse de la generosidad de Kvachnin, pero no tenía valor ni tacto para dárselo a enten der. Cuando protestaba humildemente, con su voz
meliflua, contra la generosidad del nuevo amigo,
éste le cortaba la palabra.
- Vamos, querida señora! ¡Esas son bagate las! ¡ No vale la pena hablar de ello! Aparentemente, no manifestaba preferencia por ninguna de las señoritas; era igualmente ama
ble para todas, permitiéndose tratarlas a todas
sin cumplimientos ni reparos. Los jóvenes que vi
sitaban antes la casa, habían desaparecido por

(1) 15

1/2

kilogramos.

79

completo. Pero, en cambio, Sveyevsky, que no había visitado a la familia Zinenko más de dos o tres veces, era al presente un huésped diario. Nadie le había llamado; había ido él mismo, co
mo respondiendo a una invitación misteriosa, y
desde el primer día se hizo muy útil y aun in
dispensable para todos los miembros de la fa
milia.
Con este motivo, se contaba una anécdota. Ha cía algunos meses, Sveyevsky, hallándose entre sus colegas, dijo que el sueño de su vida era ha cerse algún día millonario, y que estaba seguro
de serlo hacia los cuarenta años.

- ¿Y por qué medio?-le preguntaron.
Con una risita de contento, y frotándose las manos con satisfacción, contestó:
— ¡Por todas partes se va a Roma!
Ahora creía llegado el momento favorable para
avanzar en su carrera. De un modo o de otro, po
dría hacerse útil a Kvachnin el omnipotente, y,
con una desvergüenza ilimitada, se convirtió en
su lacayo. Le manifestaba su servilismo con los gestos y las miradas, y estaba dispuesto a todo por ganar el favor del amo.
El otro aceptaba sus servicios. Severo para los subordinados, a quienes despedía sin contempla ciones cuando estaba de mal humor, toleraba la presencia de Sveyevsky, aun despreciándole francamente. Sveyevsky comprendió pronto que Kvachnin se quería servir de él y aguardaba su
hora.

80

Se murmuraba mucho de todo esto entre el
personal de la fábrica. Bobrov, como es natural,
fué puesto al corriente. No le sorprendió. Cono cía la moral de la familia Zinenko, que aprecia
ba en su justo valor. Temía solamente que las
malas lenguas no perdonaran tampoco a Nina.
Desde su última conversación con ella en la es
tación, la quería todavía más. A él sólo le había
abierto su alma, llena de belleza, a pesar de las
pequeñas flaquezas y vacilaciones. “ Los otros pensaba Bobrov—, no ven más que el exterior, el tocado, el rostro; mientras que yo conozco su al ma. ” Los celos, con sus cínicas dudas, el amor propio irascible, con su mezquina vulgaridad, eran completamente extraños a la naturaleza delicada y confiada de Bobrov.
No había sentido nunca un verdadero y sincero
amor. Demasiado tímido, desconfiaba de sí mis
mo, y no se atrevía a tomar en la vida su parte de felicidad. Y ahora se entregaba de todo cora zón al nuevo y fuerte sentimiento ignorado has ta el presente.
Todos aquellos días estuvo bajo el encanto de su entrevista con Nina en la estación. De conti

nuo recordaba, en sus más mínimos detalles, aque lla

conversación.

Las más insignificantes palabras
deNina revestían para

él

una importancia supre

ma.

Por

lamañana,

se

despertaba con

el

senti
miento vago

de

algo grande y

luminoso que

se
entraba en

su

corazón como promesa

de

fe
licidad infinita.

81

Sentía un deseo irresistible de ir a casa de Zi nenko. Quería asegurarse de nuevo de su dicha,
oír las semiconfesiones de Nina, tan pronto tími
das como ingenuamente atrevidas; pero la pre sencia de Kvachnin le molestaba y sólo tenía un consuelo: el de que Kvachnin, seguramente, no estaría allí más de quince días.
Sin embargo, la casualidad le procuró una en trevista con Nina antes de la partida de Kvach nin. Fué un domingo, tres días después de la inauguración solemne del nuevo alto horno. Bo brov se paseaba a caballo por el ancho camino que iba de la fábrica a la estación. Eran las dos de la tarde, una hermosa tarde fresca. Ni una sola nube había en el cielo azul. El caballo, ba lanceando la cabeza al andar, caminaba con paso rápido.
En una vuelta del camino, cerca del depó sito central, Bobrov vió una amazona que des cendía por la colina, seguida de un caballero que montaba un caballo blanco. Bobrov reconoció

en seguida a Nina. Vestía una larga falda verde. guantes amarillos y un sombrero de copa alta. Manteníase a caballo muy graciosamente. Su ja quita avanzaba con paso alegre y seguro, encor vando el cuello y alzando mucho las finas y del gadas manos. En el caballero que seguía a Nina, Bobrov reconoció a Sveyevsky. Permanecía a una larga distancia detrás de ella. Montaba muy
mal y hacía esfuerzos desesperados por dominar
a su caballo y alcanzar a Nina. Con su figura in

EL Dios

82

clinada sobre el cuello del animal, presentaba un aspecto lastimoso.

Al reconocer a Bobrov, Nina fustigó la jaqui ta, que empezó a galopar. El viento la azotaba
en pleno rostro, y viéndose obligada a sostener
el sombrero con una mano, bajaba un poco la
cabeza. Cuando llegó cerca de Bobrov, detuvo el
caballo, que empezó a golpear el suelo, y a relin char impaciente. Nina estaba muy animada. Sus mejillas se habían teñido de rosa. Sus ca bellos caían en pequeños y finos bucles por deba jo del sombrero.
—; Magnífico caballo!-exclamó Bobrov, cuando
logró por

fin

detener

su

“ Farvater ”

;

y

estrechó
lamano

de

Nina--,

¿De dónde

lo

ha sacado?
— ¿Verdad que

es

hermoso?

Es un regalo

de
Kvachnin.

-Yo

no

hubiera aceptado un regalo semejan te

-

dijo rudamente Bobrov,

irritado por

el

tono

despreocupado

de

la

respuesta

de

Nina.
Ella

se

enfadó.

- Pero ¿por qué razón

le

iba a

rechazar?

-- Porque Kvachnin

no

es

ni

su

amante

ni

su
pariente

de

usted

...

- ¡Ah,

Dios mío!

¡ Qué escrupuloso

es

usted!

...

¡ Hasta cuando

se

trata

de

los demás!-dijo Nina
con mordaz ironía.
Pero notando

la

expresión

de

dolor que

se

ex
tendía sobre

el

rostro

de

Bobrov,

se

apresuró a
añadir,

en

tono más suave:
-- Esto

no

es

nada para

él

;
¡
es

tan rico!

>

83

Sveyevsky se acercaba; no estaba ya más que a una docena de pasos. Nina se inclinó de pron
to hacía Bobrov, acarició con la mano el puño
de su látigo, y le dijo muy bajito, con el tono de una niña que reconoce su falta:
- Basta, amigo mío; no se enfade usted. ¡Le
devolveré el caballo, ya que es usted tan malo!

¡ Mire usted qué importancia doy a su opinión!... Una felicidad infinita invadió

el

corazón de Bo
brov.

Sus manos,

con un movimiento involunta
rio,

se

tendieron hacia Nina.

No dijo nada,

pero

lanzó un largo suspiro

de

alegría.

Sveyevsky

le
saludó con indiferencia.
- ¿Naturalmente,

estará usted

ya

al

corriente

de

nuestra proyectada merienda?-le preguntó.
- No;

es

laprimera vez que oigo hablar

de

ello.
- Se organiza,

por deseos del señor Kvach nin

...

En

el

Barranco Verde

...

- No sabía nada.
- Sí —

dijo Nina-.

Será muy divertido.

Venga
usted también.

El miércoles,

a

las cinco

de

la

tar
de,

“ Rendez -vous ”

en

la

estación

...

- ¿Es

elpersonal

el

que organiza por cuenta
suya esa excursión?
- Es posible;

no

sé

bien -

respondió Nina,

inte
rrogando a

Sveyevsky con

lamirada.

-Sí,

es

el

personal -

continuó éste- Natural

mente,

el

señor Kvachnin toma una gran parte en

ello.

Me

ha

encargado

de

algunos preparati

vos,

y

debo decirle a

usted que

lamerienda será algo colosal,

extraordinariamente “

chic ”

.
Esto

se

84

lo digo confidencialmente: guárdeme el secreto. Pero le aseguro que va quedar usted asombrado. Nina no pudo contenerse y añadió con coque tería:
-Todo esto se hace por mí. Anteayer le dije al señor Kvachnin que estaría bien organizar
un paseo por el bosque, con mucha gente, e in
mediatamente decidió hacerlo

...

-Yo

no

iré a

eso —dijo!

Bobrov

en

tono rudo.
-;

Sí

,

irá usted!

¡ Lo quiero!—exclamó Nina,
brillantes los ojos,

¡

Y

ahora,

en

marcha,

se
ñores!

Fustigó

el

caballo.

Bobrov hizo

lomismo.

Sve
yevsky

se

quedó atrás.
- Escuche usted,

Andrey Ilich,

lo

que voy a
decirle.

Sobre todo,

no

se

enfade usted

...

Los caballos caminaban

el

uno junto

al

otro.
Nina,

ligeramente inclinada hacia Bobrov,

lemiró
con ternura a

los ojos;

él

tenía un aspecto som
brío y

descontento.
- Escúcheme bien -

repitió ella con una voz lle

na

de

cariño.

Por usted

es

por quien tuve

la
idea

de

esa excursión

...

Sí

,

por usted,mi mal ami
go,

siempre dispuesto a

suponerme intenciones feas.

Quiero que me diga usted todo

lo

que

nome
quiso decir

en

la

estación

el

otro día.

Durante
la

excursión,

podremos aislarnos,

y

no

nos mo

lestará nadie

...

Estas palabras,

pronunciadas con una voz aca riciadora y

afectuosa,

produjeron un efecto má
gico

en

Bobrov.

Sintióse

de

nuevo feliz.

Casi con

>

85

las lágrimas en los ojos, exclamó apasionada
mente:

- Oh, Nina! ¡Si supiera usted cómo la amo!
Ella hizo como que no había oído aquella con
fesión inesperada. Acortó el paso de su caballo y preguntó:
- ¡Entonces! ¿ Vendrá usted, no es eso?

-Oh, sí, iré!
Muy bien. Se lo agradezco. Ahora esperemos
a mi acompañante, y hasta la vista. Tengo que volver a casa.
Al estrechar su mano, antes de separarse de ella, Bobrov sintió a través del guante el calor
delicioso de aquella manita, que le respondía con
un apretón fuerte y prolongado. Los hermosos ojos negros de Nina le dirigieron como despedi da una mirada amorosa.

IX

El miércoles, desde las cuatro, la estación apa recía invadida por los invitados a la merienda. Todo el mundo estaba alegre y gozosamente agitado. La venida de Kvachnin a la fábrica no había ocasionado esta vez ninguno de los disgus
tos y generales trastornos que todos habían pro
nosticado. El temor de que Kvachnin castigase al personal y despidiese a determinados ingenie ros se había desvanecido; en cambio, ahora, se susurraba que dentro de poco iban a aumentar el sueldo a todos los empleados.
Por otra parte, la excursión prometía ser muy

86

agradable. El Barranco Verde, donde iba a tener lugar la merienda, se hallaba a unos doce kilóme tros, por un camino muy bello. El tiempo, desde hacía una semana, era magnífico y se podía tener
la seguridad de que no cambiaría en todo el día.
Había cerca de noventa invitados. Formando grupos animados, se juntaban en el andén de la

estación, llenando el aire de sus exclamaciones y risas. Se oía, además de la lengua rusa, frases francesas, alemanas, polacas. Los ingenieros bel gas llevaban aparatos fotográficos.

Ignorábanse
los detalles de la merienda, pero se hablaba de algo extraordinario, y todo el mundo estaba in trigado. Sveyevsky, con aire misterioso y grave, aludía con frecuencia a las sorpresas que aguar daban a los concurrentes, pero se negaba a en trar en detalles.
La primera sorpresa fué el tren especial que había ordenado formar Kvachnin. Precisamente a las cinco, salió del depósito una locomotora nue va americana, de diez metros de larga. Las seño ras no pudieron contener los gritos de admira ción y de alegría: la enorme máquina estaba cu bierta de banderas y flores. Las guirnaldas ver
des, las hojas de encina, mezclábanse con ramos
de campanillas, gardenias y claveles, rodeaban en espiral el cuerpo de acero de la locomotora,
trepaban por la chimenea y caían sobre la cabina
del maquinista. Los cobres y los aceros de la
máquina brillaban al sol poniente de otoño, en
tre las hojas verdes y las flores. Después de la

87

locomotora, salieron del depósito seis coches de
primera clase destinados a conducir a los invi tados hasta la pequeña estación situada a qui nientos pasos del Barranco Verde.
-; Señores!—dijo con tono solemne Sveyevs ky, dirigiéndose a los concurrentes, Basilio Te rentevich Kvachnin me ha encargado que os diga que él solo paga los gastos de la excursión.

Luego, pasando de un grupo a otro, iba repi
tiendo la misma frase:

-; Señores! Basilio Terentevich está encanta do del recibimiento que se le ha hecho, y se hol garía mucho de poder hacer algo a su vez. Paga todos los gastos de su bolsillo

...

Sin poder contenerse,

como

un

lacayo envane
cido

de

lagenerosidad

de

su

amo,

añadió:
— ¡Hemos gastado

en

la

excursión tres mil qui
nientos rublos!
- ¿Usted y

el

señor Kvachnin?

preguntó,
detrás

de

él

,

una voz irónica.
Sveyevsky volvió vivamente

la

cabeza y

vió
que había sido

el

señor Andrea

el

que

le

había
hecho aquella pregunta embarazosa.

El

belga

le

contemplaba con

su

mirada impasible,

con las
manos sepultadas

en

los anchos bolsillos

de

sus

pantalones.

- ¿ Qué decía usted?

—preguntó Sveyevsky,
que

se

había puesto muy encarnado.

- Es usted

el

que ha dicho:

“ nosotros hemos gastado tres mil rublos y

algo mas ”.

Puedo

le
gítimamente suponer que

al

decir “nosotros "

ha

88

querido usted decir “ yo y el señor Kvachnin ”. Ahora bien, tengo el honor de manifestarle, que,
si bien aceptaría esta amabilidad del señor Kva
chnin, quizá no la quisiera aceptar de parte del señor Sveyevsky

...

-;No,

no,

no

es

eso!

...-

-se apresuró a

balbu
cear Sveyevsky,

en

extremo confuso- No me
ha

comprendido usted.

Naturalmente,

es

Basilio
Terentevich

el

que paga sólo todos los gastos

...

Yo

no

soy más

...

que

su

hombre

de

confianza

...

su

agente,

si

usted quiere —

añadió con una son risa agridulce.
Casi

en

el mismo momento

en

que salía del de pósito

el

tren especial,

se

vió llegar a

la

familia
Zinenko,

acompañada

de

Kvachnin y

de

Chel
kovnikov.
A

su

llegada ocurrió un incidente tragicomico.
Las mujeres,

las hermanas y

las madres

de

los
obreros

de

la

fábrica,

que habían oído hablar

de
lamerienda proyectada,

se

habían reunido

en

la
estación desde por

la

mañana.

Muchas

de

ellas
llevaban a

sus hijos

en

brazos.

Con una pacien
cia inagotable,

aquellas desgraciadas,

escuálidas,
harapientas,

esperaban desde hacía muchas

ho

ras,

sentadas

en

la

escalera

de

la

estación,

en

el
suelo,

a

lo

largo

de

la

pared.

Eran más

de

dos
cientas.

Cuando los empleados

de

la

estación les
preguntaron qué hacían allí,

respondieron que es
peraban

al

" gordo jefe rojo "

.

Los empleados qui
sieron expulsarlas,

pero ellas empezaron a

gritar
de

tal modo que hubo que dejarlas

en

paz.

89

A cada coche que llegaba se ponían muy agi tadas, creyendo que era el " gordo jefe rojo ” en
persona; pero cuando se persuadían de su error,
volvían de nuevo a la paciente espera.
En cuanto Kvachnin empezó a descender pesa damente del coche, vióse inmediatamente rodea do por todas partes de aquellas mujeres, que ca yeron ante él de rodillas. Los caballos, espanta dos, se encabritaron y al cochero le costó gran

trabajo calmarlos.
En el primer momento, Kvachnin no compren
dió nada; las mujeres gritaban todas a la vez y
tendían hacia él sus pequeñuelos. Lágrimas abun dandes corrían por sus flacas mejillas. Kvachnin vió que no le sería posible salir de aquel círculo viviente.

-;Alto, las mujeres!—clamó, cubriendo los gri
tos con su poderosa voz—; Callaos! ¡No estáis en
el mercado, qué caramba! Además no os entien do. Dejad que hable una de vosotras. ¿ De qué se trata?

Pero todas querían hablar. Los gritos aumen
taban, las mujeres empezaron a llorar con más fuerza.

— ¡Bienhechor nuestro!...

¡ Sálvanos

de

lamise
ria

!

...

¡ No podemos sufrir

ya más!

... Míranos:

nos

estamos muriendo

de

hambre

...

con nuestros hiji
tos

...

¡ Hace tanto frío!

...

- Pero ¿qué

es

lo

que queréis?-gritó

de

nue

vo

Kvachnin—.

¡ No

es

cosa

de

que gritéis to
das a

la

vez!

Tú,

por ejemplo,

buena moza -

dijo,

90

indicando con el dedo a una joven de alta estatu
ra, que, a pesar de la palidez de su rostro, era
bastante bonita - cuéntame ¿ qué es lo que pasa?
Que se callen las demás.
La mayor parte de las mujeres callaron, pero sin dejar de llorar, secándose las lágrimas con las franjas de sus faldas sucias. Así y todo, más de veinte veces se pusieron a hablar a la vez.
- Nos morimos de frío, padrecito

...

Sólo

tú

pue
des sacarnos

de

esta situación

...

¡ No podemos

ya
más!

...

Se

acerca

el

invierno y

vivimos

en

las ba

rracas

...

Imposible permanecer allí

...

Las barra
cas están hechas

demadera podrida

...

Ahora su
frimos

en

ellas

un

frío terrible por las noches,

¿

qué será

en

el

invierno?

...

Tenga piedad

de
nuestros niños!

Al menos,

que nos pongan estu fas.

Tenemos que guisar

la

comida fuera,

al

aire
libre.

Nuestros hombres están trabajando todo

el

día,

y

cuando vuelven,

ni

siquiera pueden ca lentarse un poco

...

¡ Nadie más que

tú

puede sal

varnos,

padrecito!

...

Kvachnin

se

sentía como cogido

en

una red.
Le cerraban

el

paso por todas partes las mujeres arrodilladas.

En cuanto hacía alguna tentativa de

abrirse paso,

reteníanle cogiéndole las pier
nas y

los faldones

de

su

largo gabán gris.

Con
vencido

de

su

impotencia,

hizo una señal a

Chel
kovnikov,

a

quien costó gran trabajo unirse con
él

a

través

de

aquel círculo viviente.
- ¿Ha oído usted?

¿Qué

es

esto?-preguntó
Kvachnin con cólera.

91

Chelkovnikov hizo un gesto desesperado y bal buceó:

- He escrito a la Administración

...

la

he

puesto
al

corriente

...

En aquella ocasión carecíamos

de
brazos

...

Los obreros prefieren trabajar

en

el

cam

po y

nos veíamos obligados a

pagarles salarios altos

...

Naturalmente,

no

podíamos hacer gastos suplementarios,

construyendo buenas barracas

...

Al menos,

laAdministración no nos dió autoriza ción y

nada podíamos hacer

...

- Pero,

en

fin

de

cuenta,

¿

cuánto

va

usted a
empezar a

reconstruir las barracas obreras? preguntó Kvachnin con voz severa.
- No puedo fijar fecha.

Hay que tener un poco
de

paciencia.

Por otra parte,

ahora estamos pre ocupados,

preparando para

el

invierno las casas de los ingenieros y

los empleados

...

- Bajo

la

dirección

de

usted pasan cosas inad misibles -

dijo muy bajo con voz silbante

demal
dad Kvachnin.

Luego,

volviéndose hacia las mujeres,

les grito:
-;Oid,mujeres!

Desde mañana

se

empezará a
instalar estufas en vuestras barracas y

a

poner
en ellas buenas tablas.

¿Habéis entendido?
-;

Sí

,

padrecito!

...

todos

te

damos las gracias

...
y

nuestros hijitos también —gritaban!

las voces
conmovidas y

gozosas—.

Lo mejor

es

dirigirse di

rectamente

al

jefe

...

iQue Dios

te

bendiga!

... Ya
que eres tan bueno,

permítenos también

ir

a

co
ger leña a

los talleres

de

construcción.

- Pues bien,

os

lo

permito.

92

- Mira, cuando vamos a coger la leña, los guar
das, que son unos perros, nos echan a golpes
de “ nagaika ”

...

- Desde mañana podéis

ir

a

coger leña;

no

se
os

hará nada -

dijo Kvachnin para calmarlas—.
¡

Y

ahora volved a

vuestras casas a

hacer

la

co
mida!

¡ Ea,

a

escape,mujeres!

¡ Una,

dos,

tres!

...

Luego,

dirigiéndose a

Chelkovnikov,

dijo a
media voz:

- Dé usted órdenes para que pongan mañana,
junto a

las barracas,

unos cuantos ladrillos

... Dos
carros bastarán;

eso las calmará por mucho tiempo.
Las mujeres

se

fueron muy contentas.
-;

Si

no

nos ponen estufas,

haremos venir a

los ingenieros para que nos den calor!-dijo a
Kvachnin

la

joven bonita a

quien había ordena
dominutos antes que hablara. -;Naturalmente!—aprobó otra—.

O

si

no

que
venga

el

mismo gran jefe a

calentarnos.

¡ Mirad
qué gordo está!

¡ Debe dar más calor que una es
tufa!

...

Este episodio inesperado,

que tuvo

un

desenla
ce

tan favorable,

regocijó mucho a

todos los re
unidos.

Kvachnin mismo,

que

al

principio

se

ha
bía enfadado con Chelkovnikov,

rió

de

buena
gana

al

oír

la

invitación

de

las mujeres a

que
fuera a

calentarlas,

y

cogió del brazo

al

director,
con aire

de

conciliación amistosa.

-Ya

lo

ve

usted,

querido —le

dijo subiendo con
él

la

escalinata de

la

estación-,

hay que saber

93

hablar con esta gente. Se les puede prometer todo, casas de aluminio, la jornada de ocho horas, bistecs para almorzar. Si les habla usted en un tono convincente, le creerán. Le juro a usted que
en un cuarto de hora podría yo salir bien de la
escena más tumultuosa

...

Yacordándose

de

los detalles

de

aquella revuel
ta de mujeres,

Kvachnin

se

instaló riendo en

su
coche.

A

los tres minutos,

el

tren abandonaba

la
estación.

Los cocheros recibieron orden de

ir.

in
mediatamente

al

Barranco Verde,

pues,

según

el
programa,

se

regresaría

en

coche,

a

la

luz

de

las
antorchas.
La conducta

de

Nina turbó a

Bobrov.

La espe
raba

en

laestación con gran impaciencia.

Sus du
das respecto a

ella

se

habían disipado y

creía

fir
memente

en

su

próxima dicha.

Era tan feliz que todo

le

parecía bello a

su

alrededor;

los hombres
eran honrados y

buenos,

la

vida alegre y

llena

de
interés.

Pensando

en

la

cita convenida con Nina,
se

esforzaba por figurarse todos los detalles.

Pre
paraba frases llenas

de

ternura,

de

pasión y

de
elocuencia,

y

después

se

burlaba

él

mismo

de
aquellos ingenuos preparativos.

¿

A

qué romper
se

la

cabeza?

En

el momento oportuno,

las pala
bras acudirán por

sí

solas,más bellas ymás tier
nas aún que las que pudiera preparar

de

ante

mano.

Recordaba una poesía que había leído

en
no

sé

qué revista y

en

la

que

el

poeta decía a

su
amada que

no

seharían juramentos solemnes,

que
serían insultos para

su

amor ardiente y

confiado.

94

Brobov vió llegar, detrás del de Kvachnin, dos
coches que conducían a la familia Zinenko. Nina venía en el primero, vestida con un ligero traje color pálido, con finos encajes en lo alto del cuer po entreabierto, un ancho sombrero italiano y un ramo de rosas de te. Le pareció más pálida y más seria que de costumbre.
Nina vió de lejos a Bobrov, que estaba en las gradas de la escalera; pero contra lo que éste es peraba, no le dirigió una larga mirada significa tiva. Por el contrario, al ingeniero le pareció que Nina volvía la cabeza a propósito. Y cuando se dirigió apresuradamente al coche, para ayudarla a descender, ella bajó sola por el otro lado, como queriendo evitar su ayuda.
Bobrov tenía el corazón oprimido y sintió una
gran amargura. Pero trató inmediatamente de do minarse. “¡Pobre niña!-se dijo “, probablemen te está avergonzada de su amor y de su decisión. Prefiere ocultarlo celosamente a estas gentes in capaces de comprenderlo. ¡ Oh, santa ingenuidad!” Estaba seguro de que Nina encontraría, como la vez pasada, en la estación, una coyuntura para
acercarse a él y cambiar algunas palabras. Pero,
probablemente, estaba demasiado entretenida con el incidente entre Kvachnin y las mujeres de los obreros, y no se daba prisa a acercarse. Ni una sola vez volvió la cabeza ni le miró. Bobrov se sintió de pronto muy desgraciado. Negros pensa
mientos invadieron su mente.
Después de una corta vacilación, se decidió a

95

acercarse a la familia Zinenko, que estaba un
poco apartada. Las otras señoras evitaban visi
blemente ponerse en contacto con ella. Bobrov es peraba así encontrar un momento favorable para preguntar a Nina, aunque sólo con la mirada,
por qué le manifestaba tanta indiferencia.
Al saludar a la madre y besarle la mano, la
miró a la cara, tratando de adivinar si sabía algo.
Sí; la señora Zinenko sabía algo, sin duda: frun
ció las cejas con aire de disgusto y sus labios
adquirieron una expresión altanera.
“ Probablemente - pensó Bobrov-, Nina se lo
ha contado todo a su madre y ésta la ha re ñido."
Se acercó a Nina con paso decidido; pero ella ni siquiera le miró. Cuando le apretó la mano, sintióla fría e inmóvil. En vez de contestar a su
saludo, Nina se volvió a su hermana Beta y le
dijo algunas palabras insignificantes.
Bobrov presintió en aquella maniobra algo co barde, culpable. Era evidente que Nina le evita
ba. La inquietud hizo presa en su corazón. Ape
nas se podía tener en pie. No comprendía qué
significaba aquello. Aunque hubiera tenido Nina la imprudencia de contárselo todo a su madre, y
aunque soportara una escena desagradable, podía,
sin embargo, decirle con una de esas miradas rá
pidas y llenas de elocuencia, de las que las mu jeres poseen tan admirablemente el secreto: ";Sí, lo has adivinado; mi madre lo sabe todo, pero no te inquietes: no han mudado mis sentimientos

96

hacia ti!” En vez de esto, prefería volver la
cara.

“ No importa; durante la merienda encontraré ocasión de explicarme con ella " -se dijo Bobrov, presintiendo algo doloroso e indigno, - “De un modo o de otro, yo sabré la verdad. "

X

Cuando llegó el tren a la pequeña estación, los expedicionarios salieron de

los

coches,

y,

forman
do

una larga fila,

se

dirigieron por

un

estrecho
sendero

al

Barranco Verde.

La brisa fresca del bosque acariciaba los rostros.

El

sendero iba cues
ta

abajo,

se

hacía cada vez más estrecho,

y

al

fin
desaparecía

en

lamaleza.

Los pies hollaban las
hojas caídas,

secas y

amarillentas.

A

través del

espeso follaje

se

veía

el

cielo,

teñido por los res plandores del sol poniente. Pronto desapareció

lamaleza.

Ante los ojos

de
los invitados presentóse

un

ancho calvero,

rodea
do

de

árboles,muy limpio y

cubierto

de

fina are
na.

En uno de los extremos del calvero había un pabellón,

adornado

de

flores y

banderas;

en

el
otro extremo,

un

estrado para los músicos.
En cuanto los primeros invitados hicieron

su
aparición

en

el

calvero,

la

orquesta militar les saludó con una marcha solemne.

Los sonidos ale
gres

se

esparcieron por

el

bosque,

repitiéndose
entre los árboles y

uniéndose a

los lejos

en

un

eco prolongado,

que semejaba otra orquesta más
apagada y

vaga.

97

En el amplio pabellón, agitábanse los criados en torno a las mesas, cubiertas con blancos man teles nuevos; oíase el ruido continuo de la va jilla.
Cuando los músicos acabaron de tocar, todos
los invitados aplaudieron con entusiasmo. Esta
ban tanto más sorprendidos cuanto que dos sema
nas antes aquel calvero no existía aún, y era un
trozo de terreno accidentado, cubierto de espesa
maleza.

A los pocos minutos, la orquesta empezó a to car un vals.
Bobrov vió que Sveyevsky, que se hallaba al
lado de Nina, la cogió por el talle, sin miramien tos, sin previa invitación, y los dos se pusieron a bailar, dando vueltas por el calvero.
Apenas acabó Nina, fué invitada por un estu
diante. Después del estudiante, bailó con otro. A Bobrov no le gustaba bailar y bailaba mal, pero
se le ocurrió la idea de invitar a Nina. “ Quizás
se dijo - me pueda explicar con ella durante la
danza."

Se acercó a ella cuando, después de haber bai lado dos valses, se sentaba para descansar, aba nicándose.

- Espero, Nina Grigorievna, que no se niegue usted a bailar conmigo un rigodón!
- ¡Ah, Dios mío! Lo siento infinito, pero estoy
ya comprometida para todos los rigodones pondió ella, sin mirarle.
- ¿De veras? ¿ Tan pronto?

- res

EL Dios 7

98

-; Sí, sí!.
Nina se encogió de nombros, y añadió con voz irónica:

- Llega usted tarde. Ya en el coche estaba
comprometida para todos los rigodones.
- Entonces ¿ me ha olvidado usted completa

mente?

- preguntó con tristeza Bobrov.
Su voz turbó y conmovió a Nina. Con un movi
miento nervioso, cerró y volvió a abrir su aba
nico.

- La culpa la tiene usted mismo. ¿ Por qué no
se ha acercado usted a mí?
- Pero

...

¡ Bien sabe usted que

no

he

venido

aquí más que per verla!

¿

O

es

que todo

lo

que
usted me ha dicho

ha

sido una broma?
Nina calló confusa y

apretando

el

abanico ner
viosamente.

Un joven ingeniero,

acercándose a
ella,

la

sacó

de

aquella situación penosa.

Se

le
vantó apresuradamente y

sin mirar siquiera

de
reojo a

Bobrov,

puso

sumano fina,

enfundada

en
un largo guante blanco,

en

el

hombro del ingenie
ro.

Bobrov

la

siguió con

lamirada.

Después

de

dar dos o

tres vueltas

se

sentó en

el

otro extremo

del calvero.Era evidente que

le

esquivaba.

Proba
blemente,

tenía razones para temerle y

avergon
zarse de

él

.

Del alma

de

Bobrov

se

apoderó un enojo mo
lancólico.

Todos los rostros parecíanle feos,mise
rables y

cómicos.

Los sonidos

de

lamúsica

le

he
rían dolorosamente y

le

daban dolor

de

cabeza.

Pero aún no había perdido todas las esperanzas

99

y buscaba consuelo en hipótesis y conjeturas.
¿ Estaría enfadada porque no la había mandado
un ramo de flores?

; 0 era, simplemente, que no
quería bailar con él porque bailaba mal? En ese caso, tenía razón; estas pequeñeces tienen mucha importancia para las muchachas, que hacen de ellas el manantial de sus penas y sus alegrías, toda la poesía de su vida.
Cuando comenzó a bajar la noche y el cielo se
ensombreció, fueron encendidas alrededor del pa bellón largas guirnaldas de farolillos chinescos de
diferentes colores. Pero esto no bastaba para

ilu
minar

el

calvero,

lamayor parte del cual queda
ba

en

sombras.

De pronto,

en

los dos extremos, brotó

la

luz resplandeciente

de

dos esferas eléc
as

,

que estaban escondidas cuidadosamente en tre

el

espeso follaje.

Los árboles,

arrancados

de
las tinieblas por

la

luz,

parecían una decoración
de teatro.
Un poco más lejos,

se

dibujaban vagamen
te

sobre

el

cielo negro los contornos irregula
res del bosque,

envuelto

en

una neblina verdi
negra.

Los grillos cantaban por todas partes

en
la

estepa,

imponiéndose a

la

música;

eran,

sin
duda,

numerosísimos,

pero creyérase que uno solo cantaba,

ya

a

laderecha

ya

a

la

izquierda.
El baile estaba cada vez más animado ymás brillante.

Las danzas

se

seguían unas a

otras.

La
orquesta apenas tomaba descanso.

Las mujeres
parecían embriagadas por

la

música,

la

danza y
la

fantástica decoración

de

aquel baile nocturno.

100

El aroma de sus finos perfumes y de sus cuer
pos cálidos se mezclaba con el olor de las plan
tas de la estepa, de las hojas caídas, del heno y
de la humedad del bosque. Por todas partes se veían abanicos agitándose, como las alas de lin dos pájaros, al echarse a volar. El ruido de las conversaciones y el crujido de la arena pisada,
tan pronto se debilitaba como se hacía más fuer
te cuando la música dejaba de tocar.
Bobrov seguía a Nina con los ojos. Dos veces le tocó casi con el extremo de su vestido, al pa
sar ante él en una vuelta de vals. Al bailar, con
una actitud de abandono, llena de gracia, posa ba su mano fina sobre el hombro de la pareja e inclinaba su cabeza, como si quisiera descansar la en el hombro del caballero. En algunos mo
mentos, Bobrov entreveía los bajos de sus enaguas,
de finos encajes, el elegante y breve pie y las me dias negras. Entonces sentía una especie de con fusión y se ponía furioso contra los que pudieran ver a Nina en aquellos momentos.
Empezaron a bailar la mazurka. Eran cerca
de las nueve de la noche. Nina, que bailaba con
Sveyevsky, aprovechó un momento en que éste, que dirigía las danzas, estaba ocupado, y escapó
con paso ligero, sosteniéndose los cabellos flotan
tes con la mano, hacia el tocador. Bobrov, que la
vió correr, se apresuró a seguirla y se situó en
la puerta. Aquel rincón apenas estaba iluminado:
el tocador, detrás del pabellón, se hallaba en la
sombra.

101

Bobrov se decidió a esperar la salida de Nina,
y, costara lo que costara, tener una explicación
con ella. Su corazón latía febrilmente; se apre
taba nervioso las manos, que, de súbito, se le ha
bían quedado heladas.
A los cinco minutos apareció Nina al

fin

.

Bo
brov salió

de

la

sombra y

le

cerró

el

paso.

Ella
lanzó un débil grito y

retrocedió.

- Nina Grigorievna,

¿por qué me atormenta

usted así?-dijo Bobrov,

juntando sus manos,

sin
darse cuenta,

como para orar- ¿No

ve

usted
cuánto sufro?

¿

O

le

divierten quizás mis sufri mientos?

¿Quizás

se

está usted burlando

de
mí?

...

- No comprendo

lo

que

demí pretende usted
dijo Nina con tono altanero— No tengo deseo ninguno

de

burlarme

de

usted.
Se revelaba en ella

la

mentalidad de

su

fa
milia.
- Entonces,

¿qué significa

su

actitud

de

esta

noche hacia mí?-preguntó tristemente Bobrov.
- ¿Qué actitud?
-;Pero

si

está usted fría,

casi hostil,

para
conmigo!

Huye usted

demí

...

Se

diría que hasta
mi presencia aquí

le

es

desagradable.
- Me

es

indiferente.

-Aún peor

...

En

fin

,

siento

en

usted un cam
bio incomprensible y

terrible para mí.

Vamos,
Nina,

sea franca y

sincera,

tal como

la

he

consi
derado a

usted hasta hoy.

Cualquiera que sea

la
verdad,

dígamela.

Vale más para usted y

para

102

mi acabar de una vez, que no prolongar esta si tuación

...

- ¿Acabar qué?

No comprendo

lo

que quiere
usted decir.
Bobrov,

con un gesto desesperado,

se

apretó
fuertemente

la

sienes,

que

le

dolían.

- No

la

comprendo bien.

No finja usted.

Exis
te

algo entre nosotros que debe acabar.

Hay en
tre nosotros tiernas palabras,

llenas

de

promesas,
declaraciones

de

amor.Hemos vivido hermosos

instantes que nos habían ligado con lazos

de

ter
nura y

afecto.

No puede usted negarlo.

Bien

lo
sé;

quiere usted decirme que me engaño

...

Quizás
tenga usted razón,

pero

...

¿por qué me

ha

invita
do

usted entonces a

venir aquí para que hablá

ramos a

solas?
Nina

se

compadeció súbitamente

de

Bobrov.

- Sí,

le

rogué a

usted que viniera aquí —

dijo

con

la

cabeza baja-,

para decirle

...

para decirle
que

...

que debemos separarnos para siempre

...

Bobrov estuvo a

punto

de

caer como

si

hubiera
recibido un golpe

en

el

pecho.

Aún

en

la

som

Ibra pudo notarse que había palidecido intensa mente.
¿ Separarnos?—balbuceó con voz ahogada—. Nina Grigorievna,

acaba usted

de

pronunciar una
palabra terrible.
-Y sin embargo,

me veo obligada a

pronun
ciarla.

- ¿Se

ve

usted obligada?
-- Sí.

No soy

yo

quien

lo

quiere.

103

- Quién entonces!
Se oyeron pasos; alguien se acercaba. Era la señora Zinenko. Al reconocerla, Nina dijo a Bo brov.

- Es mamá quien lo quiere.
La señora Zinenko, lanzando una mirada de
desconfianza escrutadora sobre ambos, cogió a
su hija por la mano.
— ¿Por qué te has marchado?

-dijo en tono de
reproche-. Te están buscando allí

...

No está bien

eso

de

venirse a

un sitio oscuro a

charlar

...

Si
crees que

es

conveniente para una joven escon
derse por los rincones con un hombre

...

Yusted,
caballero -

prosiguió volviéndose hacia Bobrova, sino sabe o

no

le

gusta bailar,

no tiene derecho a

impedir a

las señoritas que bailen.

Además,

no
está bien comprometerlas charlando con ellas

en
los rincones oscuros

...

Y

se

alejó,

llevándose a

Nina.

- ¡No tenga usted miedo!-gritó Bobrov a

la
señora Zinenko—.

¡ Ya

no

hay nada que pueda
comprometer a

su

hija!
Y

se

echó a

reir,

con una risa tan ruidosa y

ex

traña,

que

lamadre y

la

hija volvieron

la

cabeza
sorprendidas.

— ¿Lo ves ahora?-dijo

la

señora Zinenkom. Bien

te

decía

yo

que

es

un cretino y

un sinver
güenza.

Le

puedes escupir a

la

cara;

que

no

hará
más que reir.
Yañadió con voz más tranquila: -Ahora mismo las señoras van a

elegir sus

104

caballeros. Ve e invita a Kvachnin. Ya acabó de jugar a la baraja. Allí está a la puerta del pabellón

...

- ¡Pero,

mamá!

¿Cómo quieres que baile con
él

?

¡ Está tan gordo!

...

-

Pues así y

todo,

invitale,

te

digo!

Antes
tenía fama en Moscú de ser uno de los me

jores bailarines.

En todo caso,

eso

le

gus
tará

...
Desde

su

rincón apartado,

Bobrov vió a

Nina,

como a

través

de

una niebla opaca,

atravesar con

paso ágil

el

calvero,

y

luego,

sonriente y

coque
ta,

detenerse ante Kvachnin,

inclinando graciosa

mente

la

cabeza,

en

actitud

de

súplica.

Ella

le

dijo algo que

él

escuchó,

inclinado ligeramente hacia

la

joven.

De pronto,

Kvachnin

se

echó a
reir a

carcajadas,

balanceando

su

enorme cuerpo,

e

hizo con

la

cabeza un movimiento negativo. Nina insistió largo rato;

luego,

con cara

de

con

traricdad,

con una mueca

de

capricho,

hizo un
movimiento para irse.

Pero Kvachnin

no

la

dejó
marchar.

Encogiéndose

de

hombros,

como

si

qui
siera decir:

“
;Qué

le

vamos a

hacer

!,
hay que
obedecer a

los caprichos

de

los niños ”

,

tendió

la

mano a

lamuchacha.
Todos los que

se

disponían a

bailar

se

detuvie
ron repentinamente y

dirigieron miradas llenas
de

curiosidad a

Kvachnin y

Nina.

El

espectáculo
de

Kvachnin bailando prometía ser muy pinto

Tesco. Al

primer compás

de

la

música,

se

volvió ha

105

cia su dama, y con un movimiento pesado, pero con una gracia especial, hizo el primer paso de un modo tan hábil y seguro que todo el mundo comprendió en seguida que, en sus buenos tiem pos, debió ser un bailarín de primer orden. Miran do a Nina de arriba a abajo, con ademán provo cativo y soberbio, daba ágiles vueltas, balancean do su cuerpo enorme y pesado. Parecía que no le
molestaba lo más mínimo su peso y sus dimensio
nes: por el contrario, había cierta gentileza en
sus movimientos. Luego se detuvo un segundo, golpeó el suelo con los talones y empezó a hacer girar a Nina alrededor de sí misma, muy rápi
damente. Un minuto después, habiendo dado la
vuelta a todo el calvero, condujo a su dama a una silla, la hizo sentar, y se quedó delante de ella, inclinada la cabeza.
Inmediatamente se vió por todas partes rodea
do de señoras, suplicándole que diera algunas
vueltas más. Pero él, fatigado por el ejercicio de que hacía mucho tiempo había perdido la costum bre, respiraba penosamente, y se negaba.
- No, señoras! ¡Tengan piedad de este pobre viejo! A mi edad ya no se baila. Mejor será que
vayamos a comer.
Todo el mundo se sentó a la mesa; oyóse el ruido de las sillas sobre la arena.
Bobrov permanecía donde Nina le había dejado. Sentíase humillado, ultrajado, desdichado. Hacía
esfuerzos sobrehumanos para contener el llanto

que le oprimía la garganta.

106

La música, que seguía tocando, le producía un horrible dolor de cabeza.
— ¡Al

fin

,

aquí está -exclamó!

alguien acercán
dose a

él

.

Era

el

doctor.

- Le

he

buscado a

usted por todas partes.Di jérase que

se

esconde usted

...

He estado jugando

a

la

baraja;

me han hecho sentarme casi a

la
fuerza

...

Ea,

vamos a

cenar;

he

guardado dos
sitios.
— No,

doctor,

no

iré -

respondió Bobrov con voz apenas perceptible--.

Vaya usted solo.
El

doctor miró fijamente a

su

amigo.
- Pero ¿

qué

es

lo

que

le

pasa?

¿No está usted

bueno?-le preguntó afectuosamente.

No,

que
rido,

sea como quiera;

pero

yo

no

le

dejo solo.
Vamos allá y

no me replique usted. -;Tengo

el

corazón oprimido,

doctor!

¡ Todo
me fastidia —dijo!

Bobrov,

dejándose llevar por el médico.

-;Pamplinas!

¡ Vamos,

sea usted hombre! Rodeó con

su

brazo cariñosamente

la

cintura
de Bobrov.

- ¿Qué?

¿Hay algo grave?

Voy a

recetarle

a

usted

un

buen remedio;

vamos a

beber y

todo
acabará.Ya verá usted.

Adecir verdad,

yo

he be
bido un poco con

el

señor Andrea.

¡ Ese

sí

que
sabe beber!

¡ Dios mío,

lo

que bebe!

Absorbe

co

mo

un

tonel vacío

...

A

propósito,

Andrea

se

in
teresa mucho por usted.

¡ Vamos allá

...

valor,

ami
go mío!

107

Hablando así, el doctor llevó a Bobrov al pa
bellón. Se sentaron uno al lado del otro. El veci no de Bobrov, al otro lado, era Andrea. Le saludo
con mucho afecto, y le golpeó en el hombro cari
ñosamente.
- Siéntese usted; estoy muy contento de tener

le por vecinodijo Andrea—. Me parece usted
muy simptico, no como muchos otros

...

¿Bebe us
ted coñac?
Andrea estaba visiblemente borracho.

Sus ojos
brillaban con

un

vivo resplandor

en

su

rostro pá
lido.

Aquel hombre

de

tanto valer y

energía era
un alcohólico que

se

emborrachaba todas las no ches

en

su

casa,

a

puerta cerrada,

hasta perder
el

conocimiento.
Bobrov vaciló un momento.

“ Quizás

el

coñac
me haga

un

buen efecto —

pensó.

Probemos.

”

Andrea esperaba,

botella

en

mano.

Bobrov

le

tendió su vaso.
- ¡Eso está muy bien!—aprobó Andrea.
-¿Es fuerte este coñac?—preguntó Bobrov.
- Bastante

...

¿Bastará

lamitad del vaso?
- Más.

-;Bravo!

Se

diría que pertenece usted a

lama
rina sueca.

¿Es bastante?

-;No,más!

¡ Hasta arriba!

-Amigo mío,

hay que considerar que

es

coñac
Martell

...

Verdaderamente coñac viejo

...

- No tenga usted cuidado.

Siga echando.

“

;Tanto peor -

pensó Bobrov-,me emborracha ré

como un zapatero!”

...

108

El vaso estaba lleno. Andrea puso la botella
en la mesa y miró con curiosidad a su vecino.
Bobrov vació el vaso de un trago. Como no es
taba habituado a beber, sintió un escalofrío.

-- ¿Le roe a usted algún gusano, hijo mío?
preguntó Andrea mirándole seriamente a los ojos. --Sí, un gusano me roe.
- ¿En el corazón?
- Sí.
- Entonces, ¿ quiere usted más coñac?
- - Bien, écheme usted más.
Bebía el coñac con rapidez y, al mismo tiempo, con repugnáncia, buscando el olvido en él. Pero
no encontraba aquel olvido tan deseado. Por el
contrario, se sentía por momentos más desgracia do; acudían las lágrimas a sus ojos. A duras pe
nas lograba contenerlas.
Los criados pusieron ante los invitados bote
llas de " champagne ”. Kvachnin se levantó, co
gió una copa con dos dedos y, durante algunos instantes, la estuvo mirando a la luz de un can delabro que colgaba del techo de la tienda. · Todo el mundo se calló. Se oía el chisporroteo
de las luces y canto de los grillos alrededor del
pabellón.
Kvachnin tosió varias veces, disponiéndose a hablar.
-; Señoras y señores!—comenzó, y tras una
pausa bastante larga, continuó-: Me atrevo ai
creer que nadie hay aquí que ponga en duda la profundidad, la sinceridad del reconocimiento con

-

109

que levanto mi copa. No olvidaré jamás el afec
tuoso recibimiento que me habéis hecho. Este rato

de alegría quedará para siempre grabado en mi memoria, sobre todo, gracias a la amabilidad de nuestras damas; será uno de los mejores recuer dos de mi vida. ¡Bebo a la salud de las damas! Levantó muy alta su copa, trazó un semicírculo con ella en el aire, bebió algunos sorbos y con tinuó:
-Ahora me dirijo a vosotros, mis colaborado res y colegas. No os enojéis si mis palabras pare
cen tener el carácter de un cariñoso sermón. En
comparación con todos vosotros, yo soy ya un viejo, y los viejos pueden permitirse sermonear

...

Andrea

se

inclinó hacia Bobrov y

ledijo

al

oído:

—;Mire usted a

ese canalla

de

Sveyevsky!
En efecto,

el

rostro

de

Sveyevsky expresaba
una atención exagerada,

casi religiosa.

Cuando

Kvachnin dijo que era

ya

viejo,

Sveyevsky pro
testó,

haciendo enérgicos movimientos con las ma
nos y

con

la

cabeza.

- Me permito repetir una frase muy conocida. ymuy usada,

que

se

puede leer muchas veces

en
los periódicos -

continuó Kvachnin,

Es

preciso
que mantengamos alta nuestra bandera.

No

ol

vidéis que somos

la

selección,

que

el

porvenir nos
pertenece.

Nosotros hemos cubierto

el

globo te
rrestre con una red

de

caminos

de

hierro;

hemos
socavado las entrañas

de

la

tierra y

convertimos
sus riquezas

en

cañones,

puentes,

locomotoras,
rieles y

máquinas colosales.

Al

realizar,

con

la

110

fuerza de nuestro genio, empresas gigantescas, ponemos en circulación millones de millones. Sa bed, señores, que la naturaleza prodiga a veces
sus fuerzas creadoras, suscitando pueblos enteros
con el solo fin de sacar dos o tres docenas de hom
bres superiores, elegidos entre la multitud. Te
ned el valor y la fuerza de ser esos elegidos! ¡Hu
rra, señores!
– Hurra, hurra!

-gritaron por todos lados.
La voz de Sveyevsky sobresalía entre todas. Todo el mundo se levantó para chocar su copa con la de Kvachnin.
- Qué abominable discurso!

-dijo el doctor.
Después de Kvachnin habló Chelkovnikov.
-; Señores, os propongo beber a la salud de nuestro querido patrón y venerable maestro! ¡Viva basilio Terentevich Kvachnin! ¡ Hurra!...

— ¡Hurra!-repitieron

de

nuevo todos los invi

tados,

levantándose para brindar con Kvachnin.
A

partir

de

aquel momento,

comenzó una ver

dadera orgía

de

elocuencia.

Se

brindaba por la prosperidad

de

la

fábrica,

por los accionistas au
sentes,

por las damas presentes y

por todas las
damas

en

general.

Hubo hasta brindis frívolos

y

de

doble sentido.
El

"

champagne ”

,

servido por docenas

de

bote
llas,

produjo pronto sus efectos:

los invitados

se
hacían cada vez más locuaces,

el

pabellón estaba
lleno

de

ruido,

y

los oradores,

antes

de

comenzar

sus discursos,

tenían que golpear largo tiempo

su
copa con

el

cuchillo para atraer

la

atención.

111

Un poco apartado, el bello Muller preparaba en una mesita un ponche, que ardía con pequeñas llamaradas azules.
De pronto, Kvachnin se levantó de nuevo y dijo con una sonrisa maligna y bonachona:
-Señores, me es en extremo agradable anun
ciaros que nuestra fiesta coincide con una solem
nidad de carácter puramente familiar. Tengo el
gusto de dirigir mis felicitaciones calurosas a los prometidos: Nina Grigorievna Zinenko y

...

Se

detuvo

un

instante porque había olvidado los nombres

de

Sveyevsky.

-

;

Y

de

nuestro colega

el

señor Sveyevsky!
¡ Seguro estoy

de

que todos les desearemos unáni

memente

lamayor felicidad posible

en

el mundo!
La noticia era completamente inesperada y

la

sorpresa fué grande.

Todos felicitaron ruidosa
mente a

Nina y

a

su

novio.

Bobrov lanzó un grito doloroso.Andrea notó que
había palidecido mortalmente,

y

le

dijo

al

oído:

-Aún hay más,

colega.

Escuche,

voy a

pronun

ciar yo ahora un discursito. Se

levantó,

dejando caer

la

silla y

vertiendo

en
el mantel

lamitad

de

su

copa,

y

dijo:
-;Señoras y

señores!

Nuestro venerable jefe,

con

sumodestia habitual ymuy comprensible esta
vez,

no ha terminado

su

discurso.

Yo

le

voy a

ter
minar por

él

.

Podemos felicitar a

nuestro querido
colega

el

señor Sveyevsky por

su

nuevo cargo:

a

partir del mes próximo ocupará

el

puesto

de

di
rector responsable

de

todos los asuntos

de

laAd

112

ministración central. Ese será, por decirlo así, el
regalo de bodas que Basilio Terentevich hace a
los novios

... Noto que a

nuestro querido jefe

le
desagrada

lo

que digo.

Probablemente

he

revela

do,

sin querer,

antes

de

tiempo

la

sorpresa que
preparaba.

Si

es

así,

le

pido mil perdones.

Pero,
lleno

de

estimación y

de

amistad,me permito

ex
presar

el

deseo

de

que nuestro querido colega

el

señor Sveyevsky continúe

en

su

nuevo puesto

en
Petersburgo,

siendo

el

mismo trabajador enérgi
co

y

buen camarada que era entre nosotros

...

Bien
sé,

señores,

que acaso ninguno quisiera estar

en
su

lugar

...

porque

...

Se detuvo y

fijó

en

Sveyevsky una mirada
francamente irónica

...

-- Porque

el

señor Sveyevsky,

al

que todos de
seamos tanta dicha

...

Su

discurso fué interrumpido por

el

ruido

de

un caballo que

se

acercaba

al

pabellón.

Un mo
mento después

se

vió un jinete salir del bosque
y

penetrar

en

el

calvero.

Venía sin gorra y

en

su
rostro había una expresión

de

terror.
Era un capataz

de

la

fábrica.

Echó pie a

tierra
apresuradamente y

se

acercó a

Kvachnin con
paso rápido.

Inclinándose familiarmente cuchi cheó a

su oído.

Un silencio de muerte

se

exten
dió por

el

pabellón.

Como antes,

cuando Kvach
nin

se

levantó por primera vez ahablar,

no

se

oía
más que

el

chisporroteo

de

las luces y

el

canto

de

los grillos. El

rostro

de

Kvachnin,

enrojecido por

el

vino,

113

se puso pálido súbitamente. Con un movimiento nervioso dejó el vaso en la mesa con tanta preci pitación, que el vino se derramó sobre el mantel.
- ¿Y los belgas?

- preguntó con voz entrecor
tada y turbada en extremo.
El capataz hizo un gesto negativo y le dijo al gunas palabras al oído.
— ¡Diablo!

-gritó Kvachnin, levantándose de la
mesa y tirando la servilleta con un gesto lleno de cólera—. Espera, vas a llevar a la estación un telegrama para el gobernador.
Luego, dirigiéndose a todos, con voz emocio nada:
- Señores, en la fábrica han estallado desór
denes! Hay que tomar medidas urgentes. Me pa
rece que lo mejor sería que nos marcháramos de
aquí!...
— ¡Lo esperaba!

—dijo con maldad Andrea.
Ymientras todo

el

mundo,

turbado,

emociona
do,

corría

en

todas las direcciones,

sacó un ciga
rro y

cerillas del bolsillo,

sin darse prisa,

y

se
sirvió otra copa

de

coñac.

y

desdén

XI

En

el

pabellón reinaba

elmayor desorden.

Los

invitados gritaban sin escucharse,

se

zarandea
ban,

tropezaban con las sillas caídas.

Las seño

ras

se

ponían sus sombreros,

con manos temblo

rosas.

Alguien dió orden

de

apagar las luces eléc
EL Dios 8

114

tricas, lo que sirvió para aumentar la confusión. Se oían en la oscuridad los gritos histéricos de las mujeres.
Eran cerca de las cinco de la mañana. El sol no había salido todavía, pero al cielo se iluminaba,
anunciando, por las nubes dispersas aquí y allá,
un día lluvioso. La luz pálida y melancólica de
la madrugada, que había sustituído tan súbita
mente a la luz eléctrica, daba un aspecto de tris
teza al desorden que reinaba entre los invitados.
Las figuras humanas parecían fantásticas evoca
ciones de cuentos de hadas. Los rostros cansados
por el insomnio, tenían una expresión terrible.
La mesa, manchada de vino, sobre la que se amon
tonaba la vajilla, era como el recuerdo de algún
festín fantástico interrumpido.
En la parada de los coches, el desorden era aún mayor. Los caballos espantados, se encabritaban con relinchos lúgubres y se resistían a obedecer a los cocheros. A veces, chocaba un coche con otro. Oíase el crujido de los ejes rotos. Los ingenieros
llamaban a sus cocheros, que se insultaban y has
ta llegaban a las manos. Dijérase la confusión de un incendio. De vez en cuando se oían en las ti nieblas gritos de dolor o de miedo.
Bobrov hacía esfuerzos inútiles por encontrar
a su cochero Mitrofan. Muchas veces le parecía oír su voz, pero era imposible hallar a nadie en aquel barullo.
Súbitamente surgió una luz en las tinieblas. Se vió un gran farol de petróleo balancearse por en

115

cima de la multitud. “; Paso, paso!", gritó una voz. Todo el mundo retrocedió, atropellándose. Bobrov fué arrastrado por la muchedumbre. Vió el coche

de Kvachnin, con sus tres hermosos caballos gri
ses, abrirse paso con dificultad. El farol colgado encima del carruaje iluminaba con una luz fan tástica la figura enorme de Kvachnin. Alrededor del coche gritaba, ahullaba y gemía la muchedumbre, presa de terror, entre empujo nes y revuelos. Bobrov apretó los dientes. Hubo un momento en que le pareció que no era Kva chnin el que iba en el coche, sino un dios pagano, terrible en su fealdad, amenazador, sediento de sangre, uno de aquellos ídolos de Oriente, bajo cuyo carro se arrojaban los fanáticos exaltados en las ceremonias religiosas.
Bobrov sintió una ira terrible.
Vió de pronto su coche. Estaba muy cerca de él, pero en el desorden y la oscuridad, no había podido verlo antes. También estaba allí su coche ro encendiendo un farol.
- ¡Pronto, a la fábrica!

-gritó Bobrov, metién
dose en el coche. Es preciso estar allí dentro de diez minutos, ¿ oyes?

- Sí, procuraré, aunque

...

'

Sin darse demasiada prisa hizo girar

el

coche,
desplegó las bridas y

ocupó lentamente

su

puesto.

- Si los caballos revientan,

no seré yo

el

res

ponsable --concluyó.

- ¡Muy bien,

pero anda,

'

a

toda velocidad!

Al cochero

le

costó mucho trabajo abrirse paso

116

por entre los innumerables coches y la multitud
nerviosa que se agolpaba allí. Al

fin

,

escapó,

a

pe

sar

de

todo,

y

tomó una vereda.

Los caballos,

can
sados

de

esperar,

contentos

de

ponerse

de

nuevo

en

movimiento,

corrían a

una velocidad loca.

El
coche saltaba sobre las gruesas raíces que obs truían

el

sendero,

como una barca sacudida por
las olas del mar.
El fuego rojo

de

la

antorcha,

colgada

en

la

de
lantera del coche,

ondeaba hacia todas partes,

con

un silbido agudo.

Siguiendo los movimientos de
la

luz,

estremecíanse alrededor del coche las som bras vagas y

fantásticas

de

los árboles.

Dijérase
que una compacta muchedumbre

de

espectros al
tos,

delgados e

imprecisos,

iba detrás del coche danzando;

tan pronto adelantaban a

los caballos,
adquiriendo dimensiones gigantescas,

como caían
por tierra y

se

achicaban poco a

poco hasta des
aparecer detrás

de

Bobrov;

unas veces

se

aleja
ban por breves instantes hacia

el

bosque,

negro,
para volver

en

seguida junto

al

coche;

otras ve
ces las sombras

se

reunían

en

grupos misteriosos
de

fantasmas que temblaban,

se

agitaban,

se

incli
naban unos sobre otros como para cuchichearse algo

al

oído.

Con frecuencia las ramas

de

los ár
boles,

a

lo

largo del camino,

daban

en

la

cara a

Bobrov y

Mitrofan,

como manos

de

seres miste
riosos que acecharan

su

paso.
Alos pocos minutos salían del bosque.

Los ca
ballos,

después

de

atravesar un pequeño pantano en

que

se

reflejaba

la

luz roja

de

la

antorcha,

em

117

pezaron a subir la colina. Al otro lado de la co
lina se extendía un campo negro, monótono.

- ¡Vamos, Mitrofan! ¡Un poco más de prisa! gritó Bobrov—. A este paso no llegaremos nunca.
Mitrofan gruñó algo que Bobrov no pudo oír.
Verdaderamente era imposible caminar más de
prisa; los caballos corrían con una rapidez verti ginosa. Mitrofan no comprendía lo que le pasaba
a su amo, que quería tanto a sus caballos y no
permitía que se les fatigara demasiado.
En el horizonte, sobre el cielo, se veía una in
mensa mancha de carmín que teñía de rojo las
nubes. Eran, probablemente, los reflejos de un in cendio. Bobrov miraba al cielo y experimentaba una alegría perversa. Se acordó de pronto del
brindis atrevido y cruel de Andrea y comprendió
lo que había sido para él un enigma: la reserva fría de Nina durante aquella velada, la indigna ción de su madre al verla con él en un rincon, la presencia constante de Sveyevsky al lado de
Kvachnin, lo que se murmuraba acerca de este
y de Nina.
"; Bien hecho!

- pensó Bobrov mirando los re
flejos del incendio y sintiendo una cólera que casi
le nogaba—. ¡Bien hecho! ¡Oh, si me pudiera
vengar de ese comprador de niñas, de ese saco de oro, de ese cerdo cebado, ante quien se incli nan todos!...

"

El

coñac y

el

“

champagne "

que bebiera

no

le
habían emborrachado.

Por

el

contrario,

sentía una
energía indomable,

un deseo irresistible,

casi mor

118

boso, de moverse, de correr, de avanzar a una ve locidad loca. Sentía un frío terrible en todo el cuerpo. Sus dientes castañeteaban con tanta fuer za, que tuvo que apretar los labios. Pensamientos desordenados pasaban por su inflamado cerebro. Sin darse cuenta, se hablaba a sí mismo en voz
alta; a veces, hasta se reía, apretando furiosa
mente los puños.
Mitrofan no comprendía lo que le pasaba a su
amo.

- Lo mejor sería que fuéramos derechos a casa -objetó tímidamente. Me parece que no está
usted del todo bien

...
Bobrov

se

enfadó.

-

Calla,

animal!

Adelante!
Pronto

se

pudo ver

la

fábrica,

toda envuelta

en

humo rosa y

blanco.

En

el

extremo

de

la

fábri
ca

llameaba,

en

una inmensa hoguera,

un

enor

me depósito

de

tablas y

vigas.

Sobre

el

fondo

lu
minoso del incendio,

veíanse correr

en

todas las

direcciones numerosas figuras humanas negras, que parecían minúsculas como hormigas.

Se

oía

ya,

a

lo

lejos,

el

crujido

de

lamadera seca devo
rada por las llamas.

Las torres redondas y

las
chimeneas

de

los altos hornos tan pronto

se

di
bujaban distintamente sobre

el

cielo rojizo,

como

desaparecían entre

la

oscuridad y

el

humo.

En

el

agua oscura del gran estanque cuadrado

se

re
fejaba

el

fuego con lúgubres resplandores.

La
presa levantada

en

aquel estanque estaba cubier
ta

toda por una muchedumbre compacta

dehom

7

119

bres que avanzaban lentamente, llenando la at mósfera con el ruido sordo de numerosas voces. Aquel ruido, que parecía el del mar azotado por la tempestad, tenía en sí algo extraño y amena zador. Iba aumentado, a medida que el coche se aproximaba a aquella masa humana compacta. De pronto un grito iracundo resonó en los oídos de Bobrov.
— ¿ Adónde vas?

- rugió, dirigiéndose al coche
ro una voz—. ¿ No ves que atropellas a la gente, canalla?
En el mismo instante apareció ante el coche un “mujik ” de alta estatura, de larga barba, cubier ta la cabeza con blancos vendajes.
-;Adelante!

-gritó Bobrov.con voz fuerte a su
cochero.

- Lo han incendiado!

- respondió el otro tem
blando.
De pronto Bobrov recibió una pedrada en la sien derecha. Al tocarse la herida, su mano se manchó de sangre.
Los caballos aceleron su carrera. El resplan dor rojizo del cielo se había hecho más intenso. Las largas sombras de los caballos aparecían tan pronto a la izquierda como a la derecha. En ciertos momentos, Bobrov tenía la sensación de que el coche iba a caer en un profundo abismo. No podía reconocer el sitio.
De repente se detuvieron los caballos.

- ¿Qué pasa? --preguntó Bobrov furioso.
- Imposible avanzar — respondió Mitrofan en

120

tono groserom. El camino está cerrado por la gente.
Bobrov hizo esfuerzos por ver algo, pero no
vió más que siluetas vagas que formaban como
un muro sobre el cual el color rojo del cielo tem

blaba en el horizonte.

- Pero ¿ estás loco?—gritó enfadado- ¿ De
qué gente hablas? ¡ Si no hay nadie!
Bajó del coche. Pero apenas avanzó un poco,
se percató que lo que tomaba por un muro negro
era un muchedumbre compacta de obreros, que,
obstruyendo el camino, avanzaban con gran len
titud.
Después de ándar automáticamente unos cin
cuenta pasos tras los obreros, se volvió para bus
car su coche y tomar otro camino. Pero no en contró ni el coche ni al cochero. Probablemente,
Mitrofan había ido en busca de su amo por otra
dirección, o bien el mismo Bobrov se había equi
vocado de camino. Estuvo largo rato llamando a
Mitrofan, pero no recibió ninguna respuesta. En
tonces se decidió a seguir a los obreros y volvió
sobre sus pasos. Pero ya no estaban allí; habían desaparecido como por arte de magia. Siguió an
dando. Cerróle el paso un ancho seto. Tras corta
vacilación, saltó por encima de él y tomó un ca
mino que subía en cuesta, cubierto de una espe
sa maleza. Un sudor frío cubría su rostro; tenía
la lengua pesada y rígida como un trozo de ma dera; sentía un dolor agudo en el pecho cada vez que respiraba; su corazón palpitaba con latidos

121

frecuentes y entrecortados; la herida de la sien le dolía cada vez más.
El camino en cuesta era largo; a Bobrov le
pareció interminable. Desesperado, continuó su
friendo, tropezando a cada instante, hiriéndose
las rodillas y agarrándose a las ramas de los ma
torrales. A veces le parecía que veía todo aquello en un sueño de enfermo. El pánico que se produ jo durante la excursión, aquel camino en cuesta

...
todo esto

se

parecía tanto a

una pesadilla que
era imposible tenerlo por realidad. Por

fin

,

Bobrov llegó a

lo

alto

de

la

cuesta.

Re
conoció

en

seguida

lavía alta del camino

dehierro.
Precisamente desde aquel sitio

el

fotógrafo ha
bía estado

el

día anterior retratando los grupos de

obreros y

de

ingenieros durante los oficios re
ligiosos.
Bobrov,

completamente extenuado,

se

sentó

so
bre una traviesa.

Se

sentía muy mal;

sus piernas
se

doblaban,

le

dolía

el

pecho y

el

vientre;

su
frente y

sus mejillas estaban cubiertas

de

un su
dor frío.

Los objetos comenzaron

en

seguida a

dar
vueltas ante sus ojos y

desaparecieron

de

repen

te

como en un abismo sin fondo.
Se desmayó.
No volvió

en

sí

hasta media hora después.Aba
jo,

donde día y

noche

se

oía

el

ruido incesante

de
la

fábrica gigantesca,

reinaba un silencio torvo y lúgubre.

Bobrov

se

levantó con mucho trabajo y
caminó en

la

dirección de los altos hornos.

Le
parecía que

su

cabeza estaba llena

de

plomo y

122

amenazaba caer a cada movimiento; el dolor de la sien se había hecho insoportable. Tocó su heri da y notó que la sangre le corría por toda la cara. Sintió en los labios y en la boca un sabor salado y metálico. No comprendía aún con claridad lo que pasaba, y hacía esfuerzos de memoria para recordar detalles. Estos esfuerzos le produjeron aún más dolor de cabeza. Su corazón estaba opri mido por la pena y la desesperación, y una co
lera terrible le hacía apretar los puños furiosa

mente.
La mañana se acercaba. Todo a su alrededor estaba gris, frío, húmedo: la tierra, el cielo, la hierba menuda, los montones de piedra a lo lar go de la vía férrea. Bobrov, sin un fin preciso, sin una dirección determinada, rondaba por entre
los edificios desiertos de la fábrica. Como ocurre
frecuentemente, durante los grandes trastornos morales, se hablaba a sí mismo en voz alta: sen tía la necesidad de poner orden en sus pensamien
tos confusos.

- ¿ Qué puedo hacer? -se preguntaba como di
rigiéndose a alguien que le pudiera oír. Ya no
puedo más

...

¡ estoy tan débil!

Quisiera matarme

...

Acaso fuera

lomejor

...

Seguía sin acordarse

de

nada

de

lo

ocurrido.
De pronto,

notó que había llegado

al

borde del
foso,

en

el mismo sitio donde estuvo hablando

la

víspera con

el

doctor.

No había nadie allí.

Los
obreros habían abandonado sus puestos,

y
los
hornillos,

por donde echaban carbón sin cesar,

123

estaban enfriándose. Solamente en los dos horni llos extremos ardía aún un poco de carbón.
Una idea loca atravesó de repente como un re lámpago el cerebro de Bobrov. Se inclinó rápida

mente sobre el foso y saltó.
Encontró una pala en el montón de carbón. La cogió y se puso a echar carbón febrilmente en los dos hornillos que aún ardían. A los dos mi nutos, el fuego empezaba a rugir; el agua her vía en el tubo. Bobrov cogía paletadas de carbón apresuradamente una tras otra y las arrojaba a los hornillos. Una sonrisa de maldad y de astu cia florecía en su labios. De vez en cuando lanza ba exclamaciones insensatas. Una idea morbosa, terrible, vengativa, se apoderó de todo su ser. El inmenso cuerpo de la caldera, que comenzaba a

iluminarse con resplandores lúgubres, le parecía un ser viviente, odioso, detestado.
El agua disminuía por instantes en la caldera. El vapor hervía. Unos momentos más y la catás trofe sería inevitable. Pero aquel trabajo, al que no estaba acostumbrado, había cansado a Bo brov. La sangre caliente empezó a manar de nue vo en su herida. Sintió un dolor terrible de cabeza y sus brazos cayeron impotentes a lo largo del cuerpo.
“Un pequeño esfuerzo más — se decía-. Pero no tengo alientos

...

No,

no;

esto

es

la

locura

...

Mañana no me atreveré a

confesarme amí mis
mo que he abrigado

el

proyecto criminal

de

ha
cer saltar las calderas.

"

124

El sol se levantaba por el horizonte cuando Bo
brov llegó al hospital de la fábrica.
El doctor, que acababa de vendar a numerosos heridos y mutilados, se lavaba las manos en una jofaina de cobre. Su ayudante estaba a su lado dispuesto a darle la toalla.
Al ver a Bobrov, el doctor retrocedió con asom
bro.

- ¿Qué tiene usted, Andrey Ilich? -exclamó
asustado—. ¡Parece usted un muerto!

En efecto, Bobrov presentaba un aspecto terri ble. Su rostro pálido estaba cubierto de sangre coagulada y manchado de carbón. La ropa, moja
da y desgarrada, colgaba de su cuerpo hecha ji

rones. Los cabellos eran una maraña informe.
- Pero dígame usted

...

¿

qué

es

lo

que

leha pa
sado -exclamó otra vez

el

doctor,

enjugándose

las manos a

toda prisa y

acercándose a

Bobrov.

- No

es

nada -gimió

el

otro.

Se

lo

suplico;
deme

en

seguida morfina.

¡ Pronto,

o

me vuelvo
loco!

...

Sufro demasiado

...

El

doctor cogió a

Bobrov por

el

brazo,

le

con
dujo rápidamente a

la

habitación contigua y,des pués

de

cerrar cuidadosamente

la

puerta,

dijo:
- Escuche usted;

adivino

la

causa

de

sus sufri
mientos.

Créame,

le

compadezco

de

todo corazón
y
haré todo

lo

que esté

enmi mano para aliviar
pero

...

Los ojos del doctor

se

llenaron

de

lágrimas.
- Pero querido Andrey Ilich,

no

insista usted
en

que

le

dé

morfina.

Haga usted un esfuerzo.

le,

125

Recuerde que la morfina causa estragos terribles. Si le doy ahora una sola inyección, se ha acaba do usted

...

para siempre

...

Ya

no

podrá usted pa
sarse sin ella

...

Bobrov cayó sobre un ancho diván

de

hule,

boca abajo y

susurró entre dientes:

- Me

es

igual

...

Se

lo

suplico,

doctor

...

No pue
do más

...

Si

nome

da

usted morfina,me mataré

...

El doctor lanzó un largo suspiro,

se

encogió

de
hombros y

se

acercó

al

armario donde guardaba
los instrumentos y

las medicinas.

Cinco minutos después,

Bobrov yacía sobre

el
diván,

en

un

sueño profundo.

En

su

rostro pálido,
demacrado por las emociones

de

aquella noche,

florecía una sonrisa de felicidad. El

doctor empezó a

lavarle

la

cabeza llena

de
sangre.

CONSUMMATUM EST

I

Cuando el hijo único del rico comerciante Nilo
Ovsiannikov, después de haber vagabundeado en compañías de teatro de una en otra ciudad, mu rió en un pequeño hospital de tísicos y alcohóli cos, su padre, que no sólo había negado al hijo toda ayuda pecuniaria, sino que hasta le había amenazado con maldecirle, fundó, en memoria

suya, un “ Asilo para viejos artistas ”, al que dio
el nombre de su hijo, Alejo Ovsiannikov.
Por estar en una población sin importancia, o bien por otra razón cualquiera, es el caso que en el establecimiento había muy pocos asilados. Es
taba instalado en una gran casa señorial aban
donada, de habitaciones medio derruídas e inha
bitables, si se exceptúa un enorme salón de buen piso, con amplias ventanas y blancas columnas
curvadas por el tiempo.
Vivían en aquel salón, en el otoño de 1899, cin co actores viejos, agotados y enfermos, que no tenían hogar ni medios de vida.
En mitad del salón había una mesa ovalada, cubierta con un hule amarillo; a lo largo de las

127

paredes, entre las columnas, se hallaban las ca
mas, y junto a ellas,, sendas mesitas de noche,
como es uso en los hospitales y casas de pen
sión.

Las ventanas no se abrían nunca por temor a
las corrientes de aire; el ambiente era malsano, enrarecido por el humo de los cigarros, y despe día un fuerte olor a ropa sucia, unido a ese otro tan propio de los hospitales.
Grises telas de araña, desde el año anterior, pendían del empolvado techo.
El sitio considerado como el mejor por los asila
dos hallábase junto a una gran chimenea holande
sa, adornada con tulipanes pintados sobre el extre
mo superior. En invierno hacía allí mucho calor; la ancha chimenea formaba con la pared un

rin
concito retirado,

que daba a

aquel lugar

el

aspecto
de

un cuarto aparte.

Aquel rincón privilegiado

lo
habitaba

el

pensionista más antiguo del asilo,

un

ex

tenor

de

opereta,

Lidin -Baydarov,

hombre dé
bil,

de

espíritu poco inteligente,

desmesuradamen
te

orgulloso,

que sostenía con trabajo sobre sus delgadas piernas,

deformadas por

la

gota,

un

cuerpo pesado y

enfermizo.

Siendo

el

primer ha
bitante del asilo,

desde

su

fundación,

se

conside
raba como

el

dueño de

la

casa.

Era también

el

primero que había introducido

la

costumbre

de
charlar y

contar anécdotas groseras.

Llenaba las
paredes

de

los cuartos

de

aseo y

las columnas
blancas

de

salón,

de

dibujos obscenos e

inscrip
ciones cínicas

en

prosa y

verso,

para las que

>

128

aquel erotómano tenía una imaginación inago-.
table.

Al otro lado de la chimenea, más cerca de las ventanas, residía un antiguo apuntador, Iván Ste panovich, viejo calvo, sin dientes, de mejillas arrugadas. En otros tiempos, la gente de teatro
le llamaba familiarmente Stakanich (1). Por este
sobrenombre conocíanle también en el asilo. Era
un hombre dulce, piadoso, muy sordo y, como to
dos los sordos, muy tímido. Con diaria insistencia
Lidin -Baydárov le decía, por divertirse, cosas ho
rrendas en tono serio y grave: y Stakanich, que no oía nada, sonreía con su dulce sonrisa, movía la cabeza expresivamente y daba una respuesta

incongruente. El antiguo tenor de opereta se di vertía muchísimo y repetía sin cesar esta broma de mal género.
Stepanovich se pasaba el día, desde por la ma
ñana hasta la noche, fabricando cajitas muy com
plicadas, que hacía con papel de colores, alambre
fino y perlas falsas. Una o dos veces al año las
enviaba a su hijo Vasia, que desempeñaba pape
les insignificantes en teatros de poca monta.
Cuando no fabricaba sus cajitas, se estaba en la
cama haciendo solitarios complicados, de los que
conocía un número infinito.
En el mismo lado de la sala, aún más cerca de
las ventanas, dormía el viejo actor de tragedia
Slavianov-Raysky. De los cinco habitantes del asi

(1) "Stakan " quiere decir, en ruso, “vaso", con lo que se indica su afición a la bebida.

129

.

а sus

lo era el único que había gozado con anterioridad de una grande y brillante reputación. Durante
siete años su nombre, que los periódicos estam
paban en gruesos caracteres, fué famoso en toda la provincia. Pero al año de retirarse de la esce

na el viejo actor, olvidáronle por completo el pú
blico y la prensa. Sin embargo, sus colegas re
cordaban siempre los éxitos resonantes de sus or
gías, las sumas fantásticas que derrochaba en
aquellas cuchipandas famosas y los escándalos que daba en todas partes.
Slavianov -Raysky trataba con altivez
compañeros de asilo, les llamaba canallas, y ape
nas si les dirigía la palabra. Permanecía en la
cama días enteros, silencioso, fumando enormes

cigarrillos, que se liaba él mismo. A veces, le
vantábase bruscamente, poníase a pasear por el
salón, cruzándolo en todas las direcciones, con
breves pasos rápidos, manoteaba y gesticulaba enérgicamente balbuceando palabras indignadas. Frente a su cama, estaba la del “Abuelo ”, más conocido en el mundo teatral por el apodo que
por su verdadero nombre. Hacía tres meses que
el “ Abuelo " no se levantaba de la cama. Sus lar
gos cabellos, blancos como la nieve, y su camisa blanca, le daban el aspecto de un santo de las es
tampas. Hablaba muy poco, descansando a cada
frase, y tenía una voz sorda y fina, que era más
bien un gemido por lo trabajosa. Padecía del co
razón y la tos le molestaba mucho. Era viejísimo,
probablemente el más viejo de todos los actores EL DIOS 9

130

rusos contemporáneos. En otro tiempo gozó fama
de representar muy bien los papeles de padre no
ble y de ser un administrador inteligente.
El quinto y último habitante del asilo era el actor cómico Mijalenko, un cínico que tenía el

cuello hinchado por causa de una enfermedad ex

traña que padecía. El asma no le dejaba respi-. rar; hablaba con gran dificultad, y, sin embar go, era muy camorrista. En cuanto abría los ojos empezaba a reñir con sus vecinos y no cesaba has
ta que, por la noche, se metía en la cama. Tenía
muy mala lengua, era vulgar y despiadadamente grosero, como la mayor parte de los actores. Mina
do de continuo por una cólera envidiosa e histé
rica, urdía las más bajas calumnias, intrigaba y
escribía denuncias absurdas contra sus camaradas

a los patronos del asilo. Rivalizaba en expresio
nes groseras con Lidin - Baydárov, el cual, no obs tante, le superaba en el arte de inventar y com binar las villanías más inverosímiles; en cambio, Mijalenko aventajaba a todos en la facultad de hallar las injurias más venenosas y punzantes.
Gracias a su buena memoria, acudían a sus mien tes, con inagotable riqueza, los recuerdos de la vida de bastidores, intrigas de amor escandalosas,
batallas entre los actores, fracasos y crímenes.

Al disputar con sus vecinos, sabía sacar de su pa sado teatral las páginas más vergonzosas y más sensibles; como tenía tan mala lengua, suya era siempre la última palabra. Era tuerto, y su ojo único lanzaba llamas contra los que disputaban

131

con él. Tenía un ojo artificial muy pequeño y
constantemente húmedo.
La vida del asilo era aburrida y monótona. Los actores se levantaban temprano, en invierno mu cho antes de salir el sol, e inmediatamente, sin
haberse lavado siquiera, empezaban a fumar. Por
la mañana estaban todos de mal humor, extenua dos por la terrible debilidad, y tosían con una

tos sofocante. Y como en aquella vida pobre y
monótona se repetían infaliblemente, no sólo los
mismos acontecimientos, sino hasta las mismas
palabras y los mismos gestos, todos sabían de an
temano que Mijalenko, por ejemplo, al toser y
respirar fatigosamente, diría la frase mil veces repetida:
- ¡Esta es una tos de crítico!
A lo que el “ Abuelo ", que había aprendido len guas extranjeras, y no perdonaba ocasión de en
vanecerse de ello, respondía:
- "; Bierhusten!" Eso se llama entre los alema nes, “ Bierhusten ”, la tos de la cerveza

...

Luego

el

criado del asilo,

el

viejo soldado Ti jon,

entraba con

el

agua caliente y

los panecillos.
Los actores

se

servían

el

te,

cada uno

en

su

tete
ra,

y

lo

llevaban a

lamesa.Tardaban mucho tiem
po

en

tomar

el

te.

Se

lo

bebían despacio,

suspi
rando silenciosos.
Después del

te,

cada uno contaba los sueños que había tenido por

la

noche.

Todos comentaban

las particularidades:

ver

en

sueños

un

río signi
ficaba un viaje próximo;

el

barro anunciaba

un

132

viaje inesperado; un muerto, mal tiempo. Lidin Baydárov soñaba siempre perversidades. Después de esto, se echaban en las camas su cias y deshechas y permanecían acostados todo el
día. Para engañar el aburrimiento, fumaban sin
cesar. A veces mandaban a Tijon a buscar un pe riódico; pero sólo dos asilados lo leían: Mijalen
ko, que buscaba afanosamente en los anuncios los nombres de sus antiguos colegas, y Stakanich, a
quien interesaban especialmente las noticias de
asesinatos, choques de trenes, paradas militares, etcétera. El “ Abuelo ", enfermo de la vista, y no pudiendo por sí mismo, rogaba que le leyeran el periódico en alta voz; pero esto no daba buen re sultado. Stakanich, que no tenía dientes, ceceaba hasta hacerse completamente incomprensible, y en cuanto a Mijalenko, comentaba cada frase con una grosería de su propia cosecha, hasta que el “ Abuelo ", disgustado, acababa por decirle con ira:
-

;Basta! No quiero oír tus necedades. ¡Largo
de aquí, idiota!
Se hablaba rara vez en común; pero cuando se
había anudado la conversación, era imposible cor
tarla. Acababan siempre riñendo y acusándose
unos a otros de embusteros. Gustaban mucho de

contar anécdotas, y cada uno tenía su especiali dad en este género. Stakanich, que era hijo de un pope, sabía anécdotas de la vida de los popes y de los obispos; Mijalenko era inagotable en anécdotas de bastidores, y sabía de memoria un
número infinito de epigramas groseros, compues

133

tos por célebres autores; Baydarov sobresalía en
historias groseras, increíblemente absurdas, sobre
las mujeres. Por otra parte, a todos, incluso al piadoso Stakanich y al “Abuelo ", que no se levan taba nunca de la cama, les gustaba hablar de

estas cosas. Su propia incapacidad física у moral
daba a sus conversaciones sobre las mujeres un
carácter terrible y repugnante. Jamás hablaban de la mujer con respeto y afecto, como madre, esposa o hermana; en su imaginación pervertida
no veían más que la hembra, un animal tentador,
taimado y extremadamente sensual.
A veces los actores hablaban de sus propias
aventuras teatrales. Mijalenko llamaba a esto re
flexiones sentimentales sobre el pasado. Sin dar
se cuenta, relataban veinte veces el mismo episo.
dio, en los mismos términos, con los mismos ges
tos y la misma voz. Los relatos y las anécdotas
se sucedían siempre en el mismo orden, obede ciendo a la misma ley de asociación de las ideas. Por todo lo cual ocurría con frecuencia que, al cabo de una o dos horas de conversación, empe zaban a sentir, con el cansancio y el aburrimiento,
un intolerable disgusto y hastío de sí mismos y
de sus compañeros de asilo.
No había nada sagrado para ellos. Todos blas
femaban sin cesar. Hasta el “ Abuelo ”, medio
muerto ya, gustaba de repetir un cuentecillo muy largo y complicado, en que figuraban el patriar
ca Abraham y tres caminantes que jugaban a la
baraja y realizaban actos indecentes. Pero duran

134

te las largas horas de insomnio insoportable,
cuando acudían al cerebro pensamientos tristes,
reflexiones amargas sobre la vida estúpidamente
vivida, la monótona soledad de una vejez deses perada, la muerte próxima, pensaban los actores
en la religión, creían en Dios, en el Angel de la
Guarda, en los santos que hacen milagros. A es condidas, para que nadie los viera, se santigua
ban y murmuraban insensatas plegarias impro
visadas.
Stakanich era el más reservado en su actitud
y el más lógico en su conducta. A veces se levan
taba de la cama e intentaba persignarse tímida
mente, mirando al icono; pero Mijalenko se bur laba de él cuando lo veía. De pie, detrás de Staka nich, hacía una porción de muecas remedando los movimentos y los gestos de su compañero.
A las dos almorzaban. Durante la comida de
cían horrores del fundador del asilo, el rico co

merciante Ovsiannikov. El viejo soldado Tijon, que les servía a la mesa, escuchaba con disgusto aquellas conversaciones, permitiéndose a
hacer alguna observación a Mijalenko, cuya len
gua era mucho más mala que la de otros.

- ¡No está bien decir eso, señor Mijalenko
Como hombre educado no debía usted decir esas palabras en la mesa

...

Después

de

almorzar,

los actores

se

acostaban

y
dormían con un sueño pesado,

malsano,

ron

cando y

gimiendo.Dormían mucho tiempo,

lome
nos tres o

cuatro horas,

y

no

se

despertaban has

veces

135

ta la noche para tomar el te, con los ojos enroje cidos y mal sabor de boca; les zumbaban los
oídos, el cuerpo desfallecía por debilidad, iner
tes las piernas y los brazos. Una vez levantados,
andaban como borrachos y, durante algunos mi
nutos, no acertaban a comprender si era de no
che o de día.
Después del te volvían a acostarse y fumaban,
refiriéndose anécdotas.

Jugaban con frecuencia a
las cartas y preferían los juegos sencillos, sin complicaciones. Aunque no tenían dinero, apun taban cantidades, y lo que perdían o ganaban lo
sumaban a las pérdidas o ganancias anteriores,
de suerte que las deudas de algunos ascendían a
muchos miles de rublos.
Lo más extraño que conservaban la fe en el porvenir. Creían firmemente que iban a sanar, que encontrarían después alguna contrata con an tiguos camaradas, y que comenzaría para ellos de nuevo la vida agitada, divertida, desordenada del teatro. De aquí que guardaran cuidadosamen te, en el fondo de sus cajones, antiguos programas o recortes de periódicos, donde figuraban sus nombres.

A las ocho de la noche se les servía la comida, compuesta de las sobras, recalentadas, del al
muerzo. Inmediatamente después de comer, se
desnudaban y se acostaban. Pero en mucho rato

no podían dormirse. Agitábanse en la cama, y aquéllas eran para ellos las horas peores. Las viejas enfermedades hacíanse sentir dolorosamen

136

te en las horas nocturnas; acudían al pensamien to ideas tristes y recuerdos dolorosos del pasado,
y la amarga vejez se presentaba con una claridad
más lúgubre que durante el día. Lo más terrible
era pensar en que pudiera morirse en la noche
silenciosa algún compañero sin que lo supiera na die, permaneciendo así, silencioso, misterioso, ho rripilante, hasta el día.
Empujados por el miedo, se llamaban de vez
en cuando para preguntarse la hora o pedir una
cerilla. Y hasta el alba, eran todos presa de una angustia terrible, que, sin cesar, llenaba el gran salón de las blancas columnas de sordos gemidos y balbuceos.
Así pasaban en larga serie los días monótonos, aburridos, grises, llenos de preocupaciones mez quinas; y así transcurría la existencia melancóli ca de aquellos hombres tan amantes de la vida en otro tiempo.
Su única distracción era ir a la ciudad. Pero
este placer sólo de tarde en tarde se lo propor cionaban, pues no tenían dinero y sin él la ciudad carecía para ellos de atractivos: no podían com prar tabaco, ni pasear en coche, ni visitar a al guna amiga vulgar y retocada, ni permitirse el lujo de estar una hora en algún cafetucho, pla cer éste el más codiciado por aquellos viejos ac tores, acostumbrados a los establecimientos de este género.

137

II

El 14 de septiembre era día festivo. En el asilo sólo quedaban el apuntador Stakanich y el “ Abue lo ". Los otros habían salido a la ciudad. Mijalenko, que a veces se hacía contratar, gra
cias a sus antiguos compañeros, para figurar en
un espectáculo cualquiera, había recibido precisa mente una invitación para tomar parte en una
"matinée " teatral. Dos días antes del aconteci
miento, empezó a adular desvergonzadamente a Lidin - Baydárov, elogiando su voz y sus éxitos increíbles con las mujeres: quería que el ex te nor le prestara su cuello postizo de papel, sus
puños, que estaban relativamente limpios, su cor
bata roja muy usada. Baydárov iba a comer los
días festivos a casa de un comerciante a quien
conocía, y que le daba de limosna alguna ropa
interior usada, unas monedas, cigarrillos y te.
Todo esto, como es natural, lo ocultaba cuidado
samente Baydárov, primero, para que no se bur
lasen de él los demás asilados, y, además, por te
mor a que éstos le pidieran algo de lo que saca ba de sus visitas.

Esta vez, conquistado por las lisonjas de Mi
jalenko, le prestó su cuello postizo, sus puños y
su corbata.

Slavianov -Raysky había cobrado la víspera un pequeño subsidio de la Sociedad de Actores, e iba a la ciudad con un pensamiento único: el de pa sar todo el día en su café predilecto, que osten

138

taba el nombre de “Cafarnaum ", y volver al asi
lo completamente borracho.
El “ Abuelo " permanecía acostado; tenía sus
manos flacas, huesudas y amarillas como la cera,
cruzadas sobre el vientre. Blanco todo él, con los
cabellos blancos, inmóvil, sereno, parecía ahora más que nunca un santo de las estampas, prepa rándose a morir. Sus ojos apagados miraban sin .cesar a la gran ventana, tras de la cual, sobre el cielo azul de otoño, se dibujaba la copa dorada de
un tilo, mecida a impulsos del viento. Aún allí,
en aquel salón, donde no se renovaba nunca el
aire, presentíase el frío de fuera, adivinábase que
el sol de otoño brillaba sin calentar y que las ho
jas caídas difundían un olor áspero.
Stakanich, sentado a la turca sobre su cama,
colocaba cuidadosamente las cartas, ya viejísimas,
sobre la sábana, componiendo con ellas juegos
muy complicados. Completamente absorto, tan
pronto fruncía sus largas cejas blancas, como bal
buceaba palabras incomprensibles, con aire de
gran preocupación, haciendo gestos de disgusto.
- Iván Stepanovich, acércate un poco - le dijo
de pronto el “ Abuelo " con voz débil.
- ¿Qué?

-dijo el otro, volviendo la cabeza.
-Ven aquí un momento. Quiero hablar contigo.
-- En seguida, “ Abuelo ". Voy a acabar

...

Ea,

ya
está.

Ahora soy contigo.
Stakanich

se

sentó en

la

cama del “Abuelo "

.

Este miró largamente por

la

ventana,

una vez

más,

el

cielo azul,

tranquilo y

profundo;

hizo lue

139

-

go algunos movimientos con sus dedos plegados
sobre el vientre y lanzó un largo suspiro.
- Bueno, “ Abuelo ", ¿ qué es lo que me vas a
decir?

- Mira, Stakanich

...

El

“ Abuelo "

le

miró,

con

la

mirada perdida,

como

si

a

través

de

él

,

atisbara un objeto lejano.

-Oye,

Stakanich,

lo

que voy a

decirte

...

Esta
noche he soñado con mi sobrinita Machutka

...

Porque has

de

saber que

yo

tengo una sobrinita

...
en Rostov

...

Se llama María

...

Machutka

...

Es
modista

...

-¿Modista?-dijo con voz grave Stakanich,
Ver una modista

en

sueños

...

A

femía,

no

sé

lo

que pueda significar eso

...

Ver una aguja con hi
lo

o

coser algo,

significa un viaje largo

...

-Sí,

un viaje

...

Un viaje muy largo

...

Eso

es

;

tengo que emprender un largo viaje.

Pero antes
de

partir,

antes

de

acabar mi cuchipanda

en

esta
tierra,

quisiera volver a

ver ami sobrinita.

- ¿ Acabar

tu

cuchipanda?

No comprendo

...
-

" Aber ”

,

tonterías

...

El

“ Abuelo "

sentía tanto cariño por

la

palabra
" aber ”

(

1

)

que

la

empleaba a

cada paso.

- He estado mirando sin cesar por

la

venta

na

-

continuó--.

Estamos

en

otoño,

Stakanich.

El
aire

es

picante,

como

el

buen vino.

Antes,

cuando
empezaba

el

otoño,

yo

no

podía permanecer tran
quilo.

El

aire del otoño me embriagaba,

y
con

frecuencia me iba

de

pronto a

cualquier parte,

al

(

1

)

Palabra alemana que significa pero.

Pronúnciase aber.

140

otro extremo de Rusia, por ejemplo, de Taroslav
a Odessa

...

- De Vologda a

Kerch —

rectificó

el

apuntador,
acordándose

de

un verso

de

alguna comedia.

-

" Aber "

yo

creía que eso

se

había acabado

ya

;

pero hoy,

al

contemplar

lamañana por los crista
les,

he

comprendido que aún me queda un largo viaje que emprender.

Lo que quiere decir,

en

es

tilo figurado,

que mi contrata

en

la

tierra

ha

con
cluído.

¡ Tanto peor!

...

-
Qué pensamientos tan raros!-dijo Staka
nich

en

tono razonador.

Eso

es

que

temina

la
melancolía.

Tú sobrevivirás a

todos nosotros.

- No,

querido.

Bien veo que esto

se

acaba.

Mi
papel

ha

terminado,

y

tengo que retirarme por

el
foro.

“ Aber ”

Stakanich,

no

se

trata

de

eso;

eso
me

es

igual,

como ves

...

— ¿De veras?

¿No

te

da

miedo?—preguntó
Stakanich

de

una manera inesperada hasta para
él mismo y

lleno

de

curiosidad.

- Sí.Me río de

lamuerte.

Sólo siento haber lle
vado una vida tan absurda y

estúpida;

pero

en

cuanto a

tener miedo,

no hay

de

qué.

“

Todo

lo
que vive,

tiene que morir algún día ”

,

dice

unmo
nólogo patético que

yo me sabía antes

de

corrido.
También a

ti,

Stakanich,

te

llegará pronto

la
hora

...

Hablaba con voz sorda,

débil e

indiferente,

de
teniéndose a

cada frase,

fatigado.

Se

diría que

no

era

él

quien hablaba,

sino una vieja máquina
rota,

encerrada dentro

de

su

pecho.

141

- Sí, Stakanich. El nacimiento del hombre no es más que un azar; pero su muerte es una ley. Tú, sin embargo, has sido un buen mozo, y el más apreciable de todos los apuntadores que he cono cido en mi larga y estúpida vida. Nos conocemos desde hace algo menos de cien años; pero nunca
tuve queja de ti. Por eso quiero hacerte un rega
lo

...

para que

te

acuerdes

demí

...

Coge esta pe
taca

...

Es todavía bastante buena;

es

de

concha

...
Ahora

no

saben

ya

hacer petacas como ésta.

Es
una antigüedad,

por decirlo así.

Antes tenía un
monograma de oro,

" aber ”

me

lo

han robado

...

O

quizás

lo

haya perdido

yo

mismo

...

ya

no

me

acuerdo

...

¡ Tómala,

Stakanich!
-Gracias,

“ Abuelo "

;

pero haces mal en creer

...
—

“ Aber "

no

digas tonterías.

Tómala.

Hay den
tro una pipa

...

también

de

concha.

Es muy bue
na,

tiene un olor fuerte,

está toda impregnada
de humo

...

Stakanich abrió

la

petaca,

cogió

lapipa,

la

exa

minó atentamente y

suspiro:
-Gracias,

“ Abuelo "

.
La pipa

esmagnífica.

Mi
suegro era jefe

de

bomberos,

y

daba a

éstos sus
pipas,

antes

de

servirse

de

ellas,

para que fuma

ran.

Afirmaba que después

la

pipa era más agra
dable.

-Y tenía razón.

Así,

pues,

coge

la

petaca y
la

pipa.

Quizás

te

acuerdes alguna vez

de

tu

vie-,
jo

camarada.

Pero tengo que pedirte un favor

...

Después

de

mi muerte,

quedarán aquí algunos
objetos:

una sábana,

almohadas,

algunas ropas

...

142

Naturalmente, todo ello no vale.gran cosa; " aber ”, así y todo, podrá venderse en unos quince rublos

...

- ¿Y qué?
- Pues bien,mira

...

yo

espero siempre que aca
so

venga a

verme mi sobrinita.

No hace mucho
tiempo me

lo

escribió.

Pues

le

darás

el

dinero a
ella.

Tendrá que hacer un viaje largo y

costoso

...

Ambos guardaron silencio durante algunos ins

tantes.

El

“

Abuelo ”

tendió

lamano

al

apuntador.

-Y ahora,

adiós,

Stakanich.

Quiero quedarme
sólo para meditar un poco

...

-
Quieres que mande llamar a

un

pope?
propuso

el

otro tímidamente.
—“Aber "

no,

no

quiero

...

En Krichopol habia

en

el

teatro

un

peluquero

...

un

verdadero ukraniano,
que tenía un nombre pomposo:

Teófilo.

Pues bien,
este peluquero decía que

es

muy fácil encontrar uno solo

el

camino que conduce

al

otro mundo.
Tenía razón

...

Era un crítico de teatro muy seve
ro,

como suelen ser todos los peluqueros

de

los
cómicos

...

¡ Ah,

Stakanich,

viejo amigo,

uno

ha
visto

ya

algo,

¿

eh

?

¡ Después

de

representar

en
Tambov “Estábamos

de

juerga ”

!
¿

Y

la

feria

de
Nijni -Novgorod?

¡

Loque nos divertíamos allí!

¡

Lo
que bebíamos con los comerciantes y

con las muje

res!

...

¡ Ah,

Dios mío,

después

de

todo,

algo

se

ha
vivido,

pero

...

ahora me parece que todo eso era

estúpido

...

Es como un sueño insensato,

un cuen

to

infantil

...

Bueno,

Stakanich,

déjame

...

Stakanich estrechó

su

mano fría y

rígida y,
volviéndose a

su

sitio,

se

puso

de

nuevo a

hacer

143

solitarios con la baraja. Hasta el almuerzo, los dos viejos no cruzaron una sola palabra. Reinaba en el gran salón de las columnas blancas un si lencio tan profundo, que las ratas, de que estaba lleno el viejo caserón, tomando más de una vez el día por la noche, salían atrevidas de sus aguje
ros, avanzaban hasta las mesitas de noche y re

cogían las migajas caídas por el suelo.

III

Antes del almuerzo, llegaron Mijalenko y Lidin Baydárov, que se habían encontrado a la puerta
del asilo. Baydarov traía bajo el brazo un paque
tito con provisiones, envuelto en un pañuelo rojo. Mijalenko estaba de mal humor y parecía can
sado. No le habían pagado su colaboración en el
espectáculo matinal; el poco dinero que llevaba se lo había dejado en el café del teatro, y tuvo que hacer a pie el largo camino hasta el asilo. Al entrar en el salón tiró con fuerza el sombrero al suelo; se ahogaba; su grueso rostro pálido, su ojo único, tomaron una expresión de ira. El sudor hacía brillantes sus mejillas fofas. La cólera le apretaba la garganta.
Vió su maquinita de hacer cigarros en la mesa
de noche de Lidin -Baydárov, y empezó a gritar:
- ¡Eh, tú, viejo mono! ¡Antes de coger una cosa que no te pertenece, debieras pedir per miso!

- Qué?—preguntó Lidin con una calma im

144

perturbable - Ah, sí! Tu máquina de hacer ci
garros

...

Bueno,

tómala y

déjame

en

paz.
Y

se

la

tiró.
- ¡Le ruego a

usted que no tire las cosas que

no

le

pertenecen y

que ha robado usted!-gritó

Mijalenko con rabia. Su

ojo parecía quererse salir

de

la

cara y

tem
blaban sus mejillas fofas.
- ¿Es usted un canalla —añadió!

.
¡ No

es

la

primera vez que

se

apropia usted

de

lo

ajeno!

En
Perm robó usted un perro

en

un hotel y

le

lle
varon a

lacárcel.

¡ Es usted un ladrón!
Rabioso,

enfermo,

el

viejo cómico

se

ahogaba y
mascullaba los finales

de

las frases can voz casi ininteligible.
Baydárov

se

sintió ofendido.

Abandonando su
habitual altivez,

comenzó a

gritar como una ver
dulera.

- Le ruego a

usted,

señor Mijalenko,

que me
devuelva inmediatamente mi corbata ymis

pu
ños,

así como

ladocena

de

cigarrillos que

le

pres
té.

¡ Vaya un artista!

Es usted un vago,

un pi
llastre.
-;Callese,

viejo idiota,

o

le

rompo

la

cabeza!

rugió Mijalenko blandiendo una silla,

¡ Puedo
ser terrible!
- ¿Usted?-exclamó con tono y

ademanes tea
trales Lidin -Baydárov_.

¡ Usted hacía

de

payaso
en las ferias!

-Y usted

es

un ladrón!

En Irkutsk robó usted de

la

casa

de

un compañero una corona

de

plata,

145

y luego decía usted que se la había dado el públic

co.

; Cochino!

Estuvieron insultándose así largo rato, sin mi
ramientos; las palabras mas terribles acabaron
por perder toda su eficacia y resultaban inofen
sivas. Lo más absurdo de la escena era que se
hablaban de usted, y este "usted ” sonaba de un

modo extraño junto al chaparrón de injurias y groserías, más propias de las tabernas 0.de los mercados. Por

fin,

se

cansaron y

empezaron a

in
sultarse

en

voz baja,

con intervalos largos,

como

perros que gruñen después

de

terminada

la

riña.
Mijalenko

no

había aún satisfecho

su

rabieta

de
vejancón enfermo.

Cuando trajeron

la

comida,

la
emprendió con Stakanich,

afirmando que éste ha
bía cogido una silla que

él

consideraba como suya.

Después riñó

al

criado Tijon que servía

lamesa. --;Oye,tú,

vieja rata

de

guarnición!

¡ No

to
ques los platos con tus dedos sucios!
- ¡Pero!-protestó

el

viejo soldado— Mis ma nos están muy limpias;

me las acabo

de

lavar
con jabón.
- ¡Ya

te

conozco -continuó!

furioso Mijalen
ko—,

¡ Habranse visto héroes parecidos!

¡ Vos
otros,

cuando

la

guerra

de

Crimea,

vendisteis Se
bastopol por un saco

de

patatas!

...

Tijon estaba acostumbrado a

los violentos após
trofes

de

los actores y

los soportaba con una

fie
ma imperturbable.

Pero

lo

que

le

hacía montar

en

cólera eran las alusiones

de

Mijalenko a

Se
bastopol y

a

las patatas legendarias.

Rojo

de

in
EL Dios 10

146

dignación, temblándole las manos, gritó con voz
amenazadora casi llorando:
-; Oiga usted, señor Mijalenko! ¡Si vuelve us
ted a decir una palabra de Sebastopol, iré a que
jarme al director! Le diré que no puedo aguan tar más. No hace usted más que emborracharse e insultar a la gente pacífica. Verá usted cómo
le ponen en la calle. ¿ Qué será de usted enton
ces? Pedir limosna a la puerta de las iglesias; no le quedará otro recurso

...

Antes

de

la

comida,

Stakanich

se

puso a

pre
parar una ensalada muy complicada,

compuesta
de

remolacha,

cohombros,

aceite y

otros ingre

dientes.

Todo aquello

se

lo

suministraba Tijon,
que estaba

enmuy buenas relaciones

de

amistad

con

él

.

Lidin -Baydárov miraba con avidez

la

ope
ración gastronómica

de

Stakanich,

y

explicaba

al
mismo tiempo como

se

preparaba otra maravillo
sa

ensalada que

él

había inventado una vez

Ekaterinenburgo.
- Estaba

yo

entonces

en

el

hotel

de

Europa
decía sin dejar

demirar

al

apuntador “

.

El

coci
nero era un artista,

un virtuoso

...

Un francés que
ganaba 6.000 rublos

al

año.

Porque habéis

de

sa
ber que

en

el

Ural hay muchos propietarios

de

minas

de

oro,

a

quienes gusta comer bien y

no

regatean

el

dinero.

¡ Qué millonarios!

...

¡ Ah!

...

-
Qué bolas nos está usted contando,

señor
Baydarov -

dijo Mijalenko,masticando

la

carne.

- ¡Vaya usted

al

demonio!

Pregunte usted a cualquiera

en

Ekaterinenburgo y

confirmará to

en

147

do lo que le digo

...

Pues bien,

yo

enseñé a

aquel
cocinero a

preparar una ensalada especial.

La en
salada figuró

en

el menú con

el

nombre

de

" En
salada Lidin -Baydarov "

.
¡ Ay,

amigos míos,

aque

llo

sí

que era delicioso!

Setas saladas,

rebanadi
tas

de

manzana

de

Crimea,

tomate,

un poquito
sedecebolla,

patatas cocidas,

remolacha y

cohom
bros.

Se

mezcla todo,

se

pone sal,

se

echa un
poco

de

pimienta,

vinagre y

aceite y

se

espolvo
rea con azúcar.

Con

la

ensalada

se

sirve tocino
derretido

...

¿Comprendéis?

...

Todo caliente,

hir
viendo.

¡ Una cosa admirable!
Cerró los ojos y

chascó

la

lengua.
- ¡Vamos a

ver,

Stakanich,

danos a

probar esa
que has preparado

tú

!

El

“ Abuelo ”

se

negó a

sentarse a

lamesa.Mi
jalenko

se

creyó obligado a

decirle también algo
desagradable.

- ¿ Qué hay,

“ Abuelo ”

?

¿

Te

preparas para mo rir?

¡ Ya

es

hora,

viejo mío!

Hueles a

sepultura;
te

esperan allá,

en

el

otro mundo

...

El

“ Abuelo ”

le

dirigió una mirada distraída,

como a

un mueble,

y

dijo con voz tranquila:
- ¡Vaya un hombre antipático!

...

Terminada

la

comida,

y
estando Tijon ocupado
en

quitar

la

mesa,

el

“ Abuelo ”

le

llamó con

la
mano:

- Di,

Tijon,

¿

no

ha

preguntado nadie por mí?

- ¿Dónde?-dijo Tijon extrañado.
-Aquí.

¿No

ha

venido nadie a

verme?

...

¿ Una
señora?

...

148

- No, nadie,
Tijon no volvía de su asombro.
- "Aber ”

...

oye,Tijon;

si

viene esa señora cuan

do

esté dormido,

entonces

...

¿Comprendes?

...

Me
despiertas

...

Espero a

una señora

... mi sobrinita

...

No

te

olvides

de

despertarme

...

Y

volvió

la

cabeza hacia

la

pared.

Permaneció
así hasta una hora muy avanzada

de

la

noche,
moviendo lentamente los dedos sobre

la

sábana y
mirando tan pronto a

la

pared opuesta como a

la
ancha ventana,

por

la

que podía verse

el

cielo
azul,

sin nubes.

Mijalenko y

Lidin -Baydárov,

después

de

la

vio
lenta riña,

se

pusieron tranquilamente a

jugar a

las cartas.

Mijalenko

no

tuvo suerte;

perdió dos
rublos y

medio,

lo

que,

con

la

deuda atrasada, formaba

ya

la

respetable suma

de

dos mil rublos.
Se

puso furioso y

empezó a

repasar

la

cuenta.

Después

de

un cálculo complicado

se

enfadó,

y

llamó tramposo a

Baydárov.

Los dos actores vol
vieron a

reñir,

y

durante dos horas

se

llenaron
de

improperios y

se

acusaron

de

los más estupen
dos crímenes.
IV
Slavianov -Raysky

no

había salido desde por

la
mañana

de

su

café favorito,

el

Cafarnaum.

De
pie,

junto

al mostrador,

tenía entre los dedos una copita

de

“

vodka ”

y,

con

su

voz abaritonada

de

gran actor,

hablaba con

el

dueño del café

de

los
negocios y

de

los

viejos comediantes que

en

otro
tiempo frecuentaban

el

establecimiento.

Aquel

149

ambiente de taberna había resucitado en él la cortesía artificial, amanerada, exagerada, con que los actores hablan al público fuera del teatro. Si
alguien se acercaba al mostrador, retrocedía cor
tésmente, hacía un gesto amplio con la mano y, modulando su magnífica voz de barítono, decía:

- iMil perdones, señor! ¡ Hágame usted el fa
vor!

Cansado de estar de pie, se sentó en una mesi
ta, muy cerca del mostrador, y pidió un perió
dico.

El café se iba llenando de parroquianos. Casi todos eran estudiantes, que acudían allí atraídos por la baratura, modestos empleados del Estado
y viajantes de comercio. Pronto estuvieron ocu
padas todas las mesas. Dos parroquianos llega
ron, uno ya de edad, con nariz curva, que parecía el pico de un loro, y otro, pequeño, con lentes,
muy inquieto y nervioso. No encontraban mesa
libre, y miraban a todas partes. Raysky lo notó.
Levantándose ligero, dijo con pomposa cortesía:
-Si ustedes lo permiten, señores

...

Me tomo

la
libertad de ofrecerles un sitio en mi mesa

...

Los dos señores dieron las gracias y

se

dirigie
ron

al

mostrador para tomar,

antes

de

sentarse,
una copa

de

“ vodka ”

.

Ambos eran considerados
como buenos clientes.

Estrecharon

la

mano del

propietario y

empezaron a

hablarle

en

voz muy

baja.

Slavianov -Raysky comprendió que trataban.
de

él

.
Haciendo como que

se

hallaba absorto

en
la

lectura del periódico,

percibió con

su

oído

ex

150

1

20

perimentado algunas de las frases que murmu
raba el propietario, inclinado sobre el mostrador.
- Pues sí, es el mismo

...

Ya saben ustedes

...

i quinientos rublos por representación!

...

¡ Un

ta
lento extraordinario!

No ha habido más que dos
que hayan gozado tanto del favor del público:

él

e

Ivanov Kovelsky

...

¿Dice usted?

...

¡ Oh,

natural
mente!

...

Si

no hubiera bebido tanto

...
Los clientes

se

deshacían por trabar conocimien
to

con aquel “talento extraordinario ”

.

Se

acer
caron a

Slavianov -Raysky.

Antes

de

sentarse,

el

demás edad,

el

de

la

nariz

de

loro,

dijo con una
sonrisa amable,

frotándose las manos:

- En tal caso

...

tendremos

el

gusto

de

hacer co
nocimento con usted

...

Tenemos

el

honor

de

pre
sentaros

...

Dijo

su

nombre.

Era

un

empleado

de

banca;

su
camarada era redactor

de

un

periódico local.

Este

último entabló inmediatamente conversación con el

cómico:

-Yo y

usted somos ambos representantes del
' arte.

Le conozco a

usted muy bien.

Aparte

de

que todo

el mundo

le

conoce

...

La prensa y

la

es

cena son los dos polos del arte y

deben

ir

siem
pre la mano

...

Slavianov -Raysky,

muy aficionado a

las amis
tades

de

café,

estrechó

lamano del reporter y

del
empleado,

asintiendo con

la

cabeza y

sonriendo

con una amplia sonrisa artificial.
-;Encantado,

encantado

de

conocerles!

Ahora
nosotros,

los viejos actores,

yacemos

en

el

olvido.

VO 1 1

151

Créanme, sé apreciar la amable atención de us ted

...

No,

mil gracias;

no

puedo aceptar

el

al

muerzo que me ofrecen,

pero

al

menos beberé
una copita de "vodka ”

...

Eso,

con mucho gusto

...

Bebo con una condición:

las cuentas a

la

ameri

cana,

cada uno paga

lo

suyo

...

Gracias.

¡

A

la

sa
lud

de

ustedes!

...

No;

no

semolesten,

estoy muy
bien así

...

Gracias,mi querido compañero,

es

us
ted muy amable

...Muy amable,mucho

...

Estrechó

la

mano del periodista,

alzando

un
poco

el

codo,

haciendo gestos y

tomando actitu
des elegantes.
Slavianov rechazó

el

almuerzo,

porque,

como

alcohólico viejo,

sufría desde hacía mucho tiem po

de

falta

de

apetito.

Pero,

en

cambio,

bebía
mucho “vodka ”

ymucha cerveza.

Pronto

se

em

borrachó y

empezó a

charlar sin medida.Mien tras almorzaban sus admiradores,

criticaba

el me
nú,

refería cómo

se

alimentaba a

los lechoncillos

en

Tambov y

a

los terneros

en

Susdal,

y

contaba
maravillas

de

los pescados que había comido an taño sobre

el

Volga.

Luego habló

de

los banque
tes fabulosos que

le

dieron sus admiradores

en
numerosas ciudades y

de

la

comida solemne con
que

le

obsequió

la

prensa

de

Moscú.

Con facili
dad,

sin tropezar una sola vez,

nombraba una
porción

de

gente que,

en

realidad,

eran persona
jes

de

dramas y

comedias.

Llamaba a

todos los se
res fantásticos por

su

nombre

de

pila,

como

si

fueran sus íntimos amigos.
- Sanchka Putiata

...

Un hombre extraordina

152

rio. Sacaba veinticuatro mil rublos de renta anual
de una sola finca

...

Yluego,

el

pequeño Juan Ale
xandrovsky

...

¡ Ese

sí

que era

un

hombre!

¡ Levan
taba con una mano trescientos kilogramos!

!Tres
cientos kilogramos!

¿Puedes

tú

comprender eso,
viejo?
Completamente borracho,

no

gastaba

ya

cum

plidos con sus compañeros

demesa,

los tuteaba,
y
olvidándose

de

su

proposición

de

que

se

arre

glaran las cuentas a

la

americana,

pedía sin ce

sar “

vodka ”

y

licores.
Luego,

con voz ronca

de

borracho,

empezó a
recitar monólogos,

a

gritos,

dando puñetazos

so

bre

lamesa,

y

haciendo grandes gestos.

A

veces

se

le

olvidaban las palabras;

entonces las susti tuía por largas pausas dramáticas;

contoneábase

y

levantaba las manos lanzando

en

derredor trá
gicas miradas.
Pronto sus nuevos amigos empezaron a

sentir
cierto malestar.

Muchos clientes,

abandonando sus
mesas,

se

agruparon alrededor

de

Slavianov -Rays
ky

para asistir a

aquel espectáculo improvisado. El

propietario

se

había acercado

al

actor borra
cho y

trataba

de

volverle a

la

razón.

-Oígame,

señor Slavianov,

se

lo

ruego

...

No
escandalice.

Está usted

en

un café decente y

no
lo

puedo permitir.

Además,

los parroquianos

po
drían protestar.

Lo mejor

es

estarse tranquilo,

como conviene a

personas bien educadas

...
-

;Déjame

en

paz,

cochino burgués!-grito Sla
vianov fijando

en

el

propietario una mirada trá

153

>

gica y amenazadora—; Olvidas con quién ha
blas!

Y armó un alboroto, como los muchos que ha
bía armado durante su vida de borracho en todas
las poblaciones y en todos los cafés. Primero, in jurió violentamente al propietario, luego a sus
compañeros de mesa, que intentaban calmarle, y
finalmente, comenzó a insultar al público reunido
a su alrededor.
— ¡Todos sois unos marranos, y os detesto de
todo corazón!

-gritaba, balanceándose en la silla
y dando fuertes puñetazos sobre la mesa—. Sí, os detesto y os desprecio. ¡El público!...

¡ No hay na
da

en

el mundo más villano ymás cobarde!

¿Ha
béis venido aquí para presenciar

un

escándalo?
Pues bien,mirad:

¡

he

aquí,

ante vosotros,

al

pri
mer actor dramático

de

Rusia,

helo aquí,

arras
trando una vida miserable!

¿No

es

verdad que
ver esto

es

curioso?

Y,

sin embargo,

yo

os

des
precio,

cerdos,

os

desprecio con todas las fuer

zas

demi alma

...

¡ Usted,

joven idiota,

el

de

la

corbata roja!-dijo dirigiéndose

de

pronto a

un
señor que estaba

en

lamesa próxima—.

¿

Se

ríe
usted?

Pero ¿quiés

es

usted?

¿Un viajante

de
comercio?

¿Un ayuda

de

cámara?

¿

Un indecen
te

jugador?

¿Un peluquero?

¡

Ah

,

veo que

ha
desaparecido

la

sonrisa

de

su

faz equina!

Usted
es

un mosquito,

un miserable número

de

estadís
tica en este gran escenario que

se

llama

la

vida.

Sus pantalones rayados sobrevivirán a

su

nombre

de

usted

...

¡
Sí

,

animales,miradme bien!

Yo era

el

154

orgullo del teatro ruso, yo había dejado en él una
huella imborrable, y actualmente me hallo perdi
do en los bajos fondos de la sociedad. ¡Esto sí que es una tragedia, imbéciles! Sí, yo soy Slavia nov -Raysky, un gran artista, mientras que vos otros, todos — a todos los presentes los envolvió en un amplio ademán—, no sois sino estiércol, ba sura, protoplasma

...

-

;Vamos a

ver!

¡ Protesto!

¡ Esto

es

inadmisi
ble!

¡ No

se

puede tolerar!

- empezaron a

gritar
de

todos lados voces indignadas,

Echadle a

la
calle!

¡ Hay que llamar a

la

Policía!
Un mozo

de

café cogió a

Slavianov por

el

bra
zo

y

lo

llevó a

la

puerta.

No opuso resistencia, pero continuó insultando a

todo

el mundo.

Cuando
salió fuera,

rompió

un

cristal y

su

puño sangraba.
El

empleado y

el

periodista

se

dijeron que no
era justo abandonar así

al

viejo artista,

borra
cho y

enfermo.

Les costó mucho trabajo conse guir que les diera sus señas.

Ayudados por

elpor
tero,

lometieron en un coche.

-Qiga usted -

dijo

el

cómico dirigiéndose

al

empleado,me parece que usted era mi compa ñero de mesa.

Pues bien,

deme un rublo.

-Con mucho gusto - se

apresuró a

decir

el
otro,

sacando

su

portamonedas.

- Muy bien —

dijo Slavianov

al

recibir

el

dine
ro.

Señale este día con tinta roja

en

su

libro ma
yor.

Hoy

ha

tenido usted

el

honor insigne

de

dar
una limosna

al

gran artista Slavianov -Raysky.

¡

Y
ahora,

vaya usted

al

diablo!

...

-

155

Durante el trayecto fué injuriando a todo el mundo, haciendo gestos trágicos, lanzando mira das furibundas.

V

Llegó al asilo completamente borracho, extra viados los ojos, con el labio inferior colgando y los cabellos en desorden. Cuando entró en el sa lón, cruzó los brazos sobre el pecho con un ade mán teatral, bajó la cabeza y, con los ojos des mesuradamente abiertos y una voz terrible, em pezó a recitar un monólogo de “Hamlet ”:

¿Por qué no te derrumbas hecho polvo?
¿Por qué eres tú tan fuerte, ioh!, cuerpo humano?

-; Miradle! ¡ Qué bonito está!...- dijo Stakanich moviendo la cabeza despreciativamente.
- Tijon!

-gritó Mijalenko—. ¡ Acuesta inmedia
tamente a ese animal borracho!

Pero Slavianov -Raysky no hizo el menor caso de sus compañeros y siguió declamando. A pesar de su estado de embriaguez, a pesar de su voz
ronca y cascada, declamaba muy bien, en el esti
lo exagerado y noble de los artistas de la vieja
escuela.

¡Si Dios no nos hubiera, iah!, prohibido el suicidio!
¡Dios todopoderoso! ¡Cuán mezquinas e inútiles
y cobardes son todas las acciones humanas!...

- ¡Eh,

tú,

apuntador!-gritó dirigiéndose a

Sta
kanich ¿Por qué

no

cumples con

tu

deber?
¡ Dame acá más versos!

.

156

Stakanich, sentado sobre la cama, respondió:
- La memoria me es infiel, amigo mío.
- ; Imbécil!-le apostrofo Slavianov, y continuó:

¿Y qué es la vida? ¡Es un jardin desierto,
estrangulado por las malas hierbas!
Seis semanas apenas han pasado

...

-

Le ruego a

usted,

señor Raysky,

actor borra
cho,

que acabe con

su

estúpida declamación!
grito

de

nuevo Mijalenko,No está usted

en

una

de

esas tabernas

en

las que acostumbra a

hacer
el

payaso por un vasito

de

“ vodka ”

o

un bocadillo
de jamón.
-;Cállate,

cretino!-réspondió Raysky con

un
gesto dramático- ¿

A

quién hablas

tú

?

¿Has
pensado

en

ello?

¿Has olvidado que,

en

otro tiem
po,

considerabas como un gran honor ayudar

al

gran artista Slavianov -Raysky aponerse los chan clos cuando iba

al

teatro?

Tú,

que tenías siempre

a

la

prensa y

al

público

de

espaldas;

tú,misera
ble número

de

estadística.

¿Tú

te

atreves a

ha
blarme así?

¡ Largo

de

aquí,

imbécil!

—;Idiota,

borracho!-respondió

el

otro con voz

ahogada

en

un acceso

de

tos.

- ¿Has olvidado que hay

un

abismo entre

tú

y

yo

?-continuó Slavianova.

Cada milímetro cua
drado

demi cuerpo

es

un gran artista,mientras que vosotros sois todos podredumbre,

parásitos
del teatro

...

- No

le

dé

tan fuerte,

señor Raysky!-gritó
fieramente Lidin -Baydárov— ¡

Si

sigue usted

in

-

157

sultando a la gente, puede pagarlo muy caro, vive Dios!
- ¿Tú? ¿ Tú también?-exclamó Raysky sofo
cado por la cólera y la indignación, ¡ Tú tam
bién te atreves a hablarme? Este, al menos — e in dicó a Mijalenko con un ademán majestuoso, andaba por la escena de lacayo, llevaba las bote llas y los vasos; pero, al fin y al cabo, era un actor

...

-;Tú eres un cerdo!-replicó Mijalenko.
- Pero

tú,

canalla -

prosiguió Raysky,

como

si

no

hubiera oído aquella réplica–,

tú

no

tenías

más que las pantorrillas,

con que despertabas

la
sensualidad

de

las mujeres.

¡ Ni cinco céntimos
de

talento!

Cantabas como un pellejo roto y

ha
cías gestos indecorosos.

Se

te

admitía

en

tem

plo del arte por

un

equívoco enfadoso,

por casua
lidad;

entraste

en

élpor error.

En lugar

de

ha
certe propietario

de

una mancebía o

criado

de
un café cantante,

te

hiciste artista.

No tienes

ni
conciencia

ni

pudor.

No comprendes

lo

que quie
re

decir eso,

y
eres capaz

de

hacer cosas que

ru
borizarían a

un escuadrón.

Como hombre pronto

a

venderse a

cualquier mujer,

irías

en

cueros por
la

calle,

si

ella

lo

exigiese

...

,

a

condición

de

que

te
autorizara

la

Policía,

porque sólo

el

agente

de

po
licía

te

ha inspirado siempre respeto y

temor.
- ¡Decididamente,

no

comprendo por qué

no

le

he

arrojado a

usted por

la

ventana

ya

! --

dijo

en
tono solemne Lidin -Baydárov.

-

Ah,

cretino!

En cada una

de

tus palabras,

158

>

en cada uno de tus movimientos, se advierte tu
estulticia. Eres más estúpido que cobarde, y más
cobarde que estúpido! Tu mismo seudónimo escé
nico revela tu nulidad y tu desvergüenza. ¡Lidin Baydárov! ¡Eso es darse tono! Y la verdad es que
eres sencillamente un burguesillo de mala muerte,
oriundo de una población oscura y sucia y te lla
mas Movscha Rosentul. Tu padre era un prende
ro de viejo, y tú heredaste su mentalidad, su es
píritu y sus gustos.
- ; Borracho, escandaloso!

- ¿ Borracho? i Quizás! Sí, lo confieso: Sla
vianov -Raysky fué siempre un borracho. Bebía demasiado, daba escándalos, pegaba a

los

admi
nistradores y

a

los sastres,

a

los directores

de
teatros,

a

los periodistas,

a

todos los marranos y

a

quienes detestaba yodiaba.

Y,

sin embargo,

nin
guno

de

ellos guarda mala memoria

demí.

¡
Sí

,

viejo crápula!

¡ Nadie,

nadie!

Por

el

contrario,
todo

el

mundo

se

acuerda

de

mis larguezas,

de
mi generosidad.

He ganado centenares

demiles
de

rublos,

pero ¿dónde

ha

ido a

parar ese dine
ro

?

Aningún pobre diablo,

a

ningún humilde ac
tor

le

he

negado jamás mi auxilio.Músicos,

vaga
bundos,

acróbatas

de

plazuela,

atletas

de

feria,
eran siempre mis amigos.

¿

Y

cuánta gente ha abusado

demi largueza!

¡
Sí

,

viejo cocodrilo,

tie
nes razón,

yo

era

un

borracho!

...

Pregunta a

Sta
kanich,

que me conoce hace quince años.

¿Es ver
dad

lo

que digo,

Stakanich?
Stakanich,

que estaba absorto

en

la

fabricación

159

de su caja, levantó la cabeza y miró a Slavianov Raysky.
- ¿Me preguntaba usted a mí?

- preguntó.
Pero Slavianov ni le contestó siquiera, y con
tinuó:

-Ocupaba siempre las mejores habitaciones en los mejores hoteles, distribuía propinas princi
pescas; un hermoso coche, con magníficos caba
llos, con su cochero de barba larga, imponente, estaba siempre a mi disposición. Me acompañaba
en mis viajes mi criado Mischka. Y todo el mun
do conocía a Mischka. Los directores de teatros
trataban de atraerse su amistad, le estrechaban
la mano, le preguntaban en tono confidencial de qué humor me había levantado yo aquel día

...

¡

Y
era

de

ver cómo iba vestido

yo

enaquella época!
Siempre

de

frac,

de

la

más fina tela inglesa.

Mischka me compraba cada día una camisa nue va

:

nunca me ponía ropa lavada.

Los mejores
sastres tenían a

gala abrirme crédito.

Todos los
hombres galantes,

la

gente

de

la

alta sociedad,
venían expresamente

al

teatro para aprender a
vestirse con verdadera elegancia

...

-;

Sí

,

ya

se

ve ahora!-dijo con venenosa iro
nía Lidin -Baydárov.
- ¡Oh,

criatura repugnante,

mísera y

execra

ble -exclamó!

en

tono patético Slaviadovą.

Sí

,

ahora voy vestido

de

harapos;

he

dado una caída
terrible,

desde las más altas cimas

de

la

gloria

hasta

la

ciénaga

de

la

vida.

He caído tan bajo,
que me veo obligado a

vivir

en

una jaula sucia,

160

con un abominable mico rancio como tú. Pero, aun

así, dejo tras de mí una vida amplia, enorme. He experimentado los goces de la inspiración y me acompañaba por todas partes una gloria fabulo sa. Hacía llorar y reir a los hombres. Podía ha cer del público lo que se me antojara. Yo era su dueño, su soberano. Cuando en “Macbeth ”, en la escena del puñal, hacía mi famoso gesto, seña
lando a la lejanía, mil quinientos espectadores se
levantaban como un solo hombre, presa de indeci ble emoción. ¡Y había que verme en el papel de Kine! En Jarkov, la Policía no me permitió ter minar el último acto, porque todo el mundo llora ba, los hombres y las mujeres, los jóvenes y los viejos; vi correr las lágrimas hasta de los ojos
de los actores que trabajaban conmigo. ¿ Eres tú
capaz de comprender esto, viejo orangután? Tú,
guiñol de feria, no hacías más que seducir a las modistas, prometiendo hacerlas tiples de opereta; te pegaban como a un perro, y huías como un la drón, después de haberte introducido en las alco bas de mujeres casadas; eras avaro como un por diosero de iglesia y prestabas dinero a escondi das, percibiendo intereses enormes, como un vie jo usurero. En cada población dejabas las huellas asquerosas de tu paso; hay millares de personas
a las que no te atreverías a mirar cara a cara.
Yo, en cambio

...

¡ Ah!

Yo

he

recorrido Rusia

en
todas las direcciones,

de

Arkangel a

Yalta y

de
Varsovia a

Tomsk,

con

la

frente alta,

sin miedo
ni

vergüenza.

Las autoridades me han respetado

161

en todas partes. Todo el mundo se inclinaba ante
el gran artista Slavianov -Raysky, mientras que tú, despreciable mico, ¿ qué has sido?
Con trágico ademán volvióse de pronto hacia el viejo Tijon, que barría el piso.
-Amigo mío, te aprecio infinitamente más que
a ese marrano, a esa nulidad, que ha osado man
cillar la vocación sagrada del artista. ¡ Mi buen
viejo, mi noble Tijon! Tú, sólo tú puedes com prender y apreciar a Slavianov -Raysky, ¿ no es así? ¡ Déjame besar tu blanca cabeza honorable! Porque, lo repito, sólo tú puedes comprenderme

...

'

-;Ya

lo

creo,

señor!—respondió Tijon con én fasis- Aprimera vista

se

nota que usted

no

es
como los demás

...

Como

el

señor Mijalenko,

por
ejemplo,

que sólo goza insultando a

un

pobre sol
dado viejo

...

Tijon estaba visiblemente emocionado.

Después
de

limpiarse

la

boca con

la

chaqueta,

besó por
tres veces

al

gran artista.

Luego volvió a

su

fae
na y,

tras una corta pausa,

añadió:

- Sólo una cosa,

señor Slavianov -Raysky:

usted
ha bebido algo,

por

lo

que veo,

y
sería justo que
me diera usted algunos “copecs ”

para que

yo

pu
diera beber también una copita a

su

salud.

No

hay que olvidar

al

viejo servidor. --

; Tijon,

amigo mío!-exclamó conmovido

el ac
tor-,

¡ Soy un viejo bribón,

un cocodrilo,

un

pe
cador incorregible!

¡ Me

he

dejado todo mi dinero en

la

taberna!

...

Pero espera

...

quizás me quede
todavía algo

...

voy a

registrarme los bolsillos

...
EL Dios 11

162

Después de larga indagación, el artista sacó del bolsillo unas cerillas, bolitas de algodón, polvo de tabaco y algunas monedas.

-- ;Aquí están, mi viejo amigo! ¡i Tómalas! Y
óyeme bien - y se golpeó el pecho con un gesto magnífico—: la miserable ruina de lo que antes
era el gran artista Slavianov -Raysky te honra
con su amistad a ti solo!
Y se echó a llorar con lágrimas abundantes, cálidas, histéricas. Lloraba, porque su brillante vida había terminado; lloraba por su vejez solita
ria, porque no le comprendía nadie, porque le
echaban del café como a un mendigo.
Hacía ya mucho rato que sus compañeros se
habían dormido; pero Slavianov -Raysky no podía dormir. Hablaba sin cesar, dirigiéndose a su ve cino Stakanich, que le respondía con ronquidos. Refería su glorioso pasado, sus laureles, sus enor
mes éxitos, describía los hermosos carruajes, las
coronas de plata, la veneración del público. A ve
ces, declamaba en alta voz fragmentos de monó
logos dramáticos, y aun después de dormido se guía soñando con los laureles, la gloria, los aplau

sos y el entusiasmo de las muchedumbres.

VI

Hacia la una de la madrugada el cielo se cubrió de nubes y empezó a soplar el viento y a caer una lluvia fina. El tilo se estremecía con violen tas sacudidas, detrás de la ventana. El farol, que estaba junto al tilo, ponía resplandores inciertos,

163

trémulos, en las hojas, y producía sombras fan
tásticas en las paredes y en el techo del salón de
las columnas blancas. Una lamparilla, encendida
delante del icono, difundía su débil luz, rosada y
suave, iluminando el rostro oscuro del santo.
Todos los habitantes del asilo, excepto Slavia
nov -Raysky, que seguía hablando en sueños, se
habían despertado al ruido del viento. Permane cían en sus lechos, silenciosos, presas de miedo y

de inquietud, con los ojos abiertos y fijos en las
sombras que llenaban el salón. Lidin -Baydarov,
aficionadísimo a los dulces y los bocados exqui
sitos, devoraba ávidamente, procurando no hacer
ruido para no atraer la atención de sus compa
ñeros, un pastel que le habían dado en casa de su protector el comerciante. Mijalenko, tapada la ca
beza con la sábana, escuchaba angustiado los la
tidos irregulares y sordos de su corazón. A cada ráfaga de viento se estremecía, se encogía bajo la ropa, y se persignaba apresuradamente como los niños miedosos.
De pronto, Stakanich se levantó y se arrodilló
ante la cama. En las tinieblas, se le oyó gemir profundamente, murmurar plegarias ardorosas muy de prisa, como temiendo que alguien tratara de prohibirle sus rezos. Frente a él, inmóvil, es
taba tendido en su lecho el “ Abuelo ". Fijaba su
mirada tan pronto en la ventana, como en el icono débilmente iluminado, o bien en las sombras fan
tásticas que llenaban el salón. Su rostro estaba
grave, tranquilo y pensativo.

164

Slavianov -Raysky se despertó también. Después
de la borrachera de la víspera, sentíase muy mal:
tenía la cabeza pesada, las piernas y los brazos
como llenos de plomo y muy mal sabor de boca.
Todo movimiento le hacía daño. Poco a poco y
etapa por etapa, fué recordando lo que le había
pasado la víspera: el café Cafarnaum, el escán
dalo que había dado, el coche en que volvió al
asilo.
Cuando recobró por completo el conocimiento,
se acordó de que en el bolsillo de su abrigo tenía
media botella de " vodka "; como borracho experi
mentado, guardaba siempre, antes de comenzar a
beber, un poco de “ vodka ” para la mañana si
guiente. Bajóse de la cama y se dirigió, descalzo,
hacia la percha nde estaban los abrigos. Un
minuto después se le oía beber, apoyando los la bios en el cuello de la botella.

- Raysky, mi querido amigo, dame un poco a

mí también - susurró con acento suplicante Mi jalenko. ¡Me aburro tanto!...
Slavianov levantó

la

botella ymiró

si

quedaba
mucho "

vodka "

. Había un poco;

pero nunca había
negado nada a

nadie.
- ¡Bueno,

dame

tu

vaso!-dijo suspirando.
Se

oyó

en

la

oscuridad

el

ruido del “vodka ”

que
caía en

el

vaso.

-;Gracias,

querido,

muchas gracias!-dijo Mi
jalenkom,

iQué fuerte

es

este “vodka ”

!
...

¡ Eres
un

buen camarada,

Slavianov!

-- Hay que vivir

en

amistad y

concordia

...

sobre

165

todo cuando vivimos en estas condiciones

...

Ano
che

te

dije una porción

de

cosas desagradables, pero no

te

enfades por eso

...

-Ya

lo

creo que no me enfado.

Yo también fuí
malo para

ti.

Esto

es

fatal,

inevitable,

cuando

se
vive en comunidad.
- Sí,

querido,

en

eso tienes razón:

¡
es

fatal!
dijo Slavianoven voz baja,

lanzando un largo suspiro y

sentándose

en

la

cama

de

Mijalenko—,
Los rozamientos son inevitables.

Vivimos en
cerrados,

como sardinas

en

lata.

Hay unos apa
ratos para cazar las moscas que parecen campa

nas

de

vidrio;

las moscas que tienen

la

desgracia
de

meterse dentro,

mueren allí lentamente.

Este
asilo

es

para nosotros una especie

de

caza mos -
cas.

Por eso nos tornamos tan malos.

Además,
no puedo soportar a

ese idiota

de

Baydárov.

No
es

colega nuestro.

No tiene espíritu

de

artista.
No

es

como nosotros,

¿

eh

?

Nosotros,

por

lome

110s,

hemos hecho algo por

el

teatro,

¿

no

es

ver

dad,

Sacha?
-Vamos,

Mercurio Ivanich,

yo

no puedo com
pararme con usted.

Usted era,

por decirlo así,

un
león

de

la

escena,

mientras que yo

no

era más
que una mosca pequeñita

...

nada

...

- No,

Sacha,

haces mal

en

decir eso.

Protesto.
Tú también tenías talento.

¡

Y

qué talento!Mu
cha sensibilidad,

un gran temperamento ymucho dominio

de

la

escena.

A

los artistas contemporá neos les falta todo eso.

Son técnicos,

simples

ar
tesanos.

No tienen

el

fuego sagrado.Ni vocación,

166

ni aliento. Mientras que tú eras un verdadero ar tista.

- No, eso no, Mercurio Ivanich; es un sacrile
gio compararme con usted. Yo no he sido más que un actorcillo. Pero cuando pienso en usted, en lo que usted era, en lo que es ahora, se me encoge el corazón.
-Vamos, Sacha, eres demasiado modesto. Me acuerdo de ti en el “ Matrimonio ”, de cómo estabas. Habías representado con tanto talento, que todo el público se retorcía de risa. Yo mismo estaba celoso de la tempestad de aplausos que el públi co te prodigó. Pero estabas tan cómico, que yo mismo, a pesar de mi mal humor, me reía a car cajadas. Ahora no se sabe ya representar con tanto fuego y tanto talento. Pero no has tenido suerte. Eso les pasa muchas veces a los hombres de talento

...

- Sí,

es

cierto -

convino Mijalenko,

halagado,
Sí

,

el

público me acogía bien.

Es

el

alma

lo

que
me ha perdido.

Sin eso

...

- El alma o

el

destino,

lomismo

da.

Yo

he

te
inido suerte y

he

conocido

la

gloria:

tú,

en

cam

bio,

a

pesar

de

tu

gran talento,

permaneciste

en
la

sombra.

Pero

el

resultado

es

el mismo:

los dos
hemos caído en

el

agujero,

en

el mismo cazamos

cas.

Somos hombres acabados.

- ¿Es

el

“ vodka ”

lo

que

le

ha

perdido a

usted,

Mercurio Ivanich -dijo!

con voz triste Mijalenko.
- Sin ese maldito “vodka ”

,
no

hubiera usted caído.

- No hablemos más

de

eso —

protestó Slavia

167

nov--, ¿ Qué importa la causa, puesto que el re sultado es éste? Mi caída es una tragedia. Míra me bien: yo estaba en la cúspide de la gloria, y

ahora

...

perezco

en

este rincón indecente y

hago
el

payaso

en

las tabernas por una copa

de

“ vod
ka ”

...

¡ Me da a

veces una vergüenza

demí mis

mo!

...

Esto

se

ha acabado.

En diciembre tendré sesenta y

cinco años,

isesenta y

cinco años!

Ya
es

algo.

A

esta edad,

no

se

puede esperar nada. iSesenta y

cinco años!

¡
Se

acabó,

sí

,

se

acabó!
De pronto

se

echó a

llorar;

los sollozos sacu

dían todo su cuerpo. -;Sesenta y

cinco años!

¡ Ya soy un viejo,
un patriarca,

y,

sin embargo

...,

no

tengo a

na
die

en

el

mundo

...

,
ni

familia,

ni

parientes,

ni
amigos

...

Sus nervios estaban cada vez más tensos.
Sollozaba con creciente desolación,

dándose pu
ñetazos

en

el

pecho y

sacudiendo

el

cuerpo sobre
la

cama,

como

un

hombre aquejado

de

insoporta
ble dolor de muelas.
- ¿Quieres que

te

lo

confiese?-decía.

Ahora
tengo los ideales

de

un sencillo burgués.

Daría
todo

lo

que me resta

de

vida por un poco

de

exis
tencia apacible,

serena,

tranquila.

A

veces,

cuan

do

paseo

de

noche por las calles,miro las venta
nas iluminadas,

y

al

ver las sencillas habitacio
nes arregladas,

con un samovar

en

lamesa y

una

lámpara pendiente del techo,

la

familia reunida
alrededor,

los viejos,

los jóvenes,

los niños,

me

dan ganas

de

llorar.

¡ Dios mío,

qué feliz sería

yo

168

en aquella mesa, rodeado de los míos, con la pipa en la boca, la sonrisa en los labios, oyendo el rui do de las conversaciones, de las risas

...

Pero no

hay sitio

en

aquella mesa para mí;

soy

el

viejo,
el

payaso,

de

quien nadie

se

acuerda.

Y

perma
nezco allí,

en

la

calle,

acurrucado

en

un

rincón,
temblando

de

frío,mirando por las ventanas ilu
minadas aquella felicidad familiar que

yo

no

he
conocido nunca

...

Por las obras que

yo

he

repre
sentado,

sé

que hay

en

el mundo mujeres dulces

y

piadosas,

fieles y

buenas,

verdaderas amigas. Pero,

dime,

Mijalenko,

¿dónde están esas muje

res?

¿Las hemos conocido nosotros?

Yo

he

co

nocido

el

amor

de

las mujeres,

pero

ha

sido una
caricatura del amor:

las aventuras galantes des pués

de

la

función,

los gabinetes reservados

de

los restaurantes

demoda.

Allí oía conmovedoras palabras

de

amor

...

tomadas

de

los fragmentos

teatrales,

que nos sabemos

de

corrido,

de

los pa
peles amorosos.

"

¡ Yo

te

amo con un amor sin

lí
mites;

tómame,

soy tuya toda!

”

¡ Cuántas actrices me han declarado eso con tono patético

en

los

ga
binetes reservados!

He tenido a

veces relaciones
más duraderas;

pero así y

todo,

eso

no

era nada,
nada

...

La vida vagabunda

de

una en otra ciudad,
los pequeños dramas y

las rencillas

de

bastido

res

...

Y

ahora,

cuando mi vida toca a

su

fin

,

no
tengo a

nadie

en

el mundo.

Nadie,

¿

lo

entiendes?
Mi alma está vacía,

y
un aburrimiento mortal

se
apodera

de

mí

y

me penetra hasta

lomás pro
fundo.

Mira,

a

veces

...

169

Slavianov se inclinó al oído de Mijalenko y su surró, con una voz llena de terror:

-A veces sueño que " alguien ” me persigue.
Corro de una habitación en otra, y ese " alguien ” corre detrás de mí sin cesar. Quiero cerrar la puerta con llave, pero no me da tiempo; además, las llaves están mohosas, mis manos no me obe decen, y " él ” se acerca. Sé muy bien que " él” me va a coger en seguida, pero sigo corriendo de una habitación en otra

...

-;

Sí

que

es

triste!-dijo suspirando Mijalen
ko—.

Debías cuidarte.

- ¡Lo peor

es

que me detesto amí mismo!
continuó Slavianov,. Todo mi ser me repugna!
Yo,

Slavianov -Raysky,

vivo como un mendigo,
alargando

la

mano,

¿comprendes esto?

Y

todos
nosotros somos así.

¡ Cadáveres con movimiento,

viejas reliquias

de

teatro!

...

¿

Yesto

es

la

vida?

...

Se cogió

el

cuello

de

la

camisa y

con un mo
vimiento nervioso,

lo

desgarró

de

arriba a

abajo.
Sus hombros temblaban y

los sollozos sacudían sul cuerpo.

Mijalenko tuvo miedo.
- ¡Vete,

te

lo

ruego!

¡ Acuéstate!

¡ Tengo mie
do,

ya

no

puedo más!

...

Llorando sin cesar,

Slavianov,

descalzo,

se

di

rigió a

su

cama y

se

echó

en

ella.

Estuvo mucho
tiempo llorando,

suspirando y

hablando consigo
mismo.

Lidin -Baydarov

no

podía dormir tampoco.

Las
migajas del pastel que acababa

de

comerse

lepi

170

caban; en su cerebro bullían pensamientos tristes, dolorosos recuerdos del pasado.
Stakanich se revolvía y suspiraba. Sufría mu
cho del reuma, sobre todo cuando hacía mal tiem
po. También él soñaba con el pasado, y mientras
rezaba y pensaba en su hijo, recordaba sin que
rerlo fragmentos de obras antiguas, olvidadas
desde hacía mucho tiempo por todo el mundo.
Solamente el “ Abuelo " no se movía. Estaba en
su lecho, con las manos.cruzadas sobre la colcha, los ojos inmóviles, fijos en lo lejano; su rostro te nía una expresión grave y meditativa; parecía
absorto en la contemplación de importantísimos
problemas. La débil luz rosa de la lamparilla, col gada junto al icono, iluminaba su rostro muerto. La noche era insoportablemente larga.
Poco antes del amanecer, Mijalenko, presa sú bitamente de un terror loco, se sentó en la cama y preguntó:

- ¿ Duermes, “ Abuelo ”.?
Pero el “Abuelo " no respondió. El salón esta ba sumido en un silencio torvo y amenazador.
Tras las ventanas agitábase el viento, sacudien
do de vez en cuando los cristales. La lluvia fina de otoño seguía cayendo.

UNA CONFUSION

-Seguro estoy - dijo Butinsky, médico psíquia
tra muy conocido en la ciudad — que nadie ha
festejado la Pascua de una manera tan original
como lo hizo uno de mis en fermos en 1896. No

tengo intención de contarles esta historia tragi
cómica: es preferible que la conozcan ustedes re
corriendo estas cuartillas. Están escritas por el
mismo protagonista de ella.
Al decir esto, el doctor abrió el cajón de su me sa que estaba lleno de manuscritos colocados por orden. Cada paquete llevaba un número y un nombre.

-Todos estos son manuscritos de mis desgra
ciados enfermos — dijo Butinsky, buscando en el
cajón—. He conseguido durante diez años reunir esta colección, en la que he puesto un gran cui dado. Algún día, quizá, leeremos juntos esos ma
nuscritos. Usted encontrará en ellos muchas co
sas conmovedoras, divertidas, hasta instructivas. Mientras llega ese momento, lea este manuscrito, si quiere.
El doctor me entregó un cuaderno, de regular
tamaño, escrito en una letra ancha, irregular. Y
he aquí lo que

leí

en

aquel cuaderno:

172
6
“ A su excelencia el señor doctor Butinsky, sub
director del Manicomio.

PETICION

" Señor subdirector: Encontrándome desde hace
más de dos años en su Manicomio, he intentado
en varias ocasiones poner fin al error funesto que

me ha conducido aquí, a pesar de mi estado psi
cológico completamente normal. Me he dirigido varias veces, de palabra y por escrito, al señor director, así como a los demás médicos. A usted también le he expuesto mi asunto, del que podrá acordarse, si quiere.
" Ahora me tomo la libertad de molestarle una

vez más, dirigiéndole este escrito. La simpatía
de su rostro, su buen corazón y su cortesía para
los enfermos, me inspiran completa confianza en usted, como hombre que puede interesarse por mi aciago destino

...

"

Le

suplico que lea atentamente esta carta
hasta

el

fin

,

aunque encuentre

en

ella algunas
faltas

de

ortografía o

algunas imperfecciones de estilo.

Comprenderá usted que

es

difícil conservar
la

serenidad

de

espíritu,

cuando

se

ha permane
cido durante más de dos años entre los locos,

no

oyendo más que sus desvaríos o

los gritos grose

ros

de

los guardianes.

He recibido instrucción universitaria;

pero,

a

pesar

de

ello,

no

siempre
estoy seguro

de

cómo

se

escribe tal o

cuál pa
labra.

173

>

" Le ruego que me conceda una atención bené
vola y " excepcional ”, y he aquí por qué insisto en ello: sé bien que todos los locos se inclinan
a creer que están encerrados en el Manicomio, no
porque hayan perdido la razón, sino por malévo
las intrigas de sus enemigos, y, finalmente, a cau sa de un funesto error. Bien sé que gustan de hablar del caso con los médicos, los guardianes, los visitantes y los compañeros. Por todo lo cual comprendo que tiene usted razones suficientes para desconfiar de las declaraciones del género de la que hago ahora. Esta desconfianza está muy

justificada. Lo único que le pido es que comprue
be usted los hechos que voy a tener el honor de referirle seguidamente.
” Lo que voy a contar sucedió el día 24 de di
ciembre de 1896. Yo estaba entonces empleado, como ingeniero, en la fábrica metalúrgica “He
rederos de Karl Wundt y C.a ”. Pero hacia la mi
tad de aquel mes de diciembre, tuve una gran
disputa con el director, a causa de la dureza con
que trataba a sus obreros; al hablarle me hallaba muy encolerizado, hasta el punto de que le insul té, y en seguida, sin esperar más, dejé yo mismo el servicio.
” Una vez sin empleo en la fábrica, decidí irme
a la ciudad de N

...

,

donde

se

encontraban mis

pa
dres,

para pasar con ellos las fiestas

de

Na
vidad.

"

El

tren que había tomado iba abarrotado

de
viajeros.

El

coche

en

que me acomodé

se

halla

174

ba, como todos, completamente lleno. Mi vecino
de la izquierda era un joven estudiante de la Academia de Artes. Frente a mí estaba sentado
un comerciante joven, que a cada parada del tren
bajaba a la cantina de la estación a beber ana copita de coñac. Entre paréntesis: este comercian te me dijo que tenía una carnicería en N., en la calle Baja. Me dijo también su nombre, pero no me acuerdo con precisión: era algo así como Ser diak, Sredniak, Serdolik

...

En

fin

,

un nombre com
binado con las letras s

,
r,

d

y

k.

Insisto en estos
detalles insignificantes,

porque

si

usted tuviera a
bien

ir

a

buscar a

este comerciante

en

N.

,
le

con

firmaría completamente

mi

relato.

Es

de

estatu
ra

regular,

ancho

de

hombros,

de

rostro colora
dote y

simpático,

un

poco grueso.Usa un peque ño

bigote y

lleva afeitada

la

barba.
" No había que pensar

en

dormir.

Nos pusimos

a

charlar para pasar

el

tiempo.

Bebimos también
un poco.

Hacia

lamedia noche,

estábamos cansa
dísimos,

pero

no

había sitio para echarnos.

De

pie,

en

los pasillos,

tratábamos,

bromeando,

de
encontrar un medio cualquiera

de

dormir un poco.
De pronto exclamó

el

estudiante:
-;Señores!

He encontrado un medio admira ble,

pero temo que

no

consientan ustedes

enapli
carlo.

Uno

de

nosotros debe hacerse

el

loco;

el
otro

se

estará junto a

él

,

y

el

tercero irá

en

busca
de

un jefe

de

tren y

le

dirá:

“ Señor,

venimos
acompañando a

un pariente nuestro que

no

está
su

cabales;

hasta este momento

ha

venido en

175

tranquilo, pero ahora empieza a manifestar cier ta nerviosidad; así, pues, por la seguridad de los demás viajeros, mejor sería aislarle. "
" Todos estuvimos de acuerdo en que este pro
yecto era muy sencillo y muy práctico, pero na die quiso aceptar el papel de loco. Entonces, el comerciante halló una solución que nos pareció muy buena.
" —; Echemos a suertes!—dijo.
" Yo era el de más edad y debía ser más pru
dente que ellos. Sin embargo, tomé parte en aquel estúpido juego. El comerciante hizo un nudo en
una punta de su pañuelo, escondió las cuatro pun
tas en el puño y procedimos a tirar. Y, natural
mente, fuí yo el que sacó el nudo.
" La comedia con el jefe de tren salió muy bien.
Inmediatamente nos acomodó en un departamento aislado.
" A veces, cuando el tren se detenía en una es

tación, nuevos viajeros buscaban asiento apresu radamente, e insistían con el conductor para que les abriera la puerta de nuestro departamento. “Ahí hay dos sitios - decían—. ¡Abra usted en se guida!” “Perdonen ustedes —respondía el conduc tor bajando la voz—, pero no estarían ustedes bien ahí

...

Va un enfermo

...

un loco

...

Los viajeros
no insistían y

se

alejaban precipitadamente

de
nuestro departamento.
" Nuestro plan

se

realizó muy bien y

estábamos
muy contentos.

Después

de

habernos reído mucho de

laaventura,

nos tendimos

en

los bancos,

y

a

los

6

176

pocos momentos dormíamos los tres. Yo dormía
mal, con un sueño inquieto, como si presintiese alguna desgracia. Hasta tenía pesadillas, y a veces daba un salto, asustado de mis propios gritos.
"Cuando me desperté definitivamente, eran ya las diez. Mis compañeros de viaje no estaban en
el coche, habían bajado del tren en una estación
a las seis de la mañana. Pero en cambio, hallá base sentado frente a mí un mozo muy robusto y muy alto, con una gorra de empleado ferroviario. Me miraba fijamente. Yo puse un poco en orden mi tocado, cogí una tohalla de la maleta y quise salir al tocador para lavarme. Pero apenas me hube acercado a la puerta, mi desconocido com pañero se levantó bruscamente, me cogió con fuer
za entre sus brazos y con gran violencia me arro

jó en el banco. Furioso por aquella insolencia, ha
cía yo esfuerzos sobrehumanos por desprenderme
de él y asestarle algunos golpes, pero no me po
día mover: las manos de aquel mocetón me apre taban como un torno.

— ¿ Qué quiere usted de mí?

-grité sofocán
dome bajo el peso de su cuerpo, ¡Vayase usted! ¡Déjeme en paz!
" En el primer momento, llegué a tener la idea
de que me las había con un loco. El mocetón, ex citado por la lucha, me apretaba cada vez más fuerte, y repetía, con una alegría salvaje:
"

--j Espera, pequeño! Pronto te atarán a una
cadena

...

Entonces sabrás

lo

que tienes que hacer

...

"

177

"Empecé a comprender la terrible verdad. Cuan do mi verdugo se calmó un poco le dije: "-Bien, me comprometo a no moverme. ¡Suél

teme usted!...

" Comprendí perfectamente que ninguna expli
cación serviría

de

nada con aquel bruto.

No ha
bía más sino tener un poco

de

encia.

Aquel
enojoso error

se

disiparía pronto,

sin duda.

" Al principio,

mi verdugo

no

hizo

el

menor
caso

demi promesa

de

estarme quieto,

y

conti
nuaba apretándome entre

su

terribles brazos; pero después,

viendo que

yo

no

me movía,

me

soltó y

se

sentó frente amí

en

el

otro banco.

Sus

ojos me seguían continuamente,

como los

de

un

gato que vigila

el menor movimiento

de

la

rata;
cuantas preguntas

le

hacía quedaban sin res puesta.

"

El

tren

se

detuvo

en

una estación.

Oí

en

el

pa
sillo

de

nuestro coche una voz que preguntaba:
" -¿Está ahí

el

enfermo?

" Otra voz respondió:

" -Sí,

señor jefe.

”

Se

abrió

la

puerta,

y

una cabeza asomó tími

damente,

cubierta con una gorra encarnada

de
jefe

de

estación.

Esperando que me sacara

de
aquella situación terrible,

salté

de

mi

sitio y

ex

clamé con voz suplicante:

-

Señor jefe

de

la

estación,

en

nombre

de
Dios!

...

” Pero apenas había pronunciado estas palabras,
el

jefe,

asustado,

desapareció.

La puerta

de

nues

» EL Dios 12

178

tro departamento se volvió a cerrar

...

De nuevo
me

ví

derribado en

el

banco entre los brazos de hierro mi implacable verdugo.
" Por fin

el

tren

se

detuvo

en

laestación

de

N

....
Transcurridos diez minutos,

vinieron

enmi busca
tres empleados.

Dos

de

ellos me cogieron muy fuertemente por las manos;

el

tercero ymi ver
dugo me sujetaban por

el

cuello

de

mi

abrigo.
" Me hicieron salir del coche.

La primera per

sona a

quien

vi

en

el

andén fué un coronel de gendarmes,

de

magníficos bigotes y

bellos ojos

azules,

del mismo color

de

su

quepis.

Dirigiéndo
me a

él

,

exclamé:

"

-

; Señor coronel,

sírvase usted escucharme!

Se

lo

suplico!
" Hizo señal amis conductores

de

que

se

detu
vieran,

se

acercó amí yme preguntó con una voz
muy cortés,

casi acariciadora:

" -¿En qué

le

puedo ser útil?
" Yo notaba bien que hacía esfuerzos para con

servar

su

sangre fría;

pero las miradas inquie
tantes que lanzaba sobre

mí

,

así como

la

expre
sión

de

angustia extremada que

se

leía

en

su

ros
tro,

testimoniaban claramente que yo

le

inspira
ba

miedo.

Comprendí que me debía contener y hablar

lo

más tranquilamente posible;

de

otro
modo,

también

él me tomaría por loco.

Y

le

con

té,

con voz serena y

reservada,

sin apresurarme, todo

lo

que había pasado.

"

¿Me creyó o

no

?

En ciertos momentos me es cuchaba con una compasión muy viva,

pero otras

179

veces leía yo en su rostro la duda, como cuando se oye la charla de los niños o de los locos.
" Cuando terminé, me dijo, evitando mirarme
directamente a los ojos, pero con mucha cortesía y dulzura:

“_Verá usted

...

Naturalmente,

yo

no

dudo;

pe
ro

...

hemos recibido telegramas

...

Y,

por otra par
te,

sus camaradas

de

usted

...

Yo estoy seguro de
que usted está completamente normal,

pero

...

en

ese caso,

nada pierde usted con hablar unos diez minutos con

el médico.

Se

convencerá inmediata
mente

de

que sus facultades mentales

se

encuen

tran

en

un estado perfecto,

y

recobrará usted

su
libertad.

Como usted comprenderá,

eso no

es

de
mi incumbencia

...

Yo no estoy autorizado para tomar decisiones.

"

Fué tan amable,

que despidió a

tres

de

mis
conductores,

dejando tan sólo conmigo a

uno,

des
pués

de

hacerme jurar por mi honor que

no

es
candalizaría

ni

intentaría fugarme.
" Pronto llegamos

mi

guardián y

yo

al

hospi
tal.Era,

precisamente,

lahora

de

visita y

la

espe

ra

no

fué larga.

Alos pocos minutos apareció

el
médico director,

acompañado

de

algunos otros mé
dicos,

de

unos veinte estudiantes y

enfermeros.

"

El

director

se

acercó amí yme miró fijamen
te,

con una larga mirada escrutadora.

- Aquí

no
tiene usted enemigos ynadie

lehará ningún daño. Sus enemigos

se

han quedado

en

otra población y
no

se

atreverían a

venir aquí

...

Mire usted,

a

su
alrededor

no

hay más que buena gente;

algunos

>

180

le conocen y se interesan vivamente por usted.
Yo, por ejemplo

...

¿No

se

acuerda usted

demí?
" Me tomaba

de

antemano por loco.Yo tuve de

seos '

de

decirle que

se

engañaba cruelmente,

pero

no

lo

hice;

comprendí bien que cada una

demis

frases,

un

poco vivas,

serían consideradas como una prueba irrefutable

de

locura.

Ypreferí guar
dar silencio.
" Luego

el

director me preguntó mi nombre y apellido,

edad,

profesión,

nombres

demis padres,
etcétera.

A

todas estas preguntas

di

respuestas
breves y

precisas.
” —¿Hace mucho tiempo que

se

siente usted en
fermo?-me preguntó

de

pronto.
" Respondí que

nome sentía enfermo y

que go
zaba de una excelente salud.
" —Sí,

naturalmente dijo

él —

No hablo de
ninguna enfermedad grave,

sino

...

Dígame,

¿ hace
mucho tiempo que sufre usted dolores

de

cabeza,
insomnios?

¿No tiene usted alucinaciones?

¿Vér
tigos?

¿Estremecimientos nerviosos?

" --Al contrario,

señor doctor,

no

sé

lo

que

es
tener un dolor

de

cabeza,

y

duermo siempre ad
mirablemente.

Unicamente

la

noche última dormí

"

.

muy mal. _- "Eso

ya

lo

sabemos -

dijo tranquilamente

el
director-.

Ahora,

¿

no

podría usted contarme de
talladamente

lo

que hizo desde que sus compañe

ros

de

viaje,

habiendo perdido

el

tren

en

la

esta

ción

de

Kriovoretchi,

le

dejaron sólo

en

el

coche?

¿Por qué atacó usted

al

conductor?

¿

Y

por qué

181

amenazó al jefe de la estación con aplastarle cuan do quiso entrar en su departamento?
" Repetí entonces una vez más todo lo que
había expuesto yo al coronel de gendarmes. Pero
mi relato no fué tan lógico y ordenado como la
primera vez: estaba molesto por la atención im
pertinente de los que me rodeaban. Por otra par
te, me irritaba el deseo del director de hacerme pasar por loco a toda costa. En medio de mi re lato, el director se volvió a los estudiantes y les dijo:
” —Llamo su atención, señores, sobre el hecho
de que la vida, a veces, es más fantástica que la fantasía de un poeta. Si hubieran leído ustedes esto en la literatura, hubieran dicho que el autor disparataba. ¡Es muy fantástico!
” Naturalmente, comprendí bien su ironía. Me
puse encarnado de vergüenza y de cólera, pero no dije nada.
" _Continúe usted, se lo ruego. Le escucho —dijo
el director con voz amable.
" Continué mi relato. De repente me hizo una
pequeña pregunta inesperada.
"

- Dígame, ¿ en qué mes estamos?
” —En el mes de diciembre - respondí, tras una
corta vacilación, sorprendido por aquella pregunta.
" —¿Y cuál era el mes precedente?
»--El de noviembre.
"-¿Y antes de noviembre?
" He de confesar que los últimos cuatro meses
del año que terminan en " bre" los he confundido

»

182

un poco. Y esta vez tuve un momento de vacila
ción para acordarme de qué mes precedía a no
viembre.

" -Sí, sí

...

no recuerda usted bien

el

orden

de

los meses -

dijo

el

director negligentemente,

co

mo

de

pasada,

dirigiéndose más bien a

los estu
diantes que amín Esto ocurre con frecuencia
cuando

el

sistema nervioso está un poco trastor
nado

...

Bien,

continúe usted

...

Le escucho

...

"

Lacólera me ahogaba y

no

podía conservar

ya
mi sangre fría.

Lo confieso,

aquello fué

en

extre
mo imprudente.

Quizá aquel acceso

de

cólera me
iba a

perder para toda

la

vida,

pero

la

insolencia
del director me puso fuera

de

mí

,

y

le

grité con
furia:
—

"

;

Idiota!

¡ Imbécil!

¡ Está usted más loco
que yo!

"
"

Le

repito que esto fué bestial,un verdadero
acto

de

locura por parte mía,

pero,

isi usted hu
biera visto cómo me trataba!
" Hizo una señal con los ojos.

Inmediatamente
los enfermeros

se

arrojaron sobre mí por todas
partes.

Excitado por una cólera terrible,

golpeé

a

uno

de

ellos.

Me tiraron

al

suelo yme ataron.

"

- Esto

se

llama

en

patología “

raptus ”

,

un

im
pulso inesperado ymuy violento - oí

decir con voz

tranquila

al

director,

en

el

momento

en

que los
enfermeros me sacaban de

la

sala

...

"

Le

suplico,

señor subdirector,

que compruebe
todo

lo

que acabo

de

escribir.

Si

obtuviera usted

183

la prueba de que todo ello es verdad, no hay más
que una sola conclusión que sacar: que soy vícti
ma de un terrible error. Y en este caso le ruego, le suplico, que me devuelva la libertad lo más pronto posible. Mi vida aquí se hace cada vez más insoportable. Los vigilantes, por orden del direc
tor - que, como usted sabe bien, es un espía ale
mán-, ponen todos los días estricnina y otros ve
nenos en el alimento de los enfermos. Estos bru
tos son extremadamente crueles; anteayer me
atormentaron poniéndome sobre el vientre y so bre el pecho hierros candentes

...

En cuanto a

las
ratas,

estoy más que seguro

de

que son igual
mente

...

”
*

*

*

-
¿Qué

es

esto,

doctor?—pregunté,

devolvién
dole

el manuscrito-- ¿Esto

es

una mixtificación? ¿La charla

de

un

loco?

¿

Se

han comprobado los hechos expuestos por

el

autor

de

este manus
crito?
Una sonrisa amarga

se

dibujó

en

los labios del

doctor Butinsky.
- Efectivamente,

fué víctima

de

un error —dijo
guardando

el manuscrito

en

el

cajón

,. He encon
trado

al

comerciante indicado por

el

pobre hom
bre.

Su

nombre

es

Sviridenko,

esto

es

,

que está
combinado,

en

realidad,

con las letras s

,
r,

d

y

k.

Me confirmó todo

lo

que acaba usted

de

leer.

Aún
me dijo más:

en

la

estación donde bajaron

él

y

el

estudiante

de

la

Academia

deArtes,

por última

184

vez, dejando al pretendido loco sólo en el depar tamento, abusaron un poco del rom y decidieron continuar la comedia; habiendo perdido el tren, telegrafiaron inmediatamente a la estación si guiente: “Hemos perdido tren; quedamos Kivo retchky. Vigilad enfermo. "
Butinsky encendió un cigarro, y tras una breve pausa continuó:
-- Naturalmente, esta broma fué harto pesada.
Pero ¿ sabe usted quién perdió completamente a
ese pobre hombre? El director de la fábrica " He rederos de Karl Wundt y C.a ”. Cuando se le pre guntó si había notado alguna vez algo anormal
en la conducta de su antiguo ingeniero, respondió
sin la menor vacilación, de modo afirmativo: “ Sí, le consideré siempre como un anormal. Sobre todo
en los últimos tiempos, daba pruebas irrefutables
de locura. ” Creo que el director quiso, sencilla
mente, vengarse de su antiguo empleado.
- Pero, siendo así - exclamó muy emocionado;
si usted sabe todo eso, ¿ por qué retener aquí a
ese pobre desgraciado? ¡ Libértele usted, y si no
puede hacerlo por sí mismo, haga lo posible por poner

fin

a

esta injusticia indignante!
El

doctor

se

encogió

de

hombros.

-¿No ha leído usted las últimas líneas

de

su
manuscrito?

El

régimen estúpido

de

nuestra clí
nica ha hecho

lo

suyo:

hace un año que ese hom bre está reconocido como incurable.

Primero,

fué
lamanía persecutoria

...

ahora,

ha caído

en

el

cré
tinismo.

UNA SUMARIA

El teniente Kozlovsky, sentado ante la mesa, dibujaba sobre el hule blanco un fino perfil de mujer, con peinado alto y cuello a'lo María Es tuardo.

Por orden de su jefe, que se hallaba delante de él debía proceder inmediatamente a abrir una sumaria sobre el robo de un par de botas y trein ta y siete “ copecs ”, cometido por el soldado tár
taro Muhamed Baygusin. Las botas y los treinta
y siete “ copecs ” habían sido robados de una ma leta cerrada con llave, perteneciente al joven sol dado Benedicto Esipaka.
En la cocina esperaban los testigos: el suboficial Ostapchuk, el sargento Piskun y el soldado Ku cherbayer, que conocía la lengua tártara y había sido llamado como intérprete. Fueron introduci dos, uno por uno, ante el teniente Kozlovsky.
El primero que entró fué el suboficial Taras Ostapchuk. Anunció cortésmente su llegada to siendo y tapándose la boca con el quepis. Era un especialista en las Ordenanzas Militares, y como tal, gozaba de gran prestigio, aun entre los ofi ciales. Manifestaba siempre una actividad febril la víspera de las grandes paradas y sabía arre

186

glar las cosas en tal forma, que los jefes queda ban encantados. El capitán que mandaba la com pañía le apreciaba mucho, y tenía puesta en el
una confianza ilimitada en todo lo referente al or
den de la compañía.
Ostapchuk era de pequeña estatura, pero muy
fuerte, bien formado, de rostro cuadrado y rojo, ojos pequeños y penetrantes. Estaba casado. Por la noche, cuando había terminado su faena, se vestía una ropa de casa y tomaba te con leche y pan blanco. Le gustaba hablar, con las personas
instruídas, de política y de otras materias eleva
das; conversaba con los intelectuales que había
entre los soldados.
- Cómo te llamas?

- preguntó con voz indeci
sa Kozlovsky.
Hacía un año que el teniente estaba en el regi miento, y le costaba trabajo tener que tutear a
un personaje tan importante como Ostapchuk, que
ostentaba en el pecho una gran medalla de plata, y en la manga, bordados en oro, los galones de
su grado.
El suboficial comprendió el estado de ánimo del joven teniente y esto le halagó. Contestó a sus preguntas con una respuesta clara y detallada.

- Bien, cuéntame todo lo que sepas sobre ese
estúpido robo. A lo que parece, ese Baygusin ha robado un par de botas.
Ostapchuk le escuchaba con una atención exa
gerada, alargando el cuello. Luego empezó su de
claración.

187

-Verá usted, mi teniente

...

Estaba

yo

ocupado,
precisamente,

en

distribuir las faenas y

los pues
tos

de

los soldados.

De pronto

se

acerca a mí

el
sargento Piskun,

yme comunica que a

un solda
do

le

han robado un par

de

botas y

treinta y

siete
" copecs ”

de

plata.

“

¿No estaba

sumaleta cerrada
con llave?

” —le pregunté-,

“ Claro que

sí

- me res

pondió—;

lamaleta estaba bien cerrada,

pero

el
ladrón

hahecho saltar

lacerradura.”

“

;Cómo -ex!
clamé- ¿Ha hecho saltar

la

cerradura?

¡ Eso

es
muy grave!

”

Inmediatamente fuí a

ver

al

capitán
para comunicarle

la

noticia.

Naturalmente,

el

ca

pitán

se

enfadó mucho,

aunque,

como usted com prende

...

- ¿Es eso todo

lo

que sabes?

-Sí,mi teniente.
-Y ese soldado

...

el

ladrón

...

Baygusin o

como

se

llame,

¿era

un

buen soldado?

¿ No había he
cho nada malo hasta

el

presente?
Ostapchuk hizo un movimiento con

el

cuello,

co
mo

si

lemolestara

la

guerrera.

- El año pasado,

Baygusin huyó y

estuvo es
condido tres semanas.

¡ Esos tártaros no valen
gran cosa,

mi teniente!

No saben rezar a

Dios
como nosotros,

los cristianos

...

Dicen sus oracio
nes mirando a

la

luna

...

Ni

siquiera comprenden
nuestra lengua

...

Me han dicho que los han arro jado

de

todas partes,

y

que sólo

en

nuestro im
perio quedan todavía unos pocos

...

Ostapchuk

no

quería dejar pasar una ocasión de

hablar como hombre instruído.

Kozlovsky

le

188

oía en silencio, mientras seguía dibujando sobre
el hule la cabeza de mujer a lo María Estuardo, Por su falta de experiencia, no podía encontrar el tono firme e imperioso que era necesario para contener la elocuencia del suboficial. Por decir algo, preguntó:
- ¿Y qué se va a hacer ahora de Baygusin?
Ambos comprendieron la inutilidad de aquella
pregunta. Sin embargo, Ostapchuk respondió con
un placer visible:
-Creo, mi teniente, que será apaleado

...

Goza
de

mala fama desde

su

evasión del año pasado. Sí

,

ahora

no

se

irá

de

vacío

...

Sin duda será apa
leado.

Kozlovsky leyó

ladeclaración del suboficial.Este aprobó con

la

cabeza y

cogió

la

pluma para fir
mar.

Después

de

poner

su

grado y

su

nombre,
quedó muy contento,

y

su

rostro irradiaba satis facción.

Luego fué introducido

el

sargento Piskun.

Los
jefes

le

inspiraban un miedo terrible.

Cuando

le
preguntaban algo,

respondía

en

tono oficial,

co

mo quien lee una comunicación.
- ¿Sabes -le

preguntó Kozlovsky -

quién ha
robado las botas del soldado Esipaka?

-

No,

mi

teniente!-gritó,más bien que dijo,
Piskun,mirando a

Kozlovsky con ojos

de

espanto.

-¿Quizás sea Baygusin?
-Sí,mi teniente!
- Pero ¿no has visto

tú

cómo

se

ha cometido

el
cobo?

-

189

-- ;No, mi teniente!
- Pero entonces

...

En

fin

,

¿

qué

es

lo

que sabes
de este asunto?

-

Verá usted,

mi teniente!

Cuando todos los soldados

se

fueron a

comer,

el

soldado Baygusin se

quedó

en

el

dormitorio buscando algo.

Cuando
le

pregunté qué hacía allí,me respondió que bus caba su pan.
- Entonces,

¿

tú

no

has visto con tus propios
ojos cómo

se

cometió

el

robo?

-

No,mi teniente!

- i Había alguien más

en

el

dormitorio?

- No

lo

sé,mi teniente.
-¿Quizás

no

haya sido Baygusin

el

que ha co
metido

el

robo?

-Quizás,mi teniente.
Con éste

no

tenía Kozlovsky por qué guardar
miramientos.

-
Qué bestia eres!-le dijo.
Después

le

leyó

su

declaración.

El

sargento

la
escuchó con aire asustado,

como

si

fuera

su

sen

tencia de muerte.

-

; Firma ahora! El

sargento,

después

de

largos preparativos, sudando y

soplando,

sacando

la

lengua,

puso

en
el

papel una serie

de

jeroglíficos que,

en

suma,

debían constituir su nombre. Ahora comprendió Kozlovsky que

la

acusación
estaba basada

en

la

declaración del sargento Pis kun,

la

cual era muy vaga y

vacilante.

El

hecho
de

que

se

hubiera visto a

Baygusin rondar sólo

190

>

por el dormitorio no podía verdaderamente consi derarse como prueba del robo. En cuanto al jo ven soldado Esipaka, víctima del robo, estaba en
fermo y se encontraba en el hospital.
Finalmente fueron introducidos el presunto la drón y el intérprete. Ambos entraron tímidamen
te, con una prudencia exagerada, y se detuvieron
cerca de la puerta. Kozlovsky les ordenó que se acercaran. Anduvieron dos o tres pasos.
- ¿Vuestros nombres?

- preguntó el oficial.
El intérprete, con voz alta y viva, dió su nom
bre, un nombre larguísimo, lleno de sílabas, como
" ogli ", " guirrey " y "mioza ".
Baygusin guardaba silencio y, con la cabeza
baja, contemplaba el suelo.

- No entiende el ruso_dijo Kozlovsky, Ex
plícale la pregunta.
El intérprete se volvió hacia Baygusin y le dijo
algo en tártaro, muy animadamente. Baygusin al zó los ojos hacia él y le miró con tristeza y re signación, como los monos pequeños miran a sus amos. Después de reflexionar un instante. pronun ció con tono indiferente;

- Muhamed Baygusin.
-Ya está, mi teniente: Muhamed Baygusin creyóse obligado a confirmar el intérprete.
- Pregúntale si ha " cogido ” él las botas al sol
dado Esipaka.
El joven oficial no tuvo valor para pronunciar
la palabra “ robar ”, como demasiado insultante
para Baygusin.

191

-

-

El intérprete se volvió de nuevo hacia el sol dado y se puso a hablarle con cierta severidad,
mirándole fijamente a los ojos. Baygusin los alzó,
pero no respondió. Todas las preguntas que le ha cía el intérprete eran vanas.
-- No quiero decir nada - informó Kucherbayer.
El oficial se levantó, dió algunos paseos por la
habitación y preguntó:
— ¿No comprende el ruso? ¿ Nada?

-Sí, mi teniente, lo comprende. Hasta sabe ha blarle. “!Eh, Jarandasch! ¡Korali minga!” (1)— dijo de pronto el intérprete, dirigiéndose, en buen tártaro, a Baygusin. Pero el otro seguía guardan do el más absoluto silencio, mirando con sus pe queños ojos de mono.
- No, mi teniente, no quiere hablar!
Se restableció el silencio. Kozlovsky

dió

algu

nos paseos por

la

habitación,

y

de

repente,

diri
giéndose

al

intérprete,

le

gritó:

-

;Vete!

¡ No

te

necesito!
El

otro obedeció.

Sólo

ya

con

el

tártaro,

Koz
lovsky,

sin dejar

de

pasear por

la

habitación,

se
puso ameditar.

Al

pasar por delante del solda
do

lemiraba a

hurtadillas,

como

si

quisiese estu
diarle.

Este defensor

de

la

patria era pequeño y

flaco como

unmuchacho

de

doce años.

Su

rostro
infantil,moreno,

de

pómulos salientes,

sin barba
ni

bigote,

producía

un

efecto pintoresco,

bajo

su
gris capote militar,

desmesuradamente ancho y

con mangas demasiado largas,

que

le

bajaban has

(

1

)
i Amigo mío,

mírame bien!

192

ta las rodillas. El soldadito estaba como perdido
en aquel capote. Diríase que había pertenecido a
su padre o a otra persona mayor. Kozlovsky no
podía verle los ojos fijos en el suelo.
-- ¿Por qué no quieres responder? —preguntó,
deteniéndose ante Baygusin.

El tártaro seguía sin contestar.
- ¡Vamos a ver! ¿ Por qué no dices nada? Se
afirma que tú has cogido un par de botas

...

Qui
zás

no

sea verdad,

¿

di

?

Tú

no

las has cogido,

¿

no
es

eso?

¡ Vamos,

responde!
El

otro guardaba silencio.

Kozlovsky siguió

pa
seando.
La noche

de

otoño entraba por las ventanas,
llenando

de

oscuridad

la

pequeña habitación.

Todo

se

iba haciendo más sombrío y

gris.Los rincones,

envueltos

ya

en

tinieblas,

no

se

veían,

Kozlovs
ky distinguía apenas

la

cara inmóvil y

triste del
soldadito.

Comprendía muy bien que esta situa
ción podía prolongarse indefinidamente hasta

el

día siguiente,

y

el

soldado

se

estaría

en

su

pues
to,

sin moverse y

sin pronunciar una sola pala
bra.

Este pensamiento

le

impacientaba,

aumen
tando

su

nerviosidad.
El

viejo reloj dió con voz monótona un número infinito de horas.
Kozlovsky sentía una gran lástima

de

aquel ni
ño,

vestido con

el

ancho capote militar.

Sin darse
cuenta,

estaba algo avergonzado,

como sintiéndo
se

culpable

de

que Baygusin fuera desgraciado, inculto y

salvaje.

Pensaba con amargura que

él

193

mismo, Kozlovsky, visitaba a gente distinguida, bailaba muy bien, leía periódicos y revistas y es
taba en relaciones íntimas con una mujer hermo
sa, mientras que aquel pobre infeliz de Baygusin
llevaba una vida miserable y llena de privaciones,
no sabía leer ni escribir, vivía como una fiera en
jaulada. Estas reflexiones llenaron su alma de
tristeza.

Las tinieblas se hicieron más intensas, Koz lovsky casi no veía ya la figura del tártaro. En las paredes y en el techo jugueteaban de vez en cuando los rayos tímidos de la luna en cuarto creciente.

-; Oye, Baygusin!

-dijo el oficial en tono amis
toso y sincero— Dios es el mismo en todos los pueblos. Entre vosotros se llama Alá, ¿ no es ver dad? Pero esto no tiene importancia, Dios vela

por todos nosotros, por los rusos como por los tár taros. Ahora bien, hay que decir la verdad, ¿ eh? Si la ocultas, tarde o temprano ha de saberse, y
en ese caso será peor para ti. Te aconsejo que
confieses; el castigo quizás no sea tan severo. Además, yo mismo voy a solicitar que no se te castigue con demasiado rigor. Te doy mi palabra
de honor, ¿ comprendes? En nombre de tu Alá,
te ruego que digas la verdad

...

Baygusin siguió mudo.

No

se

oía más que

el

tic -tac del viejo reloj.
- Pues bien,

Baygusin -

volvió a

decir después
de

un pausa bastante larga

el

oficial,

Te

lo

rue
go,

no

como

tu

jefe,

sino como hombre

...

Es por
EL Dios 13

194

>

tu propio interés, ¿ comprendes?

...

¿Tienes pa
dres?

...

¿Un padre?

...

¿Una madre?

...

Sin haber obtenido respuesta,

Kozlovsky dió

al
gunos paseos por

la

habitación;

después

se

acer

có

a

laventana y

penetró con

lamirada

en

las

ti
nieblas frías de

la

noche.
De pronto

se

estremeció;

había oído

la

voz sor

da

y

casi infantil del tártaro. --Sí,

tengo una madre

...

El

oficial

se

volvió rápido.

Precisamente,

al mi

rar por

laventana,

pensaba

él

también

en

suma
dre,

en

la

viejecita querida,

de

la

que

le

separaba
una distancia

de

quinientos kilómetros.

Se

acorda

bamuy amenudo

de

ella

en

aquel país donde

no
tenía amigos,

donde

se

hablaba mal

en

ruso y

se
vivía como entre salvajes.

Las cartas

de

lamadre,
llenas

de

ternura,

enlas que

lavieja pedía para

su
hijito

la

protección

de

laReina

de

los Cielos,

eran

tan emocionantes,

que cuando Kozlovsky las leía se

le

llenaban sin querer los ojos

de

lágrimas ar
dientes.
Las palabras del tártaro hicieron vibrar una cuerda misteriosa

en

el

corazón

deKozlovsky.

En

tre

él

y

el

soldadito

se

estableció un lazo tierno

e

invisible.
Kozlovsky

se

acercó

al

tártaro con paso resuel to

y

le

puso las manos sobre los hombros. —;Oyeme,

querido!

Dime toda

la

verdad.

¿Has
sido

tú,

sí

o

no,

el

que

ha

robado las botas?

Baygusin lanzó un largo suspiro y

respondió,

como

un

eco

de

las últimas palabras

:.

195

- Robado las botas.

- ¿Y has robado también treinta y siete “ co
pecs ”?
-También treinta y siete “ copecs ”.
Kozlovsky reanudó sus paseos. Estaba de muy
mal humor. Lamentaba amargamente haber ha
blado a Baygusin de su madre y haber provocado así esa confesión. Antes de aquella confesión, no existía ninguna prueba decisiva del robo cometi
do. El sargento Piskun, el único testigo impor
tante, no se atrevía a afirmar que Baygusin fue
ra el ladrón. Así, pues, aquel desgraciado tárta
ro podría haber salido del asunto con facilidad, en vista de la falta de pruebas concluyentes. Aho ra, gracias al interés del oficial instructor, aca baba de declarar la verdad. Por lo tanto, estaba
perdido: su confesión tenía que ser escrita debi
damente y, de ese modo, se convertiría en docu mento oficial.
" ¿ Es absolutamente necesario escribir esa con
fesión?-reflexionaba Kozlovsky- Desde el pun
to de vista de la disciplina, es mi deber; pero desde el punto de vista humanitario, sería una mala acción. Como reincidente, Baygusin tendrá que recibir, sin duda, un castigo corporal, y será
por mi culpa, por la confesión que le he arran
cado hablándole de su madre. Por otra parte, no puedo pasar en silencio su confesión, tanto menos cuanto que tiene que ser interrogado por el ca pitán y el coronel

...

¿Por qué diablos

le

habré
preguntado

si

tenía madre?

¡ Qué desgracia!

”

...

196

Kozlovsky despidió a Baygusin, diciéndole que volviera al día siguiente. Esperaba haber encon trado para entonces una solución cualquiera. Lo mejor sería contárselo todo a algún oficial simpá
tico y solicitar su ayuda en aquel asunto deli
cado.

Y al meterse, horas después, en la cama, Koz lovsky preguntó a su ordenanza qué castigo ten dría que sufrir el tártaro, a juicio suyo.
- Por supuesto, será apaleado!

- respondió el
otro con profunda convicción, y eso será muy justo, porque no está bien de robarle a un pobre
soldado sus únicas botas

...

*

*

*

Hacía una mañana clara y

fresca

de

otoño.

La
hierba,

latierra,

los tejados

de

las casas,

todo es
taba cubierto

de

un rocío blancuzco.

Los árboles
parecían llenos

de

polvo blanco.
El

ancho patio del cuartel,

rodeado por los cua tro costados

de

largas edificaciones

de

madera,
parecía

un

hormiguero humano.

Veíanse por to
das partes capotes grises

de

soldados.

En

el

pri
mer momento,

podría creerse que reinaba algún
desorden

en

aquella muchedumbre;

pero pronto
se

dividieron los soldados en cuatro filas regula

res,

formando

un

ancho cuadro.

Los rezagados
corrían apresuradamente a

sus puestos,

ciñéndo
se

los capotes.
Las cuatro compañías del regimiento avanza

197

ron y el cuadro se estrechó. Sólo quedaba entre aquellos cuatro muros humanos una a modo de plazuela, de cuarenta pasos de longitud y otros
cuarenta de anchura.
Un poco separado del cuadro, rodeando al co mandante del batallón, se hallaba un pequeño

grupo de oficiales. Hablaban del soldado Baygu sin

,

en

quien

en

aquel instante iba a

ejecutarse
la

sentencia del Tribunal del regimiento.

El

que
más hablaba

de

todos era

un

oficial muy grueso,
de

faz rojiza que vestía un abrigo muy corto,

con
el

cuello

de

piel.

Los demás oficiales

no

le

que
rían y

evitaban

su

trato,

porque tenía muy mala
lengua y

estaba siempre dispuesto a

dar escán
dalos.

-Ahora

ya

no

se

sabe sacudir con

el

vergajo

como

es

debido -

decía con

su

gruesa voz,

gesti
culando mucho— No ocurría así

en

la

Escuela
Militar,

hace unos veinte años

...

Yo no olvidaré

jamás aquello

...

Todos los sábados eran apa
leados los cadetes,

culpables 0

no,

sin dis
tinción.

¿Exigíalo por decirlo así,

la

regla

de

la
casa!

...

- i Baygusin pescará algo!-dijo

el

comandan
te

del batallón.

Alos soldados

no

les gustan los
ladrones.

Poco después,

un

ordenanza

se

acercó

al

co
mandante y,

habiéndole rendido los honores mili tares reglamentarios,

anunció:

- ¡Mi comandante,

ya traen

al

tártaro!
Todo

el mundo volvió

la

cabeza.

El cuadro vivo

198

se movió un poco. Los oficiales se dirigieron ha
cia sus compañías respectivas, abrochándose los
guantes.
En medio de un silencio general se oyeron dis
tintamente los pasos pesados de tres hombres.
Era el tártaro Baygusin, que se acercaba acom pañado de dos soldados. Llevaba el mismo capote ancho y largo, cuyas mangas le bajaban hasta las rodillas. La gorra, también demasiado grande, le cubría la cabeza hasta las orejas. Aquel diminuto
criminal, tan decaído, producía una dolorosa im
presión en medio de los cuatrocientos soldados y sus oficiales.

Kozlovsky experimentó un sentimiento de ver güenza y de malestar, al verle en aquel cuadro severo. A pesar de sus esfuerzos, no pudo hacer nada por salvarle. Se había dirigido, al día si guiente de la confesión de Baygusin, al capitán que manda la compañía; pero sufrió, al dar este paso, un completo desengaño. El capitán, después
de oír a Kozlovsky, se sorprendió primero, y des
pués se echó a reir a carcajadas. Kozlovsky se culpaba a sí mismo de haber hecho traición al pobre tártaro, de haberle arrancado la confesión
con una provocación hábil.
Oía con odio y repugnancia la charla del oficial gordo, de cara roja, que gustaba de antemano el placer mórbido de ver apalear a Baygusin. Sen tía un deseo casi irresistible de abofetear a aquel bruto.
El comandante del batallón avanzó algunos pa

199

sos, y volviendo la espalda a Baygusin, que esta ba en medio del cuadro, gritó con voz sonora:
- ;Armas al hombro!
Kozlovsky sintió un estremecimiento nervioso. Desde este momento hasta el fin de la ceremonia, no cesó de temblar con todo su cuerpo como si tuviera fiebre.
El comandante del batallón recorrió las cuatro
compañías con una mirada severa, y ordenó a su ayudante:
-;Lea usted la sentencia del Tribunal del re gimiento!
El ayudante se puso en medio del cuadro y
leyó lentamente, recalcando determinadas pa
labras:

- El Tribunal del regimiento, compuesto por el
coronel, los comandante de los batallones, los te nientes

...

Leyó,

sin darse prisa,

los nombres

de

todos los
miembros del Tribunal.

En medio del silencio ab soluto,

su

voz clara y

recortada sonaba como los martillazos sobre

el

yunque.

Baygusin permanecía inmóvil e

impasible jun
to

a

los soldados que

le

habían conducido,

lanzan
do de vez en cuando miradas indiferentes sobre

las largas filas regulares

de

capotes grises.

Se
veía bien que no escuchaba

la

sentencia y

que

no
llegaban a

su

conciencia las palabras que

el

ayu

dante leía.

Quizá

ni

siquiera

se

daba cuenta exac ta

de

por qué

se

le

castigaba.
Kozlovsky tampoco escuchaba

la

sentencia,

pero

200

cuando el ayudante, leyéndola, pronunció su.nom bre, se estremeció como si le hubieran dado un golpe en el pecho. Era, precisamente, la parte de la sentencia que hablaba de la confesión arran

cada por él. Kozlovsky bajó los ojos; le parecía que todo el mundo, al oír su nombre, le miraba con curiosidad; luego volvió la cabeza con desdén. Pero nadie, excepto él, había oído al ayudante pronunciar su nombre, porque nadie ponía aten ción a la lectura de la sentencia.
Al

fin

,

el

ayudante terminó

de

leer

- En consideración a

todas estas circunstan cias,

el

Tribunal del regimiento condena

al

sol
dado Baygusin a

recibir cien vergajazos

...

El

comandante del batallón hizo una seña

al
médico militar,

que estaba oculto detrás

de

los
oficiales.

Era un joven muy serio que asistía por
vez primera a

la

aplicación

de

un castigo corpo
ral.

En extremo confuso,

al

sentir sobre

sí

cente
nares

demiradas,

pálido,

temblándole

el

labio

in

ferior,

avanzó hacia

el

cuadro.

Cuando dijo a

Baygusin que

se

desnudara,

éste

no

comprendió.

Entonces

se

lo

explicó por señas, yBaygusin empezó lentamente a

desabotonarse

el
capote y

después

la

guerrera.

El

doctor,

evitan
domirarle a

los ojos y

conservando

en

su

rostro
una expresión

de

espanto,

apoyó

su

oído contra
el

pecho del soldado y

alzó los hombres.

El

co
razón

de

Baygusin latía muy regularmente;

aquel
soldadito

no

parecía turbado ante

la

idea del cas
tigo que

le

esperaba.

Decididamente,

diríase que

201

no comprendía nada de lo que pasaba a su alre dedor, y no sentía ni miedo ni vergüenza.
El doctor dijo algo al oído del comandante del batallón; luego, con paso rápido, volvió a colo carse entre los oficiales. Inmediatamente, a una

señal del comandante, Baygusin fué rodeado por cinco soldados. Uno de ellos, con un tambor, se
adelantó al grupo esperó la orden, con la mano
derecha levantada.

Baygusin comenzó a quitarse el capote, pero lo hacía tan lentamente que los soldados que le ro deaban se vieron obligados a ayudarle. Durante
algunos instantas vaciló, no sabiendo qué hacer
del capote que se había quitado; al

fin

,
lo

exten

dió cuidadosamente

en

el

suelo y

continuó desnu
dándose.

Su

cuerpo era muy moreno y

delgadísi

mo.

Kozlovsky pensó que debía tener frío

en
aquella mañana

de

otoño.
Después

de

haberse desnudado,

Baygusin

se
quedó inmóvil.

Se

le

explicó por señas que tenía
que echarse

en

tierra.

Lentamente

se

puso pri
mero

de

rodillas y

después

se

echó sobre

el

capo
te

extendido,

con

el

rostro contra

el

suelo.Un sol
dado,

inclinándose sobre

él

,

le

sujetaba

la

cabeza;
otro,

se

sentó sobre sus piernas.

Un suboficial

se
puso a

un

lado para contar los golpes.

En aquel
momento vió Kozlovsky a

ambos lados

de

Baygu
sin sendos haces de varas.
El comandante del batallón hizo una señal y

el

tambor comenzó a

golpear violentamente

su
instrumento.

Los soldados que estaban a

los lados

202

de Baygusin se miraron unos a otros: ninguno quería dar el primer golpe. El suboficial se acer có a ellos y les dijo algo. Entonces, el que esta ba a la derecha, contrajo súbitamente su rostro en un gesto de severidad y golpeó fuertemente
con su vara el cuerpo del tártaro. Se oyó un gol
pe sordo y la voz del suboficial: “; Uno!”. Baygu sin lanzó un débil grito, como si aquello le hu biera sorprendido. “ ¡ Dos!”, mandó el suboficial. Le tocaba la vez al soldado de la izquierda. Bay gusin lanzó un grito más fuerte y más doloroso. Kozlovsky miró a los soldados alineados en lar gas filas regulares. Sus rostros grises, semejan tes los unos a los otros, estaban inmóviles, indi ferentes, como están siempre las filas de solda dos. No se podía leer en aquellos rostros de pie dra ni piedad ni curiosidad.
Kozlovsky cerró los ojos. Cada golpe que oía le hacía estremecerse, como si fuera él mismo quien lo recibiera. No podía desviar su pensa miento de aquel pobre tártaro, casi salvaje, que ni siquiera era capaz de comprender que había cometido un delito. Nacido en las libres estepas interminables, desconocía y temía a las gentes en tre las cuales se le obligaba a vivir ahora; no comprendía las ordenanzas severas del servicio

militar y no podía adaptarse a ellas. Intentó pri mero fugarse para volver a sus estepas; pero fué cogido y castigado severamente; ahora había ro bado un par de botas, no dándose cuenta exacta de su delito

...

203

El castigo terminó; Baygusin había recibido los cien vergajazos. Se levantó y empezó a vestirse. Temblábanle las manos. Precisamente en aquel momento la mirada de Kozlovsky se cruzó con la de Baygusin. El oficial, en un impulso de vergüen za, desvió los ojos.
El cuadro se rompió. Los soldados comenzaron
a dispersarse. Los oficiales se dirigieron hacia la
salida.
-- ; Pues no!—decía a sus compañeros el oficial gordo de cara roja—. ¡ No es así como se debe
apalear! Entre nosotros, allá en la Escuela Mili
tar, era muy otra cosa. Se mojaban las varas en
vinagre para que los golpes picaran

...

Si

ese tár
taro hubiera caído

en

nuestras manos,

ya

le

hu
biéramos ajustado las cuentas

de

otro modo

...

Kozlovsky,

que había oído estas palabras,

sin
tió

de

pronto una cólera terrible.

Experimentó

un
deseo irresistible

de

abofetear a

aquel bruto.

Con

los puños apretados

le

cortó

el

paso,

y,

temblando

de

indignación,

gritó

en

la

cara roja del oficial: --

; Callese usted inmediatamente!

¡ Todo

lo

que
está usted diciendo

es

cobarde,

cruel e

indigno!

...

El

otro,

muy sorprendido,

alzó los hombros y

dijo:
- Me parece que

no

está usted

en

su

temple
normal,

joven.

¡ Déjeme usted

en

paz!

- ¿Cómo?-gritó fuera

de

sí

Kozlovsky— ¡

Si

se

atreve usted a

pronunciar una sola palabra!

...

Pero los oficiales,

temiendo las consecuencias

de
la

disputa,

le

arrastraron lejos

de

su

adversario.

204
1

Cuando estuvo a unos veinte pasos de él, ocultó de repente el rostro entre las manos, y empezó a sollozar como una mujer, temblando con todo su cuerpo y sintiendo una vergüenza indecible de sus lágrimas involuntarias.

1

FIN

INDICE

Págs.

7
126

El Dios implacable.. Consummatum est... Una confusión

...
Una sumaria

..

171
185

MANUALES GALLACH

Esta famosa colección, útil y económica, de conocimientos enciclopédicos, abarca to das

las

ciencias,

las

artes,

los

oficios y

las
aplicaciones prácticas,

y

és

valiosísimo cau
dal

do

enseñanzas provechosas,

porque sus
volúmenes

se

han encargado a

especialistas

eminentes,

entre

los

cuales figuran personali
dades de tanto prestixio como los señores
Luanco,

Buen,

Lozano,

Mundi,

Carracido,
Calderón,

Posada,

Costa,Macpherson,

Ca

sares,

Rivas Mateos,

Altamira,

Zulueta,
Rubió y

Bellvé,

Opisso,

Giner

de

los

Ríos

(

D.

Francisco y

D.

Hermenegildo),

Villar,
Comas Sola,

Apeles Mestres,

etc.,

etc.

LLEVAMOS PUBLICADOS MAS DE
CIEN INTERESANTISIMOS VOLUMENES

A

los

compradores

de

la

colección

les

regalamos
un

magnifico mueble para colocarla

PIDASE EL CATALOGO ESPECIAL,
QUE ENVIAMOS GRATIS A

QUIEN LO SOLICITE, A

NUESTRAS OFICINAS DE

BARCELONA
CONSEJO DECIENTO,

416

APARTADODE

CORREOS89

Kuprin

El dios implacable

X
. 6
D

UR

89097729594 COLECCIÓN
Precio del nún

B89097729594A

ALGUNAS DE LAS E

Nov

N. ° 8, 9 y 10,-0. GOLDS
MITH: EL VICARIO
DE WAKEFIELD
Traducción del inglés
por Felipe Villaverde.
N. ° 14 y 15.-J. ORTEGA MUNILLA, de la Real
Academia Española:
RELACIONES CON
TEMPORANEAS.
N.o 16.-P. MERIMEE:
DOBLE ERROR - Tra
ducción del francés por
A. Sánchez Rivero.

N. 17, 18, 19 y 20. STENDHAL: ROJO Y

NEGRO. Tomo I. - Tra
ducción del francés por Enrique de Mesa.
N. ° 21, 22, 23 у 24.
STENDHAL: ROJO Y NEGRO. Tomo II. —
Traducción del francés

por Enrique de Mesa.
N. ° 25 y 26. - W.GOETHE:

LAS CUITAS DE
WERTHER. Tra
ducción del alemán por D. José Mor de Fuen
tes, revisada y corre gida.
N.º 28 y 29.- CERVAN
TES: NOVELAS

EJEMPLARES. Tomo I.
"La gitanilla " y "El
amante liberal ".
N. ° 30, 31, 32 y 33.-L. AN
DREIEV: SACHKA
YEGULEV. Traduc

ción del ruso, por
N. Tasin.
N. ° 34 y 35.-C. CASTEL

LO -BRANCO: DOS
NOVELAS DEL MI

portugues por P. Bian
co Suárez,

N. ° 44 y 45.-V. K020
LENKO: EL DIA DEL
JUICIO. Traducción
del ruso, por N. Tasin.
N. ° 46 y 47.-S. ESTE
BANEZ CALDERON:
NOVELAS Y OUEN
TOS.
N. ° 52, 53 y 54.- ABATE
PREVOST: MANON
LESCAUT. Traduc
ción del francés por
Enrique de Mesa.
N. ° 57. —VELEZ DE
GUEVARA: EL DIA
BLO COJUELO.
N. ° 58, 59 y 60

.-- GEOR
GE ELIOT:

SILAS
MARNER.

Traduc

ción del inglés por Isa bel Oyarzábal.
N. °

61

y
62.- ALEJAN
DRO KUPRIN:

EL

DIOS IMPLACABLE.
Traducción del ruso
por N. Tasin.
N. °

63,

64 y

65. -

TRIN
DADE COELHO:

MIS
AMORES.

Cuentos

Traducción del portu
sués por P. Blanco
Suárez.
N. °

72 y

73.-ALFREDO
DE MUSSET:

CUEN
TOS.

Tomo I.- Traduc
ción del francés por L. Fernández Ardavin. N. °

74

y

75. -

LEOPOL
DO ALAS (CLARIN)

:

EL SEÑOR Y

LO DE
MAS SON CUENTOS.